DOSSIER

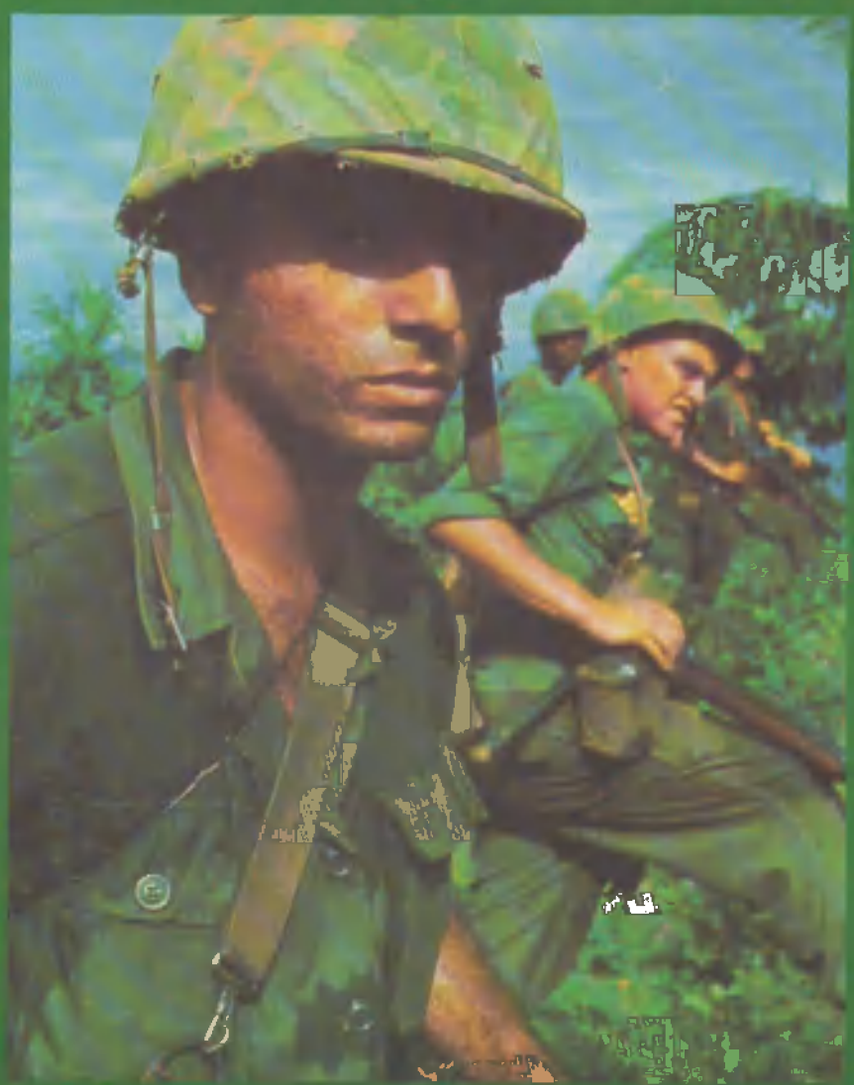
NAM

TESTIMONIOS

ARROZALES DE MUERTE

DE PATRULLA CON FREDERICK DOWNS Y LOS HOMBRES DE LA 6ª COMPAÑIA DELTA

16



10916
9 788439 511403
65
H.SANAGRIA
A5000
613 PTAS.
SIN IVA

PLANETA-AGOSTINI

DOSSIER
NAM
TESTIMONIOS

Edita: Editorial Planeta-De Agostini, S.A., Barcelona

Número 16 - Arrozales de muerte

Presidente: José Manuel Lara
Consejero Delegado: Ricardo Rodrigo
Director General: José Mas
Director Editorial: Jordi Martí
Coordinación: Carmel Ferrer
Asesoría Técnica: GEARCO
Realización Gráfica: Luis F. Balaguer
Producción: Jacinto Tosca

Redacción y Administración: Aribau, 185, 1º - Tel. (93) 209 80 22
08021 Barcelona - Tx. 93392 EPDA E

Introducción del Editor

"A finales de 1968, cuando me hallaba detenido ante un semáforo camino de clase por el campus de la Universidad de Denver, un hombre se me acercó y dijo: 'Salve'.

"Y sin esperar respuesta, señaló el gancho que asomaba de mi mano izquierda y preguntó: '¿Esto es de Vietnam?'

"Yo contesté: 'Sí, cerca de Tam Ky en el 1.er Cuerpo.'

"Te lo mereciste."

"El hombre se alejó y yo me quedé parado, demasiado confundido por el dolor, la vergüenza y la cólera para reaccionar.

"Han pasado diez años y el dolor, la vergüenza y la cólera aún siguen en mi memoria. Pero de una cosa estoy seguro: ninguno de los hombres que conocí sirviendo en Vietnam merecieron morir o resultar mutilados, física o mentalmente.

"Creo que ahora es necesario dar otra imagen de Vietnam que la de la vida cotidiana de un infante en el campo de batalla.

"A mí siempre me han preguntado qué opinaba de Vietnam, pero nunca qué significaba luchar en Vietnam.

"Y eso quería decir para nosotros el pelotón Delta Uno-seis."

Frederick Downs inicia con estas palabras la introducción a su libro *The Killing Zone*. En *Las consecuencias*, el volumen 13 de *Dossier Nam-Testimonios*, Downs narraba el sufrimiento personal por recuperarse de sus terribles heridas, y el infierno que padeció antes de sentirse capaz de ocupar de nuevo su lugar en "el Mundo". ¿Pero cómo soportó Downs estas heridas? ¿Qué acontecimientos le llevaron a aquel fatídico momento? ¿Cuál era su estado de ánimo por aquel tiempo?

Arrozales de muerte responde a estas preguntas. Desde sus primeros días como "Cherry" (novato), durante operaciones de custodia en puentes de estrategia vital y violentos combates en la jungla, hasta convertirse en un "peanut" (herido en acción), Downs transporta al lector directamente al corazón de la guerra de Vietnam, a las lágrimas y el terror, las esperanzas y el miedo. *Arrozales de muerte* es uno de los mejores relatos de primera mano que han surgido de una guerra, una lectura vital para quien desee conocer en profundidad el más traumático de los conflictos modernos.

DOSSIER NAM-TESTIMONIOS es una publicación de aparición catorcenal. Cada ejemplar consta de 64 páginas interiores más sus correspondientes cubiertas.

El editor se reserva el derecho de modificar el precio de venta del ejemplar, si las circunstancias del mercado así lo exigieran.

© 1988 Editorial Planeta-De Agostini, S.A., Barcelona
ISBN nº 1 - 84-395-0955-3
Depósito Legal: NA-1124-1988

Fotocomposición: Tecfa, Barcelona
Fotomecánica: Eurogamma, Barcelona
Impresión: Gráficas Estella, Navarra

Impreso en España - Printed in Spain - Abril 1989

Editorial Planeta-De Agostini garantiza la publicación de todos los ejemplares que componen esta colección.

Información sobre atrasados (sólo para España): EDISA - López de Hoyos, 141 - 28002 Madrid - Tel. (91) 415 97 12

Distribuye para España: Marco Ibérico Distribución de Ediciones, S.A. Carretera de Irún, Km. 13,350 —variante de Fuencarral— 28034 Madrid

Pida a su proveedor habitual que le reserve un ejemplar de **DOSSIER NAM-TESTIMONIOS**. Comprando su ejemplar cada dos semanas en el mismo quiosco o lugar de venta, usted conseguirá un servicio más rápido y nos permite la distribución a los puntos de venta con la mayor precisión.

ARROZALES DE MUERTE

FREDERICK DOWNS

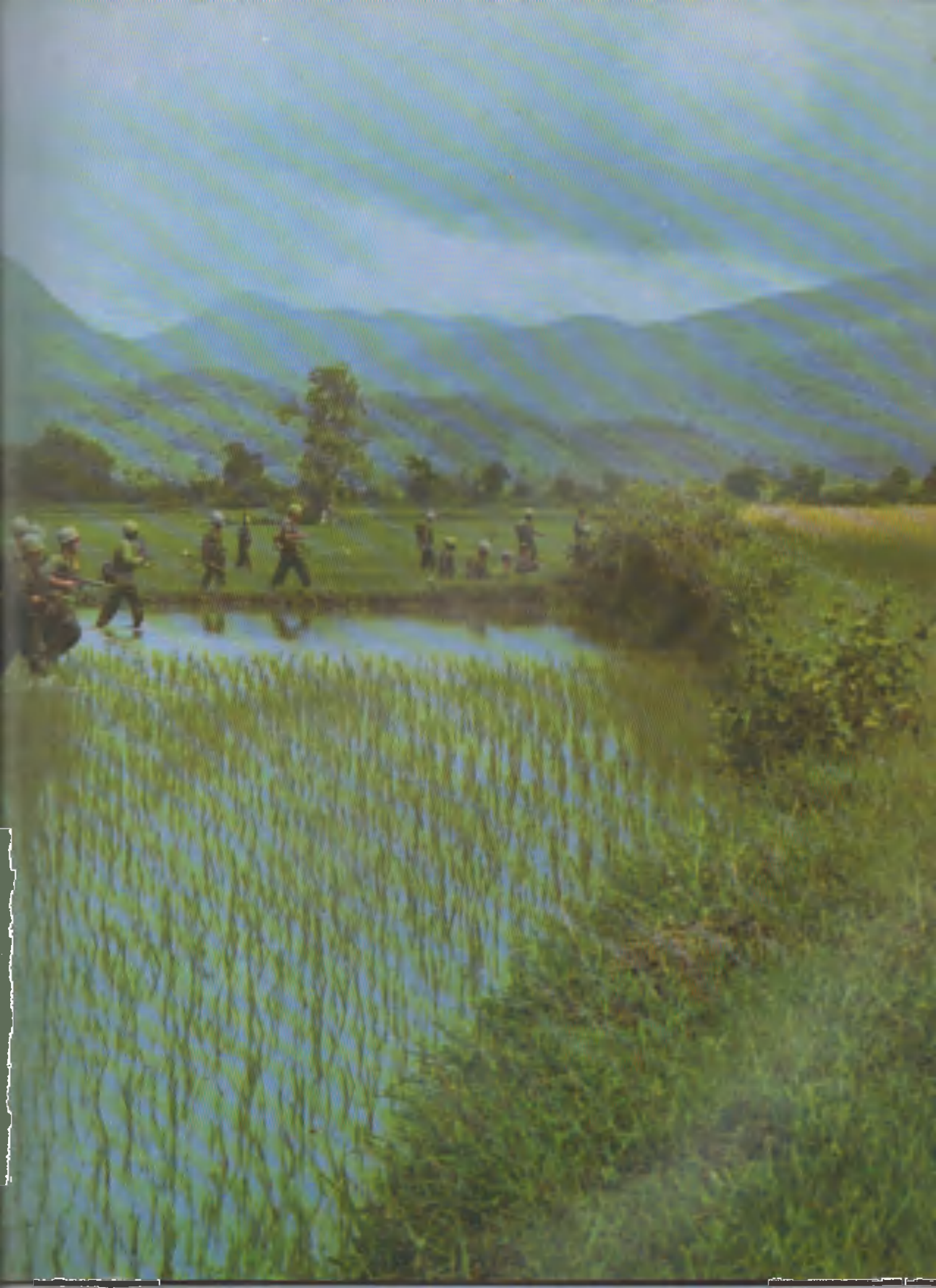
Capítulo 1 5
Cherry

Capítulo 2 15
Los puentes

Capítulo 3 27
La jungla

Capítulo 4 37
Fuego de combate

Capítulo 5 53
¡Herido!



PÁGINA ANTERIOR: *El largo y amplio paseo.* ARRIBA: *Este vietcong defendió en solitario su posición durante tres días con una grave herida en el estómago.* DERECHA: *Una tumba privada para un camarada muerto.*

RAPHO

Capítulo 1

CHERRY

CAPÍTULO 1 CHERRY

8 de septiembre de 1967

A las 23.30 el DC-8 Continental descendió a través del oscuro cielo, dispuesto a aterrizar, en el negro panorama de Vietnam. Veintitrés horas antes, 165 personas habíamos subido a bordo del avión comercial en un aeropuerto cercano a San Francisco.

Observé a los oficiales que estaban en la cabina y a los hombres alistados que habían venido desde diferentes partes de los Estados Unidos para coger el avión en San Francisco

¿Cómo regresarían? ¿Cómo regresaría yo?

Hacía seis meses que me había graduado en el programa OCS de la Armada de los Estados Unidos en Fort Benning (Georgia), y dentro de poco iba a llevar a hombres al combate. Tenía 23 años y me habían entrenado para dirigir. Creía que físicamente estaba preparado. Mentalmente, tenía la misma confianza en mí mismo que cualquier oficial joven, pero bajo esta confianza estaban las eternas preguntas, la preocupación y la curiosidad acerca de la guerra y mi papel en ella

Estaba ansioso por hallar las respuestas. No tendría que esperar mucho tiempo.

Salimos del avión formando una fila de color caqui para acomodarnos con cierta aprensión bajo una serie de tiendas abiertas por los lados.

Frente a nuestra cándida línea había otra línea de soldados, esperando irse a casa. Hacían comentarios despreciativos sobre nosotros

—¡Verás qué paliza, hijo de puta!

—¡Te arrepentiraaaaaaás!

—¡Carne de cañón nueva!

—¡Eh, vosotros! Acabáis de llegar, ¿no? ¿Sólo os quedan 365 días para largaros? ¡Mieeeerda!

No teníamos respuesta para los veteranos. Después de todo, ¿no habían cumplido con su deber en la guerra? Aguantamos nuestra ignominia en silencio.

A la mañana siguiente había una multitud alrededor del tablero de anuncios. Los hombres, al descubrir cuáles eran sus nuevas unidades, se alegraban o se quejaban. Me abrí paso entre la multitud para buscar mi nombre. Lo encontré en "la 4.ª División".

—¡La Cuarta División! ¡Eh! ¿Alguien ha oído hablar de la Cuarta División? ¿Dónde opera? Nunca he oído hablar de ella.

A mi lado había un gris sargento de carrera.

—Éste es un buen cuerpo, teniente. Están en Pleiku, en la parte alta de Central Highlands.

—Nunca he leído nada acerca de ellos en los periódicos. ¿Hay combate allí? No quiero un cuerpo en el que no haya acción

El sargento se giró para mirarme

—Están divididos en Cuerpo I y Cuerpo II en Central Highlands. No todos los que van a combate salen en los periódicos. No verás nunca a un periodista por allí. Es demasiado duro para ellos. —Observó mi juventud.— Allá arriba tendrás toda la lucha que quieras, hijo, si es eso lo que quieres.

—Gracias, sargento —murmuré mientras me abría paso por entre la multitud, de regreso a mi tienda.

No me importaba parecer ansioso. Estaba junto a la carretera con mi petate y la bolsa de vuelo mucho antes de que llegara el transporte para llevarnos al aeropuerto.

Un C-130 nos llevó de un campo de aviación a otro hasta llegar a Pleiku. Bajé del C-130 en Pleiku, contento de haber llegado.

Nos subimos en un dos plazas para atravesar la ciudad y dirigirnos al campamento, una inmensa base situada en las llanuras de las tierras altas, desde donde se dirigía la guerra.

Los vietnamitas estaban por todas partes, en las carreteras y en el campamento. Estaban en lugares que yo hubiera calificado como tabú en una base militar. Mientras el conductor conducía por entre las cuidadas tiendas militares, explicaba que los norteamericanos utilizaban los "gooks" para los trabajos sucios. Los más afortunados eran los criados de los "hootch", que tenían el elegante trabajo de hacer las camas y limpiar las tiendas

—Es aquí, señor. Sólo debe presentarse en aquel edificio de allí.

—Gracias —saqué mis bolsas de la parte trasera del camión y las llevé hacia la puerta que me habían indicado.

"No debe de haber muchos combates por aquí —pensé—, pero parece haber mucha acción."

Me presenté al sargento, que me dijo que debía presentarme al sargento encargado del aprovisionamiento para que me diera mi equipo

Los tres días que siguieron me los pasé con un grupo de hombres, nuevos también en el país, soportando la rutina de disparar, lanzar granadas, ir a clases de táctica y jugar a cartas en los ratos de descanso.

> Rechacé la idea de morir. Tal vez una ligera herida para mi carrera, pero nada más.

Al cuarto día, subí a un C-130 y después de un trayecto lleno de baches llegamos a un lugar situado más al norte llamado Duc Pho, la sede de la 3.ª Brigada de la 4.ª División. Operaban en el campo en misiones de "busca-y-destruye".

Duc Pho caía a ambos lados de la Autopista 1, a un kilómetro aproximadamente del Mar de la China Meridional, separado de él por una montaña solitaria de 150 metros de altura. Esta montaña, que había sido anteriormente un lugar tranquilo rodeado de campos de arroz, se había convertido desde hacía un par de meses en un campo base. Habían trazado una pista de aterrizaje en la llanura situada en la base de la montaña en su cara oeste. Habían cercado toda la montaña para encerrarla dentro de los protectores confines del campamento norteamericano. La base de la montaña tenía un poco más de medio kilómetro de largo, lo que la convertía en un perfecto lugar de defensa en medio de la llanura. La llamábamos Montaña Montezuma.

Aquella noche vagué por el cuartel general buscando compañía e información. Los oficinistas de la compañía estaban demasiado contentos para hablarle a un teniente nuevo en el país del maldito cuerpo de Nam.

Según el procedimiento SOP [procedimiento de operación estándar] se saludaba en el área de la compañía, pero no en el campo. Cuando un soldado saludaba, debía decir "¡Dragón Dorado, señor!". El oficial contestaría "A la derecha de la línea". Pregunté qué quería decir

Me dijeron que el 1.º del 14.º [1.er Batallón, 14.º Regimiento de Infantería] estaba impregnado de tradición. Durante la rebelión de los bóxers en China la unidad había combatido valientemente. Después de esto, adoptaron el símbolo de un Dragón de Oro. La otra parte del saludo provenía de una batalla de la Guerra Civil. Bastante antes de la batalla, un oficial de la plantilla preguntó a un general dónde debía poner al 1.º del

. El general respondió con un rugido: "Ponlos a la derecha de la línea, donde deben estar." Tradicionalmente, el jefe colocaba a sus mejores hombres y unidades a la derecha de la línea. Esto forma parte de la historia militar, ya que, cuando un hombre peleaba a capa y espada, la mano derecha, la de la espada, estaba desprotegida. Se colocaba al mejor luchador a la derecha para proteger el brazo de la espada del hombre inmediatamente a su izquierda. Sólo los hombres más leales y los mejores luchadores eran colocados a la derecha.

ARRIBA: *Acosados por el fuego de los francotiradores, y con el riesgo de hacer estallar las trampas explosivas sumergidas en el agua, los "grunts" llevan rápidamente a un compañero herido a un lugar seguro.*

CAPÍTULO 1 CHERRY

Nuestra conversación fue interrumpida por una llamada por radio. Escuché a las compañías haciendo su informe sobre la acción del día. Habían muerto dos hombres, y algunos habían resultado heridos.

Después de la llamada, observé a los oficinistas bajo la luz de las bombillas pelearse con las cifras, siempre variables, del documento militar más importante, el Informe Matinal DA Formulario 1. Mediante este informe el Ejército vigilaba a todos los hombres que estaban a sus órdenes. Desde los de AWOL hasta los muertos en servicio. Yo estaba familiarizado con el informe, pero ahora se le añadía una nueva dimensión "Muerto en acto de servicio" o "Herido en acto de servicio" eran cosas que yo solamente había oído: al día siguiente, sería un candidato para ambas categorías. Rechacé la idea de morir. Tal vez una ligera herida para mi carrera, pero nada más.

Regresé por el camino de la compañía hasta el cuartel general del batallón. La noche estaba llena de ruidos raros, que imponían mayor respeto por el hecho de estar en zona de guerra El ruido distante de un motor de carro, el movimiento de vehículos, las voces de hombres que procedían de diferentes direcciones e innumerables ruidos de insectos formaban el telón acústico de la guerra.

El XO nos señaló los camastros que el otro teniente y yo debíamos utilizar. Decidí dormir totalmente vestido, pero me quité las botas para mayor comodidad. Ésta sería la última vez en Vietnam en la que me quitaría las botas para dormir Si ocurría alguna cosa en el campo por la noche, no había tiempo que perder con los cordones de las botas

Como me sentía demasiado encerrado para dormir, me tumbé en el camastro mirando el cielo oscuro. De repente, se oyeron disparos de artillería procedentes de algún lugar cercano a mí. Debían de provenir de la cima de la montaña. Un proyectil iluminó el cielo cuando un mortero lanzó una ronda de bengalas. Me incorporé y me dirigí a la puerta de entrada para mirar el brillo mortecino del paisaje y el alambre de espino.

Sabía que no debía hacerlo, pero miré la llamarada. El humo había dejado una espiral en el aire tras el fósforo que se quemaba lentamente. Podía oír el silbido del fuego. La luz se reflejaba tenuamente en el diminuto paracaídas en llamas y en la parte inferior de la alargada línea de humo, marcando su descenso. Seguí el movimiento de espiral hacia arriba, pero éste desaparecía en la oscuridad por encima de las llamas.

Muy pronto me enteré de que la demostración de aquella noche era conocida como "fuego de H e I", fuego de hostigamiento e interdicción. Era un procedimiento utilizado por los norteamericanos para confundir y desmoralizar al enemigo

Finalmente conseguí que mi mente se habituara a los diferentes sonidos y a las luces intermitentes, y me dormí.

13 de septiembre de 1967

Aquella mañana los XO me hicieron subir a toda prisa en un helicóptero que se dirigía al batallón situado en el campo. Subí a bordo con mi fusil, mis bártulos y la mochila, y me senté en uno de los asientos de lona del helicóptero. Era un Huey, o un "slick". Se le llamaba "slick" porque no llevaba armas en el fuselaje.

Para complementar el fuego de las tropas de tierra y proteger los "slicks", se desarrolló un helicóptero artillado. Era un "slick" convertido en plataforma de armas mediante la incor-

poración de un lanzador múltiple de cohetes y ametralladoras. Tenían una gran potencia de fuego y eran excelentes en el apoyo al suelo, pero no dejaban de ser "slicks" transformados

El piloto aterrizó en un grupo de pequeñas colinas que formaban la línea límite entre los campos de arroz, que se extendían hasta el mar, y las montañas. que eran el comienzo de la cordillera que llevaba a Central Highlands.

El batallón había establecido una base para abrir fuego en una colina de poca altura desde donde el comandante del batallón dirigía la operación. El comandante me presentó al coronel, que me dio la bienvenida y me dijo que me asignarían a la Compañía Delta como observador. de forma que tendría una oportunidad de familiarizarme con la forma de actuar de la compañía en campaña. Me mandaría allí en un helicóptero aquella misma tarde.

Recorrí la base observando a los hombres desempeñar diferentes actividades. Me fijé particularmente en los morteros instalados en el centro para proporcionar apoyo. Cada tubo estaba rodeado de sacos de arena. Al lado de cada tubo había municiones.

Subí a una roca para poder ver mejor los campos de arroz hacia el este. Por debajo de donde yo estaba. rodeando los exuberantes arrozales verdes había unas llanuras de terreno irregular de color verde intenso, que se extendían hasta donde mi vista no podía alcanzar. Grupos de árboles sobresalían como pequeñas islas en medio de un mar verde. De un momento a

IZQUIERDA *Mientras los cohetes del enemigo bombardean el contorno de una base, los "cherries" (novatos) buscan protección, pero los veteranos sólo observan la demostración.*

otro dispararían una granada HE (alto explosivo, explosivo rompedor) desde los tubos que estaban tras de mí y estallaría entre los árboles.

Una vez que el helicóptero estuvo preparado, agarré mi mochila y subí a bordo. Me senté en un asiento en lugar de en el suelo con los pies en el tren de aterrizaje. No estaba totalmente preparado para sentarme en el borde de este helicóptero con 30 o 60 metros de espacio vacío entre mí y la tierra.

Volamos hacia el norte hasta que el helicóptero empezó a hacer círculos. Vi a lo lejos humo color púrpura que indicaba al piloto el lugar de aterrizaje. El piloto hizo descender el helicóptero hasta tierra. Bajé de un salto mientras un grupo de soldados desmelenados salían de entre la maleza. Corrí agazapado apartándome del giro rápido de los rotores, mientras la tripulación tiraba algunas cajas de raciones C y municiones.

Los bichos pululaban por mi cara Mientras trataba de aplastarlos miré a aquellos hombres, que a la vez me miraban a mí. Era la primera vez que veía fusileros norteamericanos que habían pasado varios días en la jungla. Yo estaba allí con mi ropa reluciente, botas nuevas, fusil nuevo, el pelo corto y recién afeitado. Incluso olía a limpio. Ni el camuflaje de mi casco ni yo teníamos ninguna marca.

Los hombres que se hallaban frente a mí estaban sucios. Su cansancio era evidente, y tenían rasguños por toda la piel, barba de dos o tres días y círculos oscuros alrededor de los ojos. Parecían cansados y no olían precisamente a rosas.

Uno de ellos se presentó como el sargento Schaldenbrand; su operador de radio (RTO) se llamaba Mann. Schaldenbrand era aproximadamente tan alto como yo; Man era más alto y más delgado. Algunos de los otros hombres estaban transportando los suministros mientras el helicóptero se alejaba de la diminuta zona de aterrizaje.

Schaldenbrand me dijo que le siguiera hacia la compañía, que estaba situada en una pequeña colina

Schaldenbrand me condujo al pequeño círculo interior de la zona donde estaba situado el CP. Me presentó a un individuo que sería un personaje importante en mi vida en Vietnam: el capitán Harold Sells.

El capitán Sells era un oficial ROTC de 26 años, hijo de un padre asesinado en Corea. Medía 1 metro 77 centímetros y era medianamente corpulento. Su cabello era castaño claro y no tenía pinta de ser un estúpido.

Me presentó al grupo CP de la compañía y me asignó al primer pelotón, dirigido por el teniente Smart. El teniente Smart era un hombre alto, pelirrojo, que había traído la Compañía desde los Estados Unidos junto con el capitán Sells cuando el batallón fue transportado en barco.

Disparos de fusil automático rompieron la quietud de la noche. Inmediatamente, los hombres se colocaron en sus puestos de defensa.

Según me dijeron, el enemigo nos rodeaba. No en grandes cuerpos, sino en pequeñas unidades de francotiradores y grupos de ataque. Resultaba difícil tomárselo en serio. Todavía me parecían maniobras.

Después de que los RTO se aseguraron de que mi cantimplora estaba bien provista, me dirigí hacia el capitán Sells para saber cuál sería nuestra próxima misión. Me explicó la misión mientras él y sus hombres calentaban sus raciones C para la comida de la noche. Me informó de que su código de radio era Delta Seis. La del teniente Smart, el jefe del primer pelotón, era Delta Uno-Seis; la del jefe del segundo pelotón era Delta Dos-Seis, etc. Los seis eran los comandantes de sus unidades. Los segundos en el mando eran conocidos como "cincos". Por ejemplo, Delta Uno-Cinco era el sargento del primer pelotón.

Sells me preguntó por mi familia. Le expliqué que tenía una esposa y dos niñas pequeñas en Illinois, al otro lado de Indiana, donde vivía mi familia y donde yo había crecido en un granja en Kingman

Le estaba hablando acerca de las últimas noticias de los Estados Unidos cuando varios disparos de fusil automático rompieron la quietud de la noche. Inmediatamente, los hombres que estaban alrededor de mí se colocaron en sus posiciones defensivas, mirando hacia el exterior, intentando ver algo por entre las altas hierbas. Todos cogieron sus armas. Las latas de raciones C quedaron esparcidas al lado de las tabletas de combustible sólido comprimido tamaño Alka-Seltzer utilizadas para calentar la comida

Delta Seis cogió al auricular de uno de los RTO (operadores

ARRIBA: *Justo cuando parecía que el Vietcong venía a capturarte, unas cuantas coordenadas de la retícula percibidas a través del alambrado permiten la llegada de los pájaros de fuego que traían un poco de acción.*

de radioteléfono). Llamó a Charlie Seis para preguntarle qué había ocurrido. Delta Seis tenía un "bitch box" en la radio de CP para amplificar cualquier llamada que entrara, lo que nos permitió escuchar

Todos oímos la voz excitada y tensa del informe RTO de Charlie Seis. Un "dink" había abierto fuego con un BAR (rifle automático Browning) en la cima de la colina, disparando a ciegas entre la hierba. Los inesperados disparos habían alcanzado a uno de los sargentos en la cara y la mandíbula inferior. Estos disparos también habían herido en los hombros a un teniente que estaba detrás del sargento. En opinión de Charlie Seis, el teniente podía vivir pero el sargento estaba en muy mal estado Tenían que conseguir un helicóptero rápidamente si querían salvarlo.

Me quedé de piedra. A menos de 200 metros de nosotros dos de los hombres que estaban haciendo lo mismo que nosotros habían sido gravemente heridos ¡Dios! ¡Este Vietcong podía haber abierto fuego contra nosotros!

Oímos llegar al helicóptero. Todos estábamos tensos. El helicóptero sería un blanco perfecto. Lo observé venir desde el sur, era como un borrón en medio de un cielo gris, lleno de nubes. Oscurecería en pocos minutos. Me pregunté que hubiera ocurrido de haber sido completamente de noche ¿Hubieran podido aterrizar?

Por primera vez sentí la extraña sensación de desear con toda mi alma ayudar a la tripulación del helicóptero para que pudiera recoger a mis compañeros. Mi cuerpo estaba tenso como si qui-

siera subir para unir mi fuerza a la del helicóptero. Lo empujé con mi mente. Vamos, deprisa, resiste un poco más. Vamos. Dios, espero que no disparen al helicóptero. ¿Es que no va a llegar nunca?

El helicóptero volaba en círculos para identificar el humo, después descendió rápidamente. Al cabo de pocos segundos se elevó inclinándose, alzando la cola en la forma particular que lo hacen los helicópteros.

El teniente sobrevivió, pero el sargento murió.

Con cierta aprensión nos sentamos para acabar de comer. Yo escuchaba a los hombres hablar. De repente un flash brillante y un tremendo estallido rasgaron el aire. Rodé por el suelo, pero vi que los demás ni siquiera se habían movido de sus posiciones. Estaban todavía sentados en cuclillas con sus raciones riéndose de mí.

—¿Qué demonios ha sido esto?

—Sólo truenos y relámpagos —dijo el capitán. El relámpago, atraído por el metal de nuestro equipo, había sacudido la colina en la que nos encontrábamos. No lo encontré tan divertido como ellos. Podría haber matado a alguien.

Estuvo lloviendo toda la noche y paró justo antes de despertar el día. Recuperé mi cantimplora en un rincón e introduje dos tabletas de yodo para matar todos los gérmenes. Pasados unos minutos, lo probé ¡Aah! Era imbebible, arenoso como el demonio Uno de los hombres me pasó medio paquete de Kool-Aid para ponerlo en la cantimplora. Sabía mejor.

★ ★ ★

Mis primeros días en la patrulla de combate me introdujeron en las vicisitudes de la guerra· un hoyo de 3 metros de profundidad; parras que se enredaban por las piernas hasta hacerte parar y pedir que esperaran un minuto mientras te desenredabas.

Era un misión de "busca-y-destruye", lo cual significaba que lo quemábamos todo. Los pocos vietnamitas que encontramos en esta zona eran mujeres y niños y hombres viejos que se habían quedado atrás. Cuando empezamos a quemar sus chabolas, empezaron a lamentarse y a llorar tirando de nuestras ropas. No hicimos daño a nadie, pero las órdenes eran destruir todas las viviendas y esto es lo que hicimos.

Vi la cara del enemigo por primera vez. Había sido ametrallado por uno de nuestros tiradores.

La primera vez que vi a una familia vietnamita ponerse histérica cuando incendiamos su vivienda, no estaba seguro de si incendiar su casa era cumplir nuestra misión. La misión era negar al enemigo el uso de las "hootch", destruir toda la comida que encontrásemos, y enseñar a la gente una lección por apoyar al enemigo. Pero rápidamente me acostumbré y acepté que ésa era la única forma de ganar la guerra.

Me disparó un francotirador poco después de haber barrido un pequeño caserío. Siempre pensé que nos había disparado porque nosotros habíamos incendiado su chabola y, desafortunadamente, me tomó como blanco. Estaba más sorprendido que asustado cuando me acurruqué en el suelo al estallar las balas en tierra, cerca de mis piernas. Vi la cara del enemigo por primera vez. Había sido ametrallado por uno de nuestros tiradores. La potente arma había lanzado una lluvia de balas hacia los arbustos en los que le habíamos descubierto Cuando llegamos donde él estaba, vi por primera vez la muerte de un soldado. La ametralladora había realizado un buen trabajo. El cuerpo del joven soldado con uniforme de combate verde estaba acribillado. Lo pusieron sobre su bicicleta boca arriba. Por fin tenía delante de mí al enemigo a quien se me había entrenado a destruir. Era un hombre joven para el que la guerra y la vida habían terminado.

24 de septiembre de 1967

Las cartas que escribí a casa durante estos días hablaban de las actividades de mi unidad. Habíamos salido del área de operaciones y volado al campamento base en la Montaña Montezuma.

Durante el corto período que el batallón estuvo allí se le proporcionaron nuevos suministros y hombres. Me asignaron como jefe de pelotón del primer pelotón de la Compañía Delta. el mismo pelotón en el que había estado como observador en la primera operación.

Despues de 16 días en campaña, había estado en varias unidades diferentes hasta que el Ejército me necesitó para un lugar determinado. Mi tratamiento completo era un recorrido histórico que todo soldado de reemplazo debe hacer y es siempre su registro de viaje El mío era:

Segundo teniente Frederick Downs, Jr.
Primer pelotón
Compañía Delta
Primer Batallón de la 14.ª de Infantería
Tercera Brigada
Cuarta División de Infantería.

El teniente Smart llamó al pelotón para presentarme como su nuevo comandante. Schaldenbrand, mi sargento de pelotón, no tenía el rango suficientemente alto para hacer esta función, pero ya que no había ningún sargento con experiencia estaba actuando como tal. Schaldenbrand sólo había estado en el Ejército un año aproximadamente. Tenía unos 22 años, era de Philadelphia, un tipo de ciudad al que no le gustaba el Ejército, pero que de todas formas tenía una habilidad natural para hacer que los hombres hicieran lo que él decía

Schaldenbrand tenía dos idiosincrasias poco comunes, una pasión por el juego de damas y un deseo frecuente de cepillarse los dientes. Tenía un pequeño tablero de damas de aproximadamente 30 centímetros cuadrados que siempre llevaba atado a su mochila. Durante los ratos de descanso sacaba el tablero y las piezas (algunas eran piedras y botones) y cualquiera que estuviera a su lado tenía que jugar. Schaldenbrand se inclinaba sobre el tablero, con el cepillo de dientes en la boca para masticarlo. Cualquier tensión hacía que sacara el cepillo del bolsillo y lo pusiera en la boca como si fuera un mondadientes. Schaldenbrand lo hacía girar dentro de la boca con la lengua mientras utilizaba las manos para sostener un mapa o cualquier otra cosa con la que estuviera trabajando.

Tal y como llevaba el pelotón, Schaldenbrand valía, para mí, su peso en oro. Incluso me habló acerca del lema del pelotón: "ES UNA PALIZA".

—Una paliza es una paliza en el trasero de un joven, teniente. ¿Recuerda que cuando era niño y hacía algo que no debía hacer, o le echaban la culpa de algo, los mayores le daban una paliza con un cinturón?

—Sí, recuerdo haber recibido palizas

CAPÍTULO 1 CHERRY

—Pues bien, cuando algo va mal, representa una paliza. Todo lo que va mal origina una paliza y por aquí se reciben montones de palizas.

Mi RTO era el otro hombre más importante del pelotón. Su trabajo era llevar la radio y pegarse a mí como mi sombra. La radio era nuestro lazo de unión con literalmente todo lo que estuviera fuera del pelotón, desde las provisiones hasta la supervivencia. Sin una radio que funcionara y un buen RTO, un jefe de pelotón y el pelotón no eran nada en esta guerra.

Mi RTO, Mann, un muchacho delgado de 1 metro y 63 centímetros de altura, era casi perfecto para este trabajo. Le encantaba saber qué estaba ocurriendo y su trabajo estaba relacionado con los operadores del cuadro de mandos central. Mann era tan bueno que a menudo llamaba helicópteros o iba a buscar a gente antes de que yo tuviera tiempo de perdirle lo que necesitaba. Todos los RTO de la red de la compañía tenían su propia sociedad de chismorreo y se informaban unos a otros de todo lo que sucedía en la compañía. No existe en el mundo mejor comunicación clandestina que estos RTO.

Los RTO tenían un alto índice de mortalidad porque la radio que llevaban los convertía en un blanco de primera clase. La antena que sobresalía por encima de sus cabezas permitía al enemigo identificar los dos elementos más importantes de un pelotón, el RTO y hombre que va delante de él, el teniente, porque estuviera el teniente donde estuviera, el RTO debía estar a su lado. Durante el combate ambos hombres se movían continuamente dirigiéndolo

La idiosincracia de Mann, a parte del hecho de que no le importaba llevar los 11 kilos extra de la radio, era que hacía café en los momentos más extraños. Si yo paraba de moverme en medio de un combate, aunque fuera por dos minutos, podía estar seguro de que Mann calentaría una lata de agua de ración B-3 C para hacer café.

La primera vez que esto sucedió, me sorprendí de que alguien pudiera calentar café tranquilamente en medio de disparos de balas.

—¿Para qué demonios haces esto? —le pregunté.

—El café calma mis nervios —me respondió pasándome una taza.

Fui probablemente el único teniente en Vietnam al que sirvieron café caliente postrado boca abajo. Muchas veces debíamos cambiar las posiciones antes de que Mann consiguiera hacer el café. Pero esto nunca fue motivo suficiente para que Mann no retirara los utensilios y empezara a preparar otra taza de café a la primera oportunidad.

Mis jefes de escuadra eran: Primer escuadra, Delk, un cowboy alto de Wyoming; Segundo escuadra, Porter, un negro de complexión pequeña del este de St. Louis; Tercer escuadra, Jose, un delgado, pequeño y moreno puertorriqueño; Cuarto escuadra, Gallagher, un pelirrojo medianamente corpulento de los estados de Nueva Inglaterra. Y estaba también el médico del pelotón, al que todos llamaban Doc

26 de septiembre de 1967

El capitán Sells llamó a sus tenientes para hacer una reunión. Era la segunda quincena de septiembre, y en el mundo, los primeros vientos de otoño soplaban a través de las llanuras de mi estado, Indiana. Pero en Nam era una estación seca y calurosa de mil demonios. Nuestros uniformes estaban empapados de sudor. Las correas se nos clavaban en la piel mientras mis compañeros tenientes y yo escuchábamos las órdenes del capitán Sells.

Mi pelotón, el primer pelotón, debía vigilar tres puentes, el 101, 102 y 103, separados por doscientos metros y medio kilómetro respectivamente. Al segundo y al tercer pelotón se le asignaron puentes y el cuarto pelotón debía vigilar el cuartel general. El cuartel general constaría del capitán y sus RTO y el médico de la compañía. El cuarto pelotón era un pelotón de armas. Estaban a cargo de morteros de 82 mm que podían colocarse en posiciones de defensa, como una montaña, pero que eran demasiado incómodos e ineficaces para llevarlos por la jungla. Un pelotón de armas también estaba normalmente a cargo de las armas contracarro (cañones sin retroceso CSR de 90 mm), pero nunca se utilizaban en Vietnam. Los habían sustituido los LAW (armas ligeras de contracarro) que cualquier hombre de infantería podía llevar. Por lo tanto, debido a los pocos deberes del cuarto pelotón, fue asignado a la unidad del cuartel general del capitán Sells.

De camino a la montaña donde estaba mi pelotón, me senté con Schaldenbrand y los jefes de mi escuadra para informarles

de mi nueva misión. Distribuí los mapas y les di las órdenes, los códigos. y toda la información relacionada con la radio, comida, ropa, las municiones y todo el equipo que necesitarían.

—Nos iremos a las 12:00. Tan pronto como los hombres hayan bajado con el CP del capitán a las 11:30, bajaremos a la carretera y subiremos a los camiones —dije.

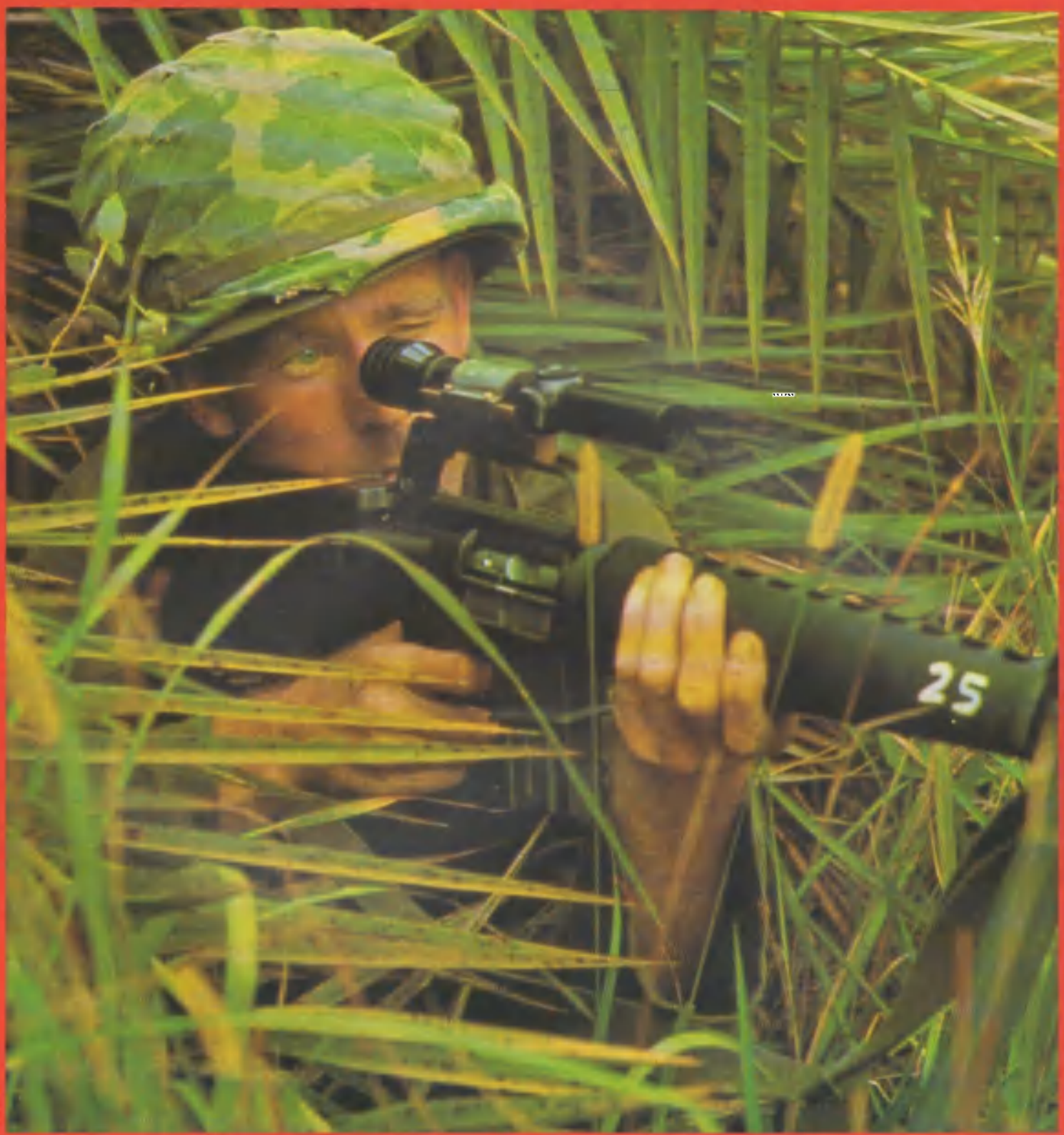
¿Cómo reaccionaría con el fuego? ¿Podría soportar el miedo a la muerte y la responsabilidad de estar al mando?

Había dividido mi pelotón en tres grupos. Yo estaría a cargo del puente del medio con nueve hombres, Schaldenbrand tendría el puente norte junto con ocho hombres y Jose estaría a cargo del puente sur con nueve hombres.

Muchos pensamientos cruzaron mi mente mientras me fumaba un cigarrillo Pall-Mall tras otro. Los puentes estaban cerca de la carretera, pero sería la primera vez que estaría al mando: era el responsable. Me había unido a la compañía en calidad de observador y por lo tanto conocía a la mayoría de hombres. Había estado en combate, pero no había sido responsable de nadie más que de mí mismo. Ahora, a los 23 años, estaba a cargo de un equipo de miles de dólares y de las vidas de mis hombres. Después de un año y medio de entrenamiento, conocía todas las tácticas y las armas. Había aprendido a través de conversaciones con sargentos y oficiales que habían estado en Nam. Estaba tan preparado como cualquier teniente novato podía estar.

Pero ¡qué demonio! No me ocurriría nada. Eran siempre los otros los que eran derribados. Ahora me enteraría de cómo era todo. ¿Cómo reaccionaría bajo el fuego? ¿Podría soportar el miedo a morir, la responsabilidad de estar al mando? ¿Confiarían mis hombres en mí y estarían orgullosos de mí? ¿Podría tomar las decisiones correctas en el combate? ¿Les fallaría a ellos y a mí mismo? Todo el entrenamiento del mundo no podía responder a estas preguntas.

ARRIBA: *Las tropas inspeccionan el destrozado cuerpo de un sospechoso de pertenecer al Vietcong. En tierra de nadie todo lo que se movía era caza legal.*



ARRIBA: *Un francotirador apunta su M16 (con mira telescópica acoplada). En Vietnam se había abierto la veda del Vietcong.*
DERECHA: *Ganando corazones y mentes.*

Capítulo 2

LOS PUENTES

CAPÍTULO 2 LOS PUENTES

—Teniente, ¿están listos sus hombres? —me gritó el capitán Sells.

—¡Sí, señor! —contesté.

—Los camiones estarán abajo en la carretera en cualquier momento. Cargue a sus hombres enseguida que lleguen.

—¡Ahí están! —gritó alguien. Los jefes de pelotón daban un último repaso a sus hombres para comprobar que estaban listos.

Estábamos llegando al puente 103.

—Párate en el otro lado —ordené al conductor mientras abría la puerta y saltaba fuera

Al llegar el camión de Schaldenbrand, le hice señales de que se detuviera y echase un vistazo al puente. No era gran cosa, tan sólo una corta pasarela a través de una corriente que podía haber sido vadeada. Sin embargo, las orillas eran tan altas que el puente era la única forma de cruzar.

—Bien, todo tuyo, Schaldenbrand. Distribuye a tus hombres y luego volveré a revisar las posiciones. —Había un vehículo oruga aparcado junto a un refugio protegido con sacos de arena.

Los hombres que habían estado guardando el puente ya estaban en los camiones y preparados para irse. Schaldenbrand y yo pasamos un rato con el hombre encargado del puente mientras éste nos indicaba las mejores líneas de tiro, los lugares en donde era de esperar que los "dinks" (diminutos: nombre con el que las tropas USA hacían referencia a las tropas del Vietcong) intentasen situar tiradores, y algunos consejos acerca de los habitantes de los pueblos próximos Había pequeños pueblos en toda la zona. Mientras mis hombres salían, la unidad a la que relevábamos subió a los camiones y nos dirigimos a mi puente, el 102. El teniente al mando se alegró de verme. Sus hombres estaban preparados y él fue mostrándome sus antiguas posiciones, las zonas peligrosas y explicándome detalles acerca de los pueblos que había carretera abajo. En el puente había un oruga y un carro de combate.

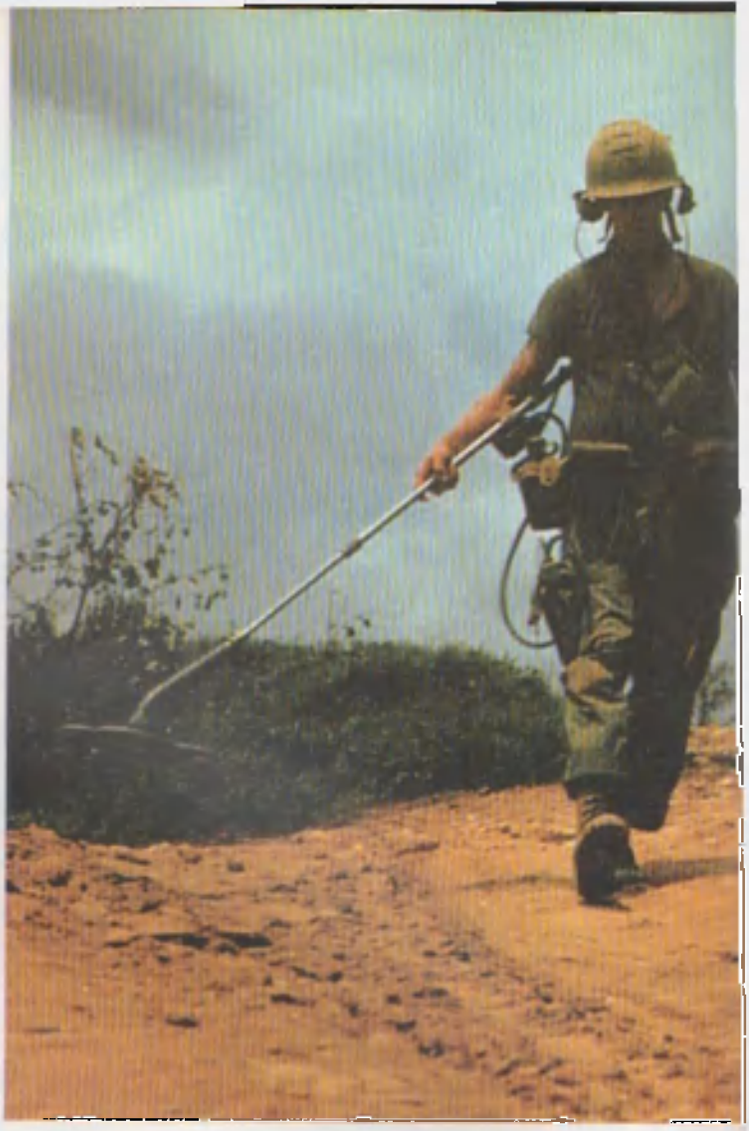
—¡Dios mío! —le dije— ¡No me diga que han tenido problemas con toda esta potencia de fuego!

—No se deje engañar —me contestó— Los "dinks" nos atacaron hace una semana con cohetes e infantería. Le dieron al carro que teníamos aquí antes en el frontal, y la fuerza de la explosión lo hizo recular. El conductor quedó con la cabeza hecha papilla y el carro quedó con el cañón principal averiado y sin luces Estuvieron a punto de aplastarnos. Se dará cuenta de que es un puente Bailey. La unidad que estaba antes que nosotros fue diezmada y el puente destrozado Está allí arriba, en el campo —dijo, señalando a un montón de hierros retorcidos

—Gracias por el aviso —murmuré. Mi respeto por los vietcong había subido unos cuantos enteros. Pasé revista mientras los camiones bajaban la carretera. El jefe del carro se acercó y se presentó.

—¿Cómo va eso, teniente? Soy el teniente Knutson, aquí me tendrá a su disposición. Mis orugas están en los otros dos puentes, de modo que la coordinación será fácil. Hace una semana que estamos destinados aquí, después de que pusieran fuera de combate al otro carro

Me presenté y presenté a mis hombres; él hizo lo mismo. Llevaba casi dos años en Vietnam y estaba a punto de que lo ascendieran a capitán. Yo era un novato, cosa que no le ocurría a él, que nos miraba con ojo crítico. Las unidades de blindados proporcionaban una buena potencia de fuego, pero necesitaban a la infantería para que las protegiera, sobre todo cuando tomaban posiciones estáticas. Sin duda estaban preguntándose qué tal haríamos el trabajo de protegerlos.



Desde mi punto de vista, me alegraba de tener toda esa potencia de fuego y blindaje. Sin embargo, los blindados son siempre un maravilloso blanco Los "dinks" vendrían al puente como abejas a la miel.

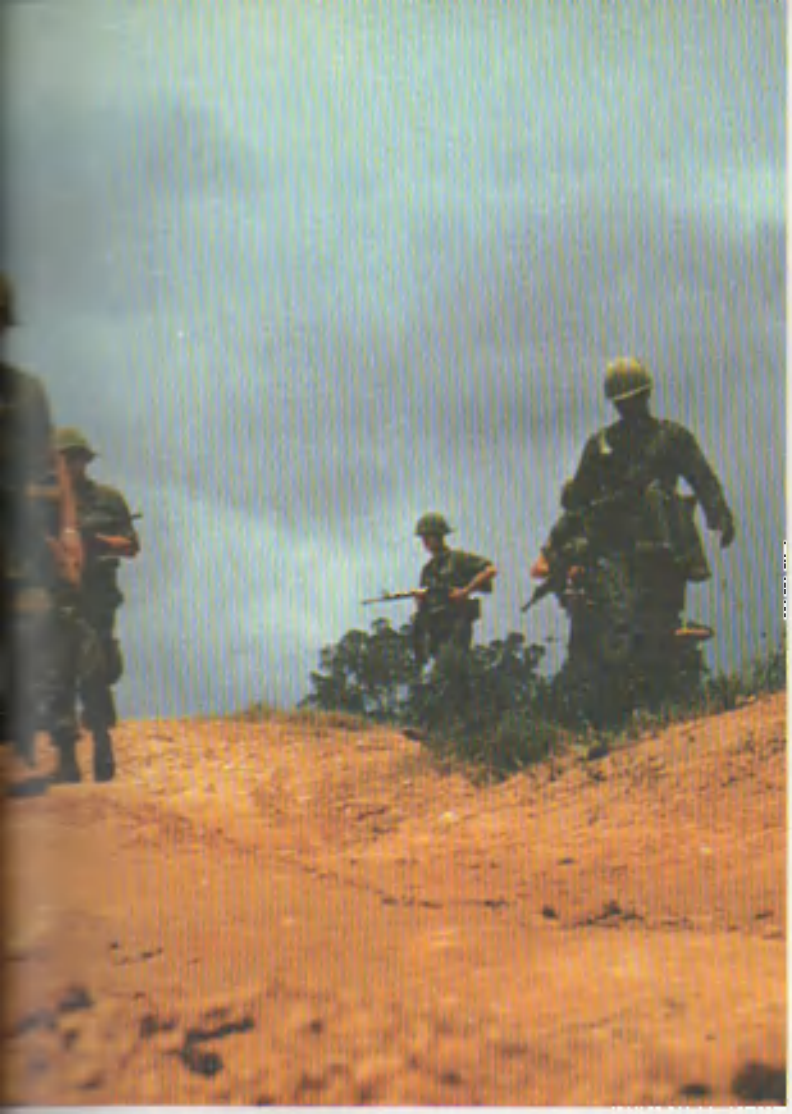
A treinta metros al este del puente había un viejo búnquer Decidí instalar allí mi puesto de mando. Estaba situado cerca del alambre de espino que rodeaba esa parte del perímetro y proporcionaba un campo de tiro razonable. Había un parapeto de baja altura al otro lado del torrente 20 metros más abajo, pero podía cubrirse con el búnquer situado al sur del puente en caso de ataque. No era una situación ideal, pero el parapeto no podía destruirse y el tanque estaba situado en la curva del torrente al salir del puente.

27 de septiembre de 1967

Mi primer día en los puentes. Los días siguientes fueron un tiempo en el que pude madurar.

Mann y yo estábamos ocupados preparando las defensas del búnquer; mis hombres acababan de colocar dos minas Claymore delante del alambre de espino, desenrollando los alambres del detonador hasta donde estaba yo situado Se acercaba tormenta, soplaba un fuerte viento y se acercaban nubes bajas desde el mar. El viento aumentaba a cada momento en intensidad, doblando los árboles con su fuerza.

Una explosión rasgó el aire detrás mío, seguida inmediatamente por un grito. Me arrojé instintivamente contra los sacos



ARRIBA. *Patrullando en "territorio indio", las patrullas tienen que mantener una atención constante con las minas. Aunque un detector de minas es muy útil, no garantiza seguridad absoluta.*

terreros mientras mi mente gritaba. "¡Ataque con morteros!" Mis ojos registraron la escena de hombres congelados por la sorpresa, con sus ojos clavados a mi espalda. Mann estaba justo enfrente mío y los hombres del oruga estaban al fondo, encogidos en donde se encontraban al producirse la explosión Me volví rápidamente y mis ojos recayeron sobre la desgraciada catástrofe.

Una de las Claymore había estallado, destrozando para siempre las vidas de los tres hombres que estaban frente a ella.

—¡Dios mío!

—¿Ha sido un mortero?

—No, una de nuestras Claymore há estallado.

—Ayudémoslos. rápido.

—¡No, espera! ¡Hay otra Claymore ahí afuera!

—¿Qué demonios la ha hecho estallar? ¿Qué pasa con la otra?

Los detonadores seguían sobre los sacos terreros, con los seguros puestos. Los hombres del oruga y mis soldados estaban a mi alrededor, tensos y a punto de saltar en ayuda de los tres hombres que estaban junto al alambre de espino.

Uno de ellos yacía prácticamente muerto, tumbado sobre su espalda y con la cabeza convertida en una masa sanguinolenta. Otro estaba arrodillado con un brazo colgando, y con la otra mano cogiéndose el cuello y el hombro, con la sangre fluyendo sobre su camisa de faena. El tercer hombre estaba de pie, sangrando y rígido por el peligro que todavía existía de la otra Claymore.

—¡Mierda, ha sido la electricidad estática lo que la ha hecho estallar! —exclamé. Para activar el detonador de la Claymore se apretaba un dispositivo del tamaño de la mano. Sin embargo, la electricidad estática podía haber activado sin duda el detonador.

¡Vaya dilema! Los tres hombres heridos necesitaban ayuda rápidamente, pero antes debía desarmarse la otra Claymore. Para hacerlo, uno de nosotros debía desenroscar el dispositivo que unía el detonador a la Claymore. Muy sencillo, pero la tormenta crecía en intensidad. Tremendos relámpagos surcaban el cielo entre las nubes, y el aire estaba cargado de electricidad. La explosión de la otra Claymore podía ser inminente, con lo que destrozaría a cualquiera que estuviese cerca Si explosionava mientras alguien estaba desenroscando el detonador, no quedaría de él ni un pedazo.

> Las negras nubes surcadas de relámpagos contribuían a la confusión, con el viento aullando en todas direcciones.

Sólo habían pasado unos segundos desde la explosión. Uno de mis hombres y yo nos arrojamos sobre la Claymore, tratando frenéticamente de desenroscar el detonador, que finalmente arrojamos lejos de la mina. Cuando lo conseguimos, corrí hacia la radio. Dos hombres estaban aplicando los primeros auxilios a los heridos. El resto de posiciones estaban cubiertas por los hombres a quienes habían sido asignadas, que se habían mantenido en sus puestos durante la acción.

"Bien entrenados", pensé, intentando desplegar mi mapa, que estaba doblado dentro de la bolsa de plástico de la radio

—Aquí Uno-Seis. Necesito una "limpieza". Ha habido un accidente que ha resultado en tres "cacahuetes", corto.

Tratábamos de no decir nada por radio que pudiera ser entendido por el enemigo. Por ello, usábamos palabras en código para ciertas cosas. Un "ayuda fría" era un hombre muerto, y un "cacahuete" era un soldado herido.

—Aquí Delta Seis. ¿Qué demonios ha pasado? Cambio.

—Aquí Uno-Seis. La electricidad estática del aire ha hecho estallar una Claymore mientras tres hombres de los orugas colocaban alambre de espino. Cambio.

—Aquí Delta Seis ¿Cuál es vuestra posición? Cambio.

¿Porqué me lo preguntaban? Estaba en el puente que me habían asignado. Veamos... aquí estamos... leamos las coordenadas .. muy fácil... como en la instrucción. Por supuesto, esa era mi primera responsabilidad cuando había heridos.

—¡Teniente! ¡Teniente! Tiene que conseguir una "limpieza" rápido. Este hombre tiene una herida muy grave en la cabeza —dijo un soldado, mientras llevaba a rastras al hombre dirigiéndose hacia mí. Las negras nubes surcadas por relámpagos contribuían a la confusión, con el viento aullando en todas direcciones. Empezaban a caer enormes gotas de lluvia.

—Aquí Uno-Seis. Estoy en las coordenadas 298028. Cambio. —leí.

—Aquí Delta Seis ¿Está seguro de eso? Cambio.

—Aquí Uno-Seis. Mmmm, veamos, sí, eso es. Cambio.

—Uno-Seis, será mejor que vuelva a comprobarlo. Según lo que me dice, están sobre el mar de la China Cambio.

¡Ohh! ¡Qué mal me sonó aquello! ¡Maldición! ¡Si lo he hecho un millón de veces!, pensaba mientras empezaba a correr el sudor por mi frente.

Los heridos gritaban, la tormenta estaban alcanzando unas proporciones gigantescas y el sargento del oruga preguntaba dónde demonios estaba la ayuda. "Concéntrate, Fred, concéntrate", me decía a mí mismo, mientras contemplaba sin comprenderlo el conjunto de colores, coordenadas y números. De pronto todo se encajó con perfecta claridad.

—Delta Seis, aquí Uno-Seis. Tiene razón, mis coordenadas son 288028. Necesito una "limpieza". Rápido. Cambio.

—Uno-Seis, aquí Delta Seis. Ya sé dónde estáis, sólo quería saber si podías decirlo bien. Ya he llamado para enviaros ayuda, pero dicen que con la tormenta es demasiado peligroso volar. Un piloto lo ha intentado, pero ha tenido que regresar Cambio.

—Aquí Uno-Seis. Espere un momento... No pueden venir a buscar a los heridos por la tormenta. Teniente Knutson, ¿puede esperar el hombre de la herida en la cabeza?

—¡De ninguna manera! Si no recibe asistencia rápido, morirá —contestó Knutson.

—Los meteremos en un oruga y los llevaremos a la Montaña del Trueno por carretera —gruñó el viejo sargento.

A todo gas, los dos vehículos rugieron hacia la montaña y la asistencia médica, a cinco kilómetros de distancia.

—Demonios, vamos a perder ese oruga. Está casi oscuro. Los "dinks" ya habrán minado la carretera —protesté

—Lo conseguiremos. Yo conduciré el carro delante del oruga —dijo el sargento—. ¿Qué le parece, señor? —añadió, dirigiéndose al teniente Knutson.

De pie con las manos en las caderas, y observando cómo se aplicaban los primeros auxilios a los heridos, el teniente Knutson giró la cabeza hacia nosotros y dijo:

—Está bien, sargento. Cárguelos y vámonos antes de que se haga de noche del todo.

—Llamaré por radio para decir que vais hacia allá —le dije al teniene Knutson.

—La tripulación del oruga va a llevar a los heridos. El carro irá delante de ellos. Cambio.

—Aquí Delta Seis. Lo avisaré al resto de unidades de la carretera para que os dejen pasar. Corto.

El carro trepaba por el costado de la carretera, con el motor rugiendo y los orugas tintineando en busca de apoyo. El transporte blindado lo siguió A todo gas, los dos vehículos rugieron hacia la montaña y la asistencia médica, a cinco kilómetros de distancia. Mientras veíamos cómo desaparecían tras una curva, nos preguntábamos si podrían sortear a los grupos de "dinks" que minaban la carretera casi cada noche. Al pasar mi último puente, Schaldenbrand informó. Lancé un suspiro de alivio al ver que habían cruzado mi sección sin daños, por lo menos.

IZQUIERDA: *La quema de poblados era un arma de doble filo. Mantenía al Vietcong en jaque y le privaba de sus santuarios, pero ¿cuántos nuevos reclutas creaba para la guerrilla?*

Finalmente lo consiguieron. Todos los heridos sobrevivieron y dos de ellos regresaron a nuestra unidad al cabo de un tiempo El hombre de la herida en la cabeza fue enviado a una unidad MASH, y nunca volvimos a saber nada de él.

Mi primera oportunidad para demostrar al capitán mi capacidad había sido deplorable. Dos lecciones: No mezclar las tormentas con las minas Claymore, y no creer nunca que leer un mapa en las prácticas es lo mismo que leerlo bajo presión.

Un tifón nos azotó durante tres días, inundando la zona de tal forma que al final tan sólo el puente Bailey quedó sobre la superficie de las aguas. El carro M-60 y el APC habían retrocedido hasta los dos extremos opuestos del puente para escapar al torrente de agua. Los hombres de los otros puentes estaban seguros en las laderas. Habíamos abandonado las tiendas el tres de octubre y estábamos con los blindados en el puente.

5 de octubre de 1967

Las aguas bajaron finalmente, permitiéndonos acampar y habituarnos a una semirrutina de vigilancia del puente. Delta Seis quería que patrulláramos el área, y yo deseaba sacudirme de encima cualquier "dink" que hubiese conseguido entrar en la zona aprovechando las tormentas. El sargento Schaldenbrand y yo decidimos que las corrientes eran vadeables, de modo que trazamos planes para hacer una corta patrulla, de duración no mayor de cinco horas.

Las colinas que teníamos detrás en dirección oeste estaban llenas de huellas, puntos de desembarco, lienzos, camastros viejos y otras huellas de los movimientos de los guerrilleros en la zona. Los guerrilleros tenían parientes en muchos pueblos cercanos de los que recibían alimentos, armas, munición y explosivos, traídos por mar en barcos de pesca camuflados. El hecho de que hubiéramos suspendido las patrullas durante la tormenta podría haber permitido que se reabastecieran y visitasen sus hogares. Intentaríamos detener todo eso con patrullas y emboscadas, e íbamos a empezar por aquellas colinas.

La carretera fue limpiada normalmente por el batallón de ingenieros 0900. Por lo tanto, cada uno de los otros dos puentes podría enviar cuatro o cinco hombres para que se nos unieran tan pronto como la carretera estuviera libre. Desde el B-102 podríamos ir en dirección sudoeste hasta que encontrásemos un lugar en el que vadear la corriente. Tras comprobar los puntos de interés y posibles huellas de presencia enemiga, giraríamos hacia el sur medio kilómetro y volveríamos a la carretera. Usando mi puente como base, dejé caer una hoja de trébol sobre el mapa y me propuse cubrir el equivalente a la extensión que abarcaba sobre el papel cada día, una parte bastante razonable. Por la mañana temprano, dos días después de la tormenta, nos agrupamos en el B-102. El equipo de limpiadores de minas barrió desde el norte con Schaldenbrand, Doc y tres fusileros siguéndolos. Poco después, Jose trajo su sección desde el sur al pasar el equipo de zapadores por su puente. Porter, con un pelotón de mi puente, completaba la patrulla. Estábamos listos.

Di la orden de partir. Los hombres, muchos de los cuales eran veteranos con más experiencia que yo, se extendieron automáticamente como un acordeón mientras el extremo del pelotón se deslizaba buscando su camino a la izquierda del pueblo y se dirigía a los arrozales. Yo siempre iba con los primeros de la patrulla para tener mejor control de la situación en caso de que hubiera problemas. Mi sargento cerraba el grupo de modo

que la serpiente tuviera dos cabezas Había agua en todos los arrozales, de modo que caminábamos sobre las pequeñas franjas que los separaban, caminando en zig-zag hacia una curva del torrente que quedaba a 200-250 metros El pueblo quedaba detrás nuestro, con los campesinos en sus campos y, debo admitirlo, ninguno de nosotros esperaba tener problemas tan al principio de la patrulla. Los primeros habían llegado al torrente y se habían detenido a mi orden de alto; unos hombres empezaron a buscar sitio para cruzar. Un anciano con el típico traje de campesino cavaba en un arrozal cercano a nosotros. Mis hombres fumaban, vigilando de reojo mientras esperábamos a que encontrasen por dónde cruzar.

Los primeros hombres empezaron a vadear el torrente. Dos hombres habían cruzado, con el agua hasta el pecho. Tres hombres más estaban en el agua. Yo estaba de pie en la orilla cuando se desataron todos los infiernos. Seis "dinks" salieron corriendo con todas sus fuerzas de una cabaña situada a unos 150 metros al otro lado del lugar por donde estábamos cruzando, tan sorprendidos como nosotros mismos. Todo el mundo empezó a disparar, incluidos los hombres que estaban detrás mío situados en abanico. Sus disparos ponían en peligro a los hombres de delante, especialmente a los que estaban en la otra orilla, un poco más arriba y en línea de fuego. Grité a los de atrás que dejaran de disparar, le dije a Schaldenbrand que tomase el mando de la parte trasera del pelotón y me hice cargo de los hombres de la parte frontal del mismo, vadeando tan deprisa como pude ¿Cómo podría explicar adecuadamente mis sensaciones en aquel momento? Mi primer mando en un combate real. el primer contacto de la patrulla, y casi nos damos de narices con seis "dinks" Trepé a toda prisa la orilla opuesta, intentado desesperadamente no perder a los "dinks" de vista mientras saltaban a través de los arrozales frenéticamente, buscando la seguridad de las colinas. Ocho o diez de nosotros habíamos alcanzado ya la orilla y disparábamos a los fugitivos.

El agua salpicaba bajo nuestros acelerados pies. Tenía que mantener el control, pero quería liquidar al menos un "dink".

Spagg, Mann. Porter. McCovey y yo seguimos al ala izquierda de los fugitivos. Hunter. Iding. Jose. Villasenor. Collins y los demás se extendieron por la derecha. La frenética huida había dividido a los "dinks". Estaban desapareciendo en el lecho del riachuelo, cubierto de maleza, y gateaban a través de la hierba en la base de la colina que teníamos enfrente. corriendo como demonios para salvar sus vidas entre un torrente de balas. "¡Demonios! Con todos estos disparos, ¿cómo es que no cae ninguno?", pensaba yo. Sólo podía ver a dos de ellos desde mi situación. Me detuve y mis hombres se detuvieron conmigo mientras les gritaba que apuntasen y tirasen en lugar de disparar a lo loco. Mi M16 llevaba unas cuantas balas trazadoras. Apunté mi arma hacia una figura que escapaba a doscientos metros. La figura se mantuvo un momento a la vista mientras apretaba el gatillo. La roja línea de fuego fue a por él, se cruzó con su cuerpo y el hombre cayó al suelo. ¡Lo tenía! Increíblemente, se levantó de un salto y siguió corriendo, con un movimiento renqueante. Disparé desesperadamente, intentado darle de nuevo Tras cinco o seis disparos, cayó por una de mis balas o la de cualquier otro, no lo sé.

Corrimos hacia delante, con Spagg disparando la ametralladora M-60 desde la cadera.

—Para con eso, Spagg —gruñí, mientras corríamos hacia el punto en el que el "dink" había caído—. No puedes darle a nada disparando de esa forma como si fueras John Wayne Espera hasta que lleguemos a ese terraplén y úsalo como base.

Mientras cruzábamos el torrente, había llamado por radio a Delta Seis para informar de la situación. Conociéndolos sabía que debían estar jurando por todos los demonios preguntándose porqué no les habíamos vuelto a informar desde entonces; era el momento de hacerlo. Justo entonces oí una explosión a la derecha y un grito, y al herido gritar "¡Médico, Médico!" Corriendo junto a la base de la colina, pude ver a uno de mis hombres, un muchacho de 18 años llamado Williams, yaciendo sobre la húmeda hierba, con la rodilla derecha destrozada.

—¿Dónde demonios está la "limpieza"? —grité.

—Está en camino, señor —contestó Mann detrás mío—. ¡Delta Seis quiere hablar con usted enseguida!

—Muy bien, allá voy. Aguanta, Williams, la ayuda viene hacia aquí. Tengo que irme.

—Muy bien, señor, aguantaré —contestó Williams. Corrí hacia Mann, que estaba cerca con la larga antena de 3 metros sobresaliendo de la radio.

—Delta Seis, aquí Uno-Seis, cambio.

—Aquí Delta Seis. ¿Qué demonios está pasando ahí abajo? Cambio.

—Aquí Uno-Seis. Sorprendimos a seis "dinks" en una cabaña y los estamos persiguiendo. Uno de mis hombres está herido, pero no es de gravedad. Cambio.

—Aquí Delta Seis. ¿Habéis cogido a alguno de los "dinks"?... No puedo oíros, pierdo la señal... Cambio.

—Aquí Uno-Seis Creo que tenemos a dos. Cambio.

—(Zumbidos) ...Delta Seis. No puedo oíros, Uno-Seis Cambio (zumbido).

—Diablos. perdemos contacto. Mann, llama a los blindados y nos mantendremos en comunicación a través de ellos.

Todo el mundo quería saber qué sucedía: Delta Seis, los blindados que esperaban ansiosamente en la carretera y el jefe del batallón. Había perdido contacto con el cuartel general gracias al tiempo y a la gran cordillera que teníamos delante. ¡Dios mío, vaya momento para perder contacto! La ayuda debía estar en camino y Delta Seis no podía decirles dónde estábamos porque nosotros no podíamos decirle a Delta Seis nuestra situación. Mientras tando. seguía el tiroteo.

—Mann, ¿has conseguido conectar ya con los blindados?

—Sí, señor.

—Diles que llamen a Delta Seis y les digan que hay una cordillera en medio y por eso no nos oyen. De paso, dales nuestra situación para el helicóptero de ayuda.

—Mientras Mann lo hacía, me giré hacia mis hombres y les dije que vigilasen el flanco derecho, avanzando colina arriba.

—Cuando llegue esa "limpieza", estad preparados para los disparos de los "dinks" —les grité. Mientras tanto, podía oír a Delta Seis tratando de conectar con nosotros, frenéticos ante nuestro silencio.

El teniente Knutson, jefe de los blindados, comunicó la situación a Delta Seis, quien a su vez me transmitió la frecuencia del helicóptero y la recomendación de rastrear la zona hasta que encontrásemos al resto de "dinks" Junto donde estaba Williams había una zona abierta, perfecta para el aterrizaje. Yo tenía la bomba de humo en la mano, mientras mis hombres rastreaban

el terreno y yo esperaba ansiosamente la llegada de la ayuda. ¡Demonios!, ¿dónde estaba ese helicóptero? Williams no iba a morir por sus heridas, pero estaba sufriendo. Por otra parte, cada momento de retraso hacía que los "dinks" estuvieran más lejos.

—¡Teniente! —gritó Mann—. El helicóptero se acerca y quiere que lancemos una granada de humo

Mientras el aparato aterrizaba, el humo púrpura de la granada cubría la escena, esparciéndose por la fuerza del rotor del aparato La tripulación saltó para ayudar a mis hombres a llevar a Williams. Desplegaron una camilla, lo pusieron encima y corrieron al helicóptero, cuyos rotores giraban rápidamente, anticipando un rápido retorno a su elemento El último tripulante saltó a bordo justo en el momento en que el piloto daba gas a fondo a los motores, haciendo despegar al aparato. El piloto hizo girar rápidamente el helicóptero y se dirigió hacia la carretera, en donde estaba relativamente más a salvo de los disparos desde tierra.

2 de noviembre de 1967

Nuestro batallón había sido reagrupado en las montañas al oeste de la carretera. Íbamos a ser relevados por la 198.ª Brigada, fresca de Estados Unidos. El trabajo en los puentes era relativamente fácil y se pensaba que era mejor que las tropas "verdes", novatos en Vietnam, debían curtirse un poco en los puentes antes de meterse en la jungla. El procedimiento para relevarnos sería el mismo que la anterior vez, sólo que ahora, unas semanas más tarde, yo iba a ser el crítico veterano, observando a los soldados novatos.

Todavía nos quedaba una noche, de modo que había tiempo para la última misión. El pelotón que iba a relevarnos por la tarde me permitiría usar a todos mis hombres en una operación que había planeado con el capitán Sells desde hacía ya algunos días.

Los servicios de información tenían noticias acerca de que en el pueblo al este de nuestro puente había cada noche visitas de los vietcong con el fin de ver a sus familias y reclutar a nuevos guerrilleros Mi pelotón iba a efectuar un ataque coordinado cercando el pueblo por tres lados después de medianoche. El lado este, que daba al lago, podía ser cubierto por lanchas armadas en caso de que alguno de los guerrilleros intentase escapar por barco. La operación sería cubierta por un equipo de los MI (Inteligencia Militar), con un Chou-Hoi Llegarían al amanecer con un experto al que me gustaría haver visto en el futuro en otro trabajo. El hombre que le acompañaba sería un "dink" llamado Fouel. Fouel había sido guerrillero durante muchos años, pero, por razones desconocidas, se había convertido en un Chou-Hoi. Un Chou-Hoi era un enemigo que se entre-

ABAJO: *Interrogatorio de un sospechoso. Aunque muchos de los survietnamitas eran o bien activistas del Vietcong o simpatizaban con ellos, fueron los inocentes los que más sufrieron*

TOPHAM PICTURE LIBRARY

GAMMA

ARRIBA: *Los servidores de un cañón, relajados mientras disparan obuses de 105 mm, como respuesta a un bombardeo de las tropas comunistas.*

gaba, afortunadamente con sus armas, a los hombres del Ejército de Vietnam del Sur o a los norteamericanos.

Aproximadamente a las 14:00 horas, llegó el pelotón que iba a relevarnos. Informé rápidamente al teniente Lorbieki, el jefe del pelotón, y volví a mi puesto para continuar planeando la operación. El cielo estaba muy cargado, lo que hacía preveer una noche húmeda y desapacible, con un poco de suerte no llovería. La operación debía iniciarse en mi puente cuando se hiciera de noche.

Me quedé de pie sobre el puente mirando al este, hacia el pueblo que íbamos a atacar, situado a unos 700 metros. Los aldeanos volvían a sus casas tras acabar sus tareas cotidianas. Pensé en las muchas patrullas que habíamos llevado hasta ese pueblo en las últimas dos o tres semanas; no habíamos encontrado nada Por la noche, fuimos tiroteados desde varias direcciones y fui herido levemente.

Di un último repaso a mi equipo. La operación requería tan sólo equipo ligero, las armas, munición. cantimploras y equipo de primeros auxilios. Todos los hombres habían sido instruidos sobre los objetivos de la patrulla. Los pelotones saldrían al anochecer en columna de a uno, yendo directamente a través de los arrozales hacia el pueblo. A cincuenta metros del pueblo, un grupo con la ametralladora de Spagg iría hacia el norte y se colocaría en línea desde el lago, cortando la huida por el norte. Yo me había asignado la parte oeste del pueblo, con un grupo distribuido en línea. El tercer grupo, con M-60, se extendería al sur hasta el lago Esperaríamos tumbados hasta el amanecer, momento en que debía aterrizar el helicóptero del MI para acompañarnos al pueblo. Sólo había un punto ciego que no estaba cubierto, pero se podía solucionar. Desde la orilla del lago, caminando unos 200 metros por los arrozales, se llegaba a una línea de colinas de no más de 50 metros de altura. El pueblo estaba asentado en la parte norte, donde acababan las colinas. Algunos de los campesinos habían edificado colina arriba, y había un buen número de cabañas. El grupo de la parte sur tenía las colinas entre ellos y el pueblo. Creíamos que los guerrilleros podían esconderse en las colinas, pero dado que éstas eran muy pequeñas, podríamos sacarlos de allí muy fácilmente

El pelotón del teniente Lorbieki ya había tomado sus posiciones en los puentes. Mi pelotón se había reunido en mi puente (ahora el puente de Lorbieki), en donde los hombres del relevo guardarían nuestro equipo hasta nuestro regreso al día siguiente.

Ya era casi de noche. Lorbieki me deseó suerte.

—¡Todos en formación! —grité, y di la orden a la cabeza de la columna de que empezasen a caminar. Nos adentramos en la oscuridad, siguiendo las pequeñas separaciones para poder caminar sobre seco

La bengala fue totalmente inesperada. En un segundo pasamos de ser oscuros fantasmas en la noche a formas perfecta-

mente definidas por la deslumbrante luz, recortadas sobre los arrozales. "¡A tierra!", nos dijimos unos a otros, innecesariamente. Nuestros cuerpos habían respondido instantáneamente al relámpago de luz. Yo estaba aterrorizado ante la posibilidad de que hubiésemos caído en una emboscada Mi mente y mi cuerpo estaban listos para responder al sonido de las balas y las explosiones. Al cabo de un momento, me di cuenta de que la luz provenía de bastante al sur. Todos estábamos echados en los arrozales observando el espectáculo pirotécnico. "Esto es cosa de Puff." Nos dimos cuenta finalmente que eran los nuestros, al ver dos sólidas líneas de luz roja rastreando la tierra desde el cielo. Eso explicaba las bengalas (los Puff eran C-47 de transporte convertidos en cañoneros armados con ametralladoras que se disparaban desde los portones laterales). Estaban demasiado lejos para que se los oyera; tan sólo podíamos ver las bengalas y las balas trazadoras. No osamos movernos, pues las bengalas nos descubrirían frente a los guerrilleros del pueblo, que debían de estar sin duda contemplando el espectáculo. El oficial de radiotelecomunicaciones había conectado con el capitán y me alargaba el receptor.

—Aquí Uno-Seis. ¿Qué demonios está pasando? ¡Casi nos descubren en medio de los arrozales! Cambio.

Parecía como si alguien hubiese dado una patada a un hormiguero. ¡Demonios! Estaba seguro de que allí había guerrilleros.

—Aquí Delta Seis. Dragón Seis ha comunicado que una de las unidades nuevas está siendo atacada por un batallón de "dinks". Yo no lo creo, pero Dragón Seis ha llamado a Puff de todas formas Permaneced bien pegados al suelo hasta que acabe el espectáculo y tomad posiciones antes de que escapen esos guerrilleros. Corto.

—Esos gilipollas de allá abajo van a hacer que nos maten —susurré a los hombres que estaban junto a mí. De uno en uno pasó lo que estaba ocurriendo, y la orden de ponerse en marcha en cuanto los chicos voladores acabasen con sus bengalas Finalmente se fueron y llegamos a nuestras posiciones, a unos cincuenta metros del pueblo. El grupo sur informó por radio de que estaban justo al lado de las colinas que los separaban del pueblo. El grupo norte ya estaba más allá del pueblo, a unos 100 metros. Los hombres que tenía junto a mí estaban tumbados sobre sus estómagos, las cabezas descansando sobre el mentón y el cuerpo sobre un arrozal seco, por una vez. Podíamos oír las voces de los aldeanos y las risas de unas cuantas chicas.

Los aldeanos entraron en actividad al empezar a prepararse para el día. Nuestra tensión empezó a crecer. ¿Dónde estaba ese helicóptero con el MI y el "dink" renegado?

El chop-chop de las palas del rotor sacudió el aire matinal. ¡Ahí estaban! De golpe el helicóptero se hizo visible. Los sonidos del pueblo se volvieron más excitados y los "dinks" empezaron a moverse más deprisa. ¡Al demonio con ellos! Mis hombres podrían atraparlos Conecté con el helicópero que descendía. La voz del piloto me llegó claramente por la radio.

—Delta Uno-Seis, aquí Pájaro Madrugador con Halcón. Echad humo. Cambio.

—Aquí Uno-Seis. De acuerdo. Corto.

El hombre que había tirado el humo estaba de pie encarado en la dirección en la que venía el helicóptero, sujetando su rifle en posición horizontal con las manos sobre la cabeza. El piloto podría leer en el hombre sosteniendo el fusil.

Mientras aterrizaba el helicóptero, el agente y Fouel saltaron fuera. El piloto puso inmediatamente rumbo a la base. Estreché las manos del agente y me presentó a Fouel. Era de típica constitución vietnamita, de un metro cincuenta y cinco y famélico. Llevaba un traje negro y sostenía una carabina M2. Parecía exactamente un vietcong con ese aspecto.

Llamé a los otros dos grupos para prevenirles de que no disparasen sobre nuestro aliado. Uno de mis hombres gritó y señaló hacia el poblado, en plena actividad. Parecía como si alguien hubiese dado una patada a un hormiguero. ¡Demonios! Estaba seguro de que allí había guerrilleros.

Nos acercamos en fila a través de la parte oeste del pueblo. Los aldeanos estaban de pie en grupos. No tenían nada que hacer al ver las fuerzas de que disponíamos y el cerco formado Esta vez no podían escapar.

Un hombre entró en cada cabaña, removiendo cada habitación y todas las pertenencias de sus habitantes, en busca de armas, munición, o cualquier tipo de material bélico. El Chou-Hoi, Fouel, resultó ser un fanático. Conocía a la gente del pueblo personalmente y estaba apuntando a un hombre a la cabeza mientras hablaba con gran rapidez

¡Acción! El grupo del lado norte había interceptado a 10 o más "dinks" que intentaban escapar. Los "dinks" habían regresado corriendo en dirección a la zona del lago junto al pueblo. Nuestros hombres llamaron por radio para informar de que los "dinks" estaban subiendo a unas embarcaciones.

Grité sin dirigirme a nadie en especial. ¿Dónde están esas jodidas patrulleras? Si esos "dinks" consiguen escapar a través del lago .

No podíamos ver el lado este del pueblo, pero podíamos oír los disparos Ahora podíamos ver la parte derecha del grupo norte ¡Bien! ¡Bien! El grupo sur mantenía las posiciones al otro lado de la colina. Cuando mi grupo llegó al lago, dimos la vuelta y empezamos a rastrear las colinas. Cogí la radio.

—¿Ya pueden verse las patrulleras? Uno-Cinco, ¿qué demonios pasa? Cambio.

—Uno-Seis, aquí Uno-Cinco Esos "dinks" se largaban en sus barcas, pero le dimos a un bote bastante bien Llevaba a seis de ellos a bordo, todos con Thompson (subfusiles). Nos cargamos a cinco y hemos capturado a uno. ¡Aquí están las patrulleras! ¡Les están dando una buena paliza! Tienen dos botes atrapados en medio del lago. Volveré a informar. Corto.

El sonido de las patrulleras era claramente audible. Podíamos verlas de vez en cuando, pero no tendrían que hacer muchas pasadas. Los "dinks" de los botes tan sólo dispararon unas cuantas balas antes de que los hicieran pedazos. Mi grupo había llegado casi al borde del lago a través del pueblo para encontrarse con nada más que las miradas hostiles de los aldeanos No querían decirle nada a Fouel, por mucho que éste los hostigase. Volví a llamar.

—Uno-Cinco, ¿dónde estáis? He llegado al lago. Cambio.

—Aquí Uno-Cinco. Estamos justo al norte de vosotros. Podemos veros. Esta lluvia está dificultando la visibilidad (había vuelto a empezar). Estamos buceando en el lago en el sitio en que se ha hundido el bote a ver si podemos encontrar alguna de esas Thomson Cambio.

—Muy bien, pero no dejéis que se escape ese prisionero. Que nos lo traigan un par de hombres para interrogarlo. Corto.

Mi grupo había encontrado un claro junto a la colina, un poco

más arriba del poblado principal. Los árboles formaban una especie de refugio y allí nos sentamos en círculo, haciendo un descanso para fumar un cigarrillo. Yo estaba preparando un plan para rastrear la colina que teníamos detrás cuando llegaron dos de mis hombres con el prisionero Era el "dink" más saludable que había visto hasta entonces, de un metro sesenta y cinco de estatura, muy musculado y bien alimentado. Llevaba una camisa caqui hecha jirones y unos pantalones cortos muy comunes entre los habitantes del lago.

—Tenga, señor. Le hemos encontrado esto.

El soldado me alargó una billetera y algunos papeles. No pude leerlos, pero en la billetera había una foto que mostraba a un grupo de vietcong con todo su armamento. El prisionero era uno de los hombres que aparecía en la fotografía. ¡Buen hallazgo! Aquel hombre podía llevarnos hasta armas o incluso a otros miembros del grupo. Señalé su figura en la foto y le señalé a él. Se limitó a mirarme desafiante y a apretar la mandíbula. Intenté sacarle alguna información, pero no pudo o no quiso entenderme. Uno de mis chicos le dio un cigarrillo

Fouel había cerrado el puño y golpeaba entre los ojos del guerrillero con una cadencia regular, rítmica.

El vietcong se dejó caer de cuclillas con los brazos alrededor de sus piernas, fumando nuestros cigarrillos americanos, esperando que nos lo llevásemos. Allí teníamos a un enemigo vivo, de cuclillas, despreocupado aparentemente de nosotros o del hecho de que lo hubiésemos hecho prisionero Deseé poder hablar su idioma. No podía entender por qué parecía tan despreocupado. Probablemente porque en ese momento no nos temía. Sabía que los norteamericanos enviaban sus prisioneros al ERVN, momento en el que ya tendría tiempo para preocuparse. El agente y Fouel habían estado buscando algo en el pueblo mientras me habían traído el prisionero. De golpe irrumpieron en el grupo de soldados. Tras echar un vistazo a nuestro prisionero. Fouel le gritó unas cuantas palabras en vietnamita. La expresión del guerrillero pasó del sereno desinterés al terror absoluto. Obviamente conocía a su adversario.

Fouel recorrió la corta distancia que los separaba y dio una patada al vietcong mientras éste se incorporaba. El guerrillero cayó rodando hacia atrás y quedó en posición fetal, cubriéndose la cabeza con las manos para protegerse de las patadas y golpes de Fouel. quien no cesaba de gritarle al mismo tiempo. Se acercaba al prisionero y le gritaba lo que era, obviamente, una pregunta. El guerrillero no respondía y recibía una buena patada en las costillas. El prisionero rodaba sobre su cuerpo y Fouel le pateaba ese lado durante un rato. Este tratamiento de shock duró unos cuantos minutos hasta que lo dejó en paz, para empezar a tratar de "negocios" con él.

El primer grupo se había rendido en su búsqueda de las Thompson y se había unido al mío.-Formábamos un círculo alrededor de Fouel y el prisionero. Fouel cogió al guerrillero de la camisa para llevarle al mismo centro del círculo. La camisa se deshizo prácticamente en las manos de Fouel. Este azotó inmediatamente al prisionero con un trozo de la camisa antes de tirarlo al suelo. Luego hizo que se sentara. La voz de Fouel había bajado de tono, convirtiéndose en una conversación de tono normal mientras interrogaba al vietcong. El traje negro de Fouel hacía que diese la impresión de un vietcong interrogando a otro vietcong, con la única diferencia del círculo de soldados, norteamericanos en lugar de asiáticos. De hecho, era un vietcong interrogando a otro vietcong. Fouel había cerrado el puño y golpeaba entre los ojos del guerrillero con los nudillos con una cadencia regular, rítmica.

Fouel le arrancó las ropas y lo dejó desnudo. No tenía mucha sangre, pero estaban apareciendo algunos moratones en su cuerpo. Estaba magullado, lleno de barro, cansado y asustado, y empezó a hablar. Cada vez que lo hacía más despacio, Fouel le golpeaba entre los ojos. Traducida, su historia era ésta: Había sido reclutado por el Vietcong en 1960 en la zona en la que nos encontrábamos. La fotografía que llevaba era de su grupo, cuyos miembros vivían en aquel poblado y los circundantes. Cuando el tiempo lo permitía, cruzaban la carretera por la noche entre nuestros puentes para visitar los pueblos, reclutar guerrilleros, visitar a sus parientes y hacer propaganda contra los norteamericanos y el gobierno survietnamita Hacía un año había sido escogido para ir al Norte a una escuela de entrenamiento especial para guerrilleros cerca de Hanoi. Su instruccion duró aproximadamente seis meses, e incluía métodos de propaganda, uso de armas, tanto las suyas como las nuestras, y técnicas de reclutamiento. Había visto a algunos prisioneros norteamericanos en Hanoi o en sus alrededores Tras su regreso, había estado ocupado incrementando las actividades de la guerrilla en toda la zona. Tras su confesión, recogió lo que quedaba de su camisa y pantalones y se vistió. Luego fue atado con las manos a la espalda.

Yo me había mantenido en contacto con el capitán Sells durante toda la operación. Estaba muy contento con la noticia de que habíamos obtenido información del prisionero Debíamos dar por finalizada la operación y llevar al prisionero con nosotros.

Los dos grupos de hombres formaron una línea desde los límites del poblado en la base de la pequeña colina. El lago estaba a nuestras espaldas y empezamos a rastrear hacia el oeste, determinados a sacar a cualquier "dink" que se escondiera en la colina.

Woods, un hombre de color que era un excelente tirador, levantó la mano. Nuestra sección se detuvo, con la anticipación de acción guiando todos nuestros movimientos. Woods se movió hacia delante desde su posición a mi izquierda. Tras avanzar unos cinco metros, se detuvo mirando enfrente suyo. Todos miramos en la misma dirección, tratando de penetrar con la vista en la espesa maleza para ver qué era lo que contemplaba. De repente se giró a la izquierda, levantando el fusil y disparando al mismo tiempo.

Dos metros a su izquierda, un "dink" cayó bruscamente de espaldas con una bala en la cabeza. Woods se acercó cautelosamente al "dink" y registró el cuerpo. Woods estaba vivo por ser cauteloso.

—Dios mío, Woods. ¿Cómo has podido ver a ese hijo de puta?...

—Sí, el hijo de puta pensó que si se quedaba quieto, yo pasaría de largo, ya que estaba mirando en otra dirección. Por el rabillo del ojo lo vi mirándome y me lo cargué antes de que pudiera pensar qué pasaba

—¡Eh!, ¡Mira esto! Es una foto igual a la que llevaba el otro "dink". ¡Mira, es el mismo grupo! Seguro, es la misma fotografía.

Cogí la fotografía en blanco y negro y miré al "dink" que

estaba caído delante mío, su cuerpo torcido en la grotesca y helada danza de la muerte. Sí, allí estaba en la foto, sonriendo con sus camaradas mientras sostenían sus armas listos para ser inmortalizados por el fotógrafo

Aquella pequeña zona era un buen sitio para hacer una parada. El agente y Fouel estaban de pie cerca de mí cuando Fouel lanzó un grito y saltó sobre un gran macizo de arbustos cercano al sendero. Nos preguntábamos qué demonios pasaba allí Fouel gritaba como un loco y, de repente, apareció entre los arbustos, apuntando a otro guerrillero

Estábamos totalmente sorprendidos. ¿Cómo había sabido Fouel que estaba allí? Algunos de mis hombres cogieron al "dink" y lo ataron. Miré a Fouel justo en el momento en que lanzaba otro grito y volvía a saltar sobre el arbusto. Más gritos y conversación finalizaron con la aparición de otro soldado, pero éste era diferente.

Fouel explicó que éste era un soldado del Ejército norvietnamita. Lo miramos atónitos.

—Mierda, señor. No es más que un jodido crío.

El soldado norvietnamita tenía unos quince años. La única cosa que le quedaba de su equipo era su camisa de faena del Ejército norvietnamita. La camisa le colgaba varias tallas más grande. Con su cara de crío y sus harapientas ropas, no parecía muy peligroso.

¡Bum! Una culata de fusil pasó junto a mi lado para golpear al soldado norvietnamita en el costado. Fouel le había dado un culatazo con el fusil y ahora estaba encima suyo dándole puñetazos. Mis hombres y yo lo apartamos del muchacho.

—¿Por qué le pegas?

Fouel miró al agente mientras alguien le traducía lo que yo había dicho. Fouel me miró y como respuesta se agachó y desgarró la camisa de faena del chico. Metidas junto al estómago llevaba dos granadas de mano norteamericanas.

—¡Jesús! ¿Nadie lo ha registrado? —exclamé

Pensamos que Fouel lo había registrado y él pensó que lo haríamos nosotros. No lo había registrado nadie.

> Todo parecía tan pacífico y ese chico "dink" casi se me carga. Nunca volveré a confiar lo más mínimo en un "dink".

Fouel explicó que el soldado norvietnamita esperaba hasta que tuviera al jefe cerca para hacer estallar las granadas consigo mismo. El "dink" me había visto hablando por la radio y se estaba preparando para llevarme consigo

Miré al joven soldado que yacía en el suelo. Me estaba mirando con la misma intensidad que yo. Mi vida en esta dulce tierra había estado a unos segundos de tocar a su fin. Todo parecía tan pacífico y ese chico "dink" casi se me carga. Nunca volveré a confiar lo más mínimo en un "dink".

El grupo del otro lado de la colina me llamó por radio para decirme que habían encontrado un gran túnel. Dejando a nuestros tres prisioneros con un pelotón, subimos a la cima de la colina, desde donde pudimos ver al otro pelotón debajo nuestro.

Parcialmente cubierto con hierba había un enorme agujero, de al menos un metro y medio de diámetro y cinco metros de profundidad. El agujero iba directamente hacia abajo. Las paredes eran perfectamente lisas y al fondo podían verse los agujeros de cinco o seis túneles. El lugar dónde estábamos no era una entrada, sino un agujero de aireación para el sistema de túneles que recorría la pequeña colina.

ARRIBA: *Una patrulla vadea un río. Las sanguijuelas, trampas y afilados juncos eran una constante amenaza, y durante los monzones, la propia agua podía se letal.*

Ninguno de nosotros iba a bajar a explorar los túneles, de modo que llamé a Delta Seis para informar del hallazgo. No debíamos preocuparnos demasiado, ya que Vietnam debía de tener mil millones de túneles; yo estuve en el país un corto período de tiempo y los túneles eran prácticamente una característica del paisaje.

Finalizamos la operación de rastreo y nos preparamos para volver de regreso a los puentes. Queríamos refugiarnos de una vez de aquella pertinaz lluvia.

El agente me informó de que Fouel había convencido al muchacho para que nos guiase a donde había un arma oculta. Sería una buena forma de concluir la operación

Fouel y el muchacho iban delante nuestro, dirigiéndose al pueblo más próximo al puente. Les metí prisa, pues estaba ansioso por ver dónde podía haber un arma escondida, en un lugar en el que habíamos hecho tantas patrullas sin encontrar nada.

Fouel hizo el trabajo por nosotros, lanzando el tronco fuera de la pila mientras hurgaba dentro. Con un grito de satisfacción, levantó un fusil envuelto en plástico. A través del mismo pudimos ver una carabina M-1 y cargadores con munición.

Caminamos de regreso al puente bajo la lluvia con nuestro hallazgo, cansados pero orgullosos del éxito de la patrulla

ARRIBA: *Las embarcaciones ligeras son muy buenas para moverse por la selva, pero la muerte es segura en una emboscada.*
DERECHA: *Si es posible, un helicóptero preferirá mantenerse suspendido que aterrizar.*

OTAN

Capítulo 3

LA JUNGLA

CAPÍTULO 3 LA JUNGLA

Octubre. La misión del puente había cumplido mis sueños románticos sobre la guerra. Casi diariamente habíamos patrullado alejándonos de los tres puentes. Había habido algunas bajas, un poco de muerte y horror y habíamos sufrido. Pero los puentes no se movieron. Nos habíamos familiarizado lo bastante con la zona y sus habitantes como para sentirnos casi a nuestras anchas

Habíamos llegado a acostumbrarnos a una clase de guerra, lo que cambiaría en noviembre, mes que pasaríamos en la jungla de las Tierras Altas Centrales, donde todo revestía un aspecto atemporal y lo único que importaría a ambos bandos sería sobrevivir.

4 de noviembre de 1967

El ruido que hacían los rotores del helicóptero batiendo el aire de la selva anunció nuestra llegada a lo que iba a ser una LZ (zona de aterrizaje) fría, 20 km al oeste de Duc Pho. Tres de nosotros estábamos sentados a cada uno de los lados de las puertas con los pies descansando sobre los patines de aterrizaje. La superficie del suelo que habíamos sobrevolado aparecía horadada por la viruela de los destructores explosivos enterrados bajo su suave piel.

¿Cuántos "dinks" habían muerto a causa de todo ese formidable poder? A nuestros pies, los hoyos se contaban por miles. Parecía imposible que alguien hubiera podido escapar, si es que en realidad había habido alguien allí abajo.

Así es cómo funcionaba la cosa: habiendo enviado al cuartel general un mensaje informando de que unos "dinks" estaban desplazándose por un camino concreto, a tal hora de la noche, se transmitían a los artilleros las coordenadas de su situación y el momento de abrir fuego. A una hora dada, se alertaba a los artilleros Quizá era pasada la medianoche. A medida que el minutero se acercaba a una hora especificada por una desconocida inteligencia, los hombres cargarían las piezas de artillería sobre las parrillas de transporte, extrapolando así un avance de su propia muerte impersonal.

El comandante de artillería daría la orden de fuego y en la noche explosionarían los truenos y relámpagos creados por el hombre. Una vez efectuado el fuego ordenado, las armas callarían, empezaría el despeje y los hombres volverían a sus literas. ¿Pensando en qué?

Dentro del alcance de tales armas y en una zona precisa, por un instante, las Tierras Altas Centrales se habían transformado en el escenario de la rara demencia humana, dejando de ser la jungla que había sido durante siglos.

A medida que la fuerza de artillería retornaba a sus búnqueres a pernoctar, la selva también se aprestaba para el descanso nocturno curándose de sus heridas recientes

Si todo iba bien, y los "dinks" cruzaban tal senda en el momento oportuno, los haríamos volar en pedazos Si no, pues...

De súbito reconocí nuestra LZ Con la mano izquierda me cogí al marco de la puerta. La primera adrenalina me invadía las arterias. Mi sección sería la primera en entrar en acción y mi helicóptero el primero en bajar. El cielo estaba lleno de aeronaves, como un enorme enjambre de avispas presto para el ataque. Describimos círculos mientras los helicópteros artillados tenían la LZ preparando el descenso. Algunas piezas de artillería ya habían empezado a funcionar mientras estábamos en ruta. Las sustituyeron luego los cañoneros, disparando sus ametralladoras y cohetes metódicamente a fin de destruir las posibles posiciones enemigas o atraerse el fuego de las mismas.

Es hermoso el ballet de helicópteros sobre la LZ. Los cañoneros vuelan por parejas, con uno destacado seguido de otro que lo flanquea, ambos disparando contra la arboleda que rodea el pequeño risco a modo de escenario de la LZ, simultáneamente acribillado por ráfagas de otros dúos de helicópteros artillados, mientras el ruido de sus cohetes y ametralladoras sofocaba el rugido de los helicópteros.

Los principales actores están localizados en las alas y trazan círculos mientras los artilleros completan la fase preparatoria. Dada la orden, nuestro convoy se separa para iniciar la primera etapa del ataque al suelo Seis de nosotros, tres en cada lado, nos ponemos en pie sobre el patín de aterrizaje, listos para saltar tan pronto estemos lo bastante cerca del suelo. Al trazar un ancho arco sobre el escarpado terreno perdemos altitud y bajamos hacia la LZ en un ángulo de 90 grados.

Ahora éramos muy vulnerables, lo que era sabido tanto por los tripulantes del helicóptero como por los soldados y también por el enemigo. Con los pies sobre el patín, las caderas apoyadas contra el fondo del bastidor de la puerta, una mano sujeta al soldado de delante —y éste cogido a la jamba de la puerta—, sosteníamos las armas con la mano que nos quedaba libre

El estruendo era ensordecedor. Al ir pasando, nos azotaba el viento despedido por las aspas. Bultos de setenta libras, más munición extra, cantimploras, lubricantes, cigarrillos, artículos diversos y armamento. Lo descargamos todo mientras toda la LZ se precipitaba hacia nosotros De pronto, las naves artilleras irrumpieron por cada lado, las ametralladoras y los proyectiles rugieron cuando volvieron a intentar ayudar a bajar a sus camaradas con seguridad. Cuando el artillero de la puerta abrió, oímos un definitivo estruendo a seis pies de distancia de nosotros Prácticamente nos precipitamos del helicóptero por lo mucho que en principio nos aturdió el ruido.

> La tremenda ventolera de las aspas despidió barro y hierba por todas partes.

El pulso me latía en las sienes. Tenía todos los sentidos fijos en lo que sucedía en torno a mí Se acabaron las ráfagas. ¡Bueno! Descendimos del helicóptero, que apenas redujo la velocidad manteniéndose de cinco a diez pies por encima del suelo.

—¡Eh, cabrón! ¡Baja más! —gritamos al unísono, aunque era inútil y lo sabíamos. El helicóptero, que de hecho nunca se había detenido, avanzó. Saltamos ayudados por nuestro amable artillero de la puerta, que nos proporcionaba un puntapié si no saltábamos con la debida presteza.

Todos los soldados se tiraron del primer helicóptero, donde estaban conmigo mi RTO, el sanitario —Doc— y el ametrallador. Todos caímos en la espesura. ¡Caray! Estábamos a mayor altura de lo que pensábamos. El follaje era denso Incorporándome, les grité a los hombres que se dispersasen y avanzaran a la carrera. El resto de la compañía nos seguía. Teníamos que despejar la plataforma, cuyo maldito aspecto no era el que me había imaginado. Y lo peor era que la maleza me dificultaba la

DERECHA: *¿Lectura adecuada para la zona de combate? Podría decirse que Estados Unidos perdió la guerra porque pensó que era un simple juego de vaqueros e indios.*

FRANK YI
CALL ME HAZARD

visión. Pero sabía la dirección que se suponía debíamos tomar. La plataforma estaba minada de pozos de ventilación y toperas de factura humana: grandes fosas de cinco pies de diámetro por diez o quince de profundidad cruzadas en el fondo por túneles que corrían en todas direcciones. Los recorrimos todos hasta que detuve a los hombres ante lo que pensé sería una buena línea de perímetro. Los helicópteros siguieron llegando a la plataforma hasta que la compañía Delta pudo asegurar la LZ.

A Dios gracias, la LZ era fría.

Mientras examinaba el risco, que formaba parte de una gran montaña a nuestro norte, el embrión de una base artillera norteamericana empezaba a desarrollarse.

Los helicópteros Chinook volaban hacia nosotros con una pieza del 105 a la eslinga —bajo la que colgaba la correspondiente munición—, pendientes de sus enormes panzas. Seis de esos grandes cañones se montarían en el centro de la base para dar fuego de cobertura y defensa. Al aproximarse la carga de la munición a tierra, los grandes helicópteros de birrotores redujeron algo de altura. En coordinación con un soldado que hacía señales desde tierra, el piloto hizo descender el helicóptero hasta que el oscilante bulto tocó el suelo. El mismo cañón estaba a punto de aterrizar cuando el piloto se desplazó ligeramente para depositarlo junto a la munición. La tremenda ventolera de las aspas despidió barro y hierbas por todas direcciones al volverse a elevar el helicóptero, una vez libre de su carga.

Los soldados se afanaron empujando las piezas hacia su emplazamiento en el centro de la base. Los cañones, apuntando hacia afuera, describían un tosco círculo, posición esta destinada a que pudieran ofrecer protección con la misma intensidad del ataque, procedente de cualquier dirección

ABAJO: *Con el fondo de su aldea incendiada, una anciana vietnamita implora a un infante de la 1.ª División de Caballería norteamericana*

TOPHAM PICTURE LIBRARY

El batallón de casi 550 hombres ya estaba en tierra cuando la última partida de transporte aéreo descargó el último grupo de hombres y retornó a Duc Pho. Las compañías Alfa, Bravo, Charlie y Delta se habían colocado en un círculo desigual, cruzado en su mitad por el risco abrupto y áspero.

Los soldados se hacían alojamientos para pernoctar cavando fosas alrededor y a través de la base. Los jefes de compañía dotaban cada posición de tres hombres, tanto por protección como porque se precisan tres ponchos para hacer un refugio digno. Cada hombre llevaba un poncho: dos para la tienda y el tercero para cubrir el suelo.

Dícese que el resultado de una batalla, aparte de la estrategia o las armas, depende del soldado como individuo. Si esto es cierto, el destino de cada soldado depende entonces de la vasta red de comunicaciones diponible.

Gracias a la radio, los soldados podíamos usar armas modernas; sin ella, todo se paralizaba. Recurríamos a la radio para llamar a la artillería, apoyo de fuego naval —si estaba lo bastante cerca—, aviación, helicópteros, cañoneros, Puff el Dragón Mágico, morteros, carros, APC y otras compañías de fusileros.

La noche transcurrió sin sucesos. El enemigo nos rodeaba, pero no se apresuró a atacarnos. Primero se comunicarían y organizarían. Tal como sucedió, habíamos llegado a lo que para ellos era un terreno sin importancia.

12 de noviembre de 1967

Esta mañana puse una de las ametralladoras cerca del montón de fango y dispersé a la compañía por la parte superior de la arboleda. La patrulla de Delk cruzó el arroyo encaminándose hacia su posición.

Doc, Hunter, Schaldebrand y yo estábamos sentados cerca de la ametralladora. El arma de Spagg estaba montada al otro extremo de la línea. Ambas armas serían claves en la emboscada si los "dinks" tomaban la senda. Si llegaban, no podía abrirse fuego hasta que el guía no hubiese rebasado la primera arma y hubierse llegado a la siguiente. Así, el máximo número de hombres pasaría ante mi compañía, oculta a la vera del camino.

Dudaba seriamente de que quedase algún vietcong por allí, tras la algazara del día anterior, pero, si se acercaban, nos encontrarían listos.

De reojo vi dos arbolillos subiendo por la senda. Me volví cuando el primero subió hasta ponerse a mi nivel. Cuatro "dinks" habían enfilado el sendero delante mismo de mi compañía y estaban acercándose al nido de M-60. Los dos de delante se habían camuflado atándose ramaje a las mochillas, lo que les daba el aspecto de arbustos por un instante. También se habían puesto ramitas en los cascos. Todos llevaban mochilas a la espalda y fusiles en las manos.

El enemigo se hallaba ante nosotros a sólo 15 pies de distancia. No nos habían detectado. Eché un vistazo a mis tiradores, preguntándome por qué caray no habían abierto fuego. El Indio golpeaba el arma con la palma de la mano mientras sus dos auxiliares contemplaban a los "dinks" acercándose amenazadoramente. La compañía esperando la señal del M-60 y al cabrón le había fallado el arma.

Saqué mi fusil y, apretando el gatillo, grité fuego. Mi primer tiro le dio en el cuello al segundo "dink", casi arrancándole la cabeza. Inmediatamente después le disparé al segundo, dándole en el cuerpo, mientras que una potente ráfaga del resto de la compañía abatía a los demás "dinks" como la guadaña las espigas.

No podía verse nada más que la compañía disparando.

—¡Alto el fuego! —grité.

Crucé el herbazal hasta llegar al sendero. Me había dejado el casco sobre el suelo, detrás mío. La agitación de aquel breve tiroteo me había descargado adrenalina por todo el cuerpo. Volviéndome hacia la dotación del M-60, le pregunté al Indio por qué no había disparado. Me miró aterrado, comprendiendo que le había fallado el arma en un momento clave.

—Indio, más vale que espabiles. Contaba contigo para activar esta emboscada y resulta que todo el invento se ha ido a la porra.

—¿Qué le pasó al "dink" guía? —le pregunté al de detrás mío—. Quedáos todos en vuestra posición un momento hasta que encontremos al maldito "dink".

El sargento Kirkpatrick, veterano suboficial de morteros agregado a nuestra sección porque nuestra compañía no disponía de tales armas, me siguió por la senda.

La selva estaba totalmente silenciosa tras los disparos. Sólo rompía la quietud el murmullo del río y del arroyo. Algo iba mal, mas no sabía el qué.

—Kirkpatrick, ¿cuántos "dinks" había allí? —inquirí—. Aquí sólo hay dos y falta el guía. ¿Había uno más?

—Eso creo.

Me volví y me encontré mirando a un "dink" echado en una depresión cercana al sendero. Sólo a quince pies de mí, le miré la cara, su fusil me apuntaba directamente a la cabeza.

> Me hallaba echado sobre la hierba con los tiros envolviéndome. El miedo me paralizó.

Mis ojos registraron un disparo escupido por su fusil y un trueno me golpeó un lado de la cabeza. "Me han dado", grité, desplomándome. Y me sumí en la oscuridad. Me hallaba echado sobre la hierba con los tiros envolviéndome. El miedo me paralizó. Un lado de la cabeza me ardía y un zumbido penetrante me sofocaba el ruido.

Por un instante pensé que estaría más seguro haciéndome el muerto. ¿Qué estaba pasando? El crepitante estallido de las balas que se cruzaban encima mío era aterrador. No podía moverme de miedo. "Tengo que moverme", pensé.

Todo era negro; tenía los ojos fuertemente cerrados. Los abrí para hallarme observando a través de la hierba al "dink" que me había disparado tirando sañudamente contra la compañía detrás mío. Mientras estaba concentrado en el "dink", éste me vio, observó mis ojos abiertos y me apuntó con el fusil.

—¡Cubridme! —grité, y salté, retrocediendo hacia mi compañía a la carrera. Por milagro, no resulté acribillado por los míos en el tiroteo subsiguiente, pero lo había conseguido. Tropecé y me desplomé.

Dándome la vuelta, disparé con el fusil, que nunca había abandonado, hacia la depresión donde se hallaba el "dink". Me incorporé y, a la carrera, cargué airado contra él, disparándole. Ya había recibido fuego mío o de alguien más, pero le disparé cuatro o cinco tiros para cerciorarme. La sección cesó el fuego.

—Bien, aún queda un "dink": encontradlo y matadlo —dije malignamente.

CAPÍTULO 3 LA JUNGLA

Parte de la compañía se dispersó para escudriñar el follaje del área despejada y la senda. Los hombres estaban contentos de haber visto acción y haber matado algunos "dinks" al final. Bromeaban al respecto, buscando recuerdos en los cadáveres

Schaldebrand dijo que habían herido a Hunter. Corrí hasta donde Doc estaba hurgando en su equipo médico A Hunter le habían resbalado las gafas hasta llegar a media nariz y hacía muecas de agitación y conmoción. Dubitativo, se contemplaba un hilillo de sangre que le brotaba del orificio

Dos "dinks", portadores de AK-47, salieron de la selva encaminándose al arroyo, a menos de veinte metros de distancia.

—Mann, llama a Delta Seis y dile que necesitamos evacuación. Un tocado. —Hablé por radio con el capitán Sells para contarle nuestra buena suerte — Les dimos un repaso, Delta Seis. Creo que uno se escapó, pero acabamos con tres de ellos. —Cuando le di parte de que estaba herido, mi segunda herida, se puso como una fiera por haberme metido en tal atolladero

Al cabo de unas horas, como corolario de su patrulla, llegó a nuestra posición. Nos enorgullecían las armas que habíamos capturado y los "dinks" que habíamos abatido. Delta Seis envió a la 3.ª compañía a por el "dink" que había huido. Me cogió la cabeza para examinarme la herida.

—¡Maldición, Uno-Seis, ese arañazo no vale el Corazón Púrpura!

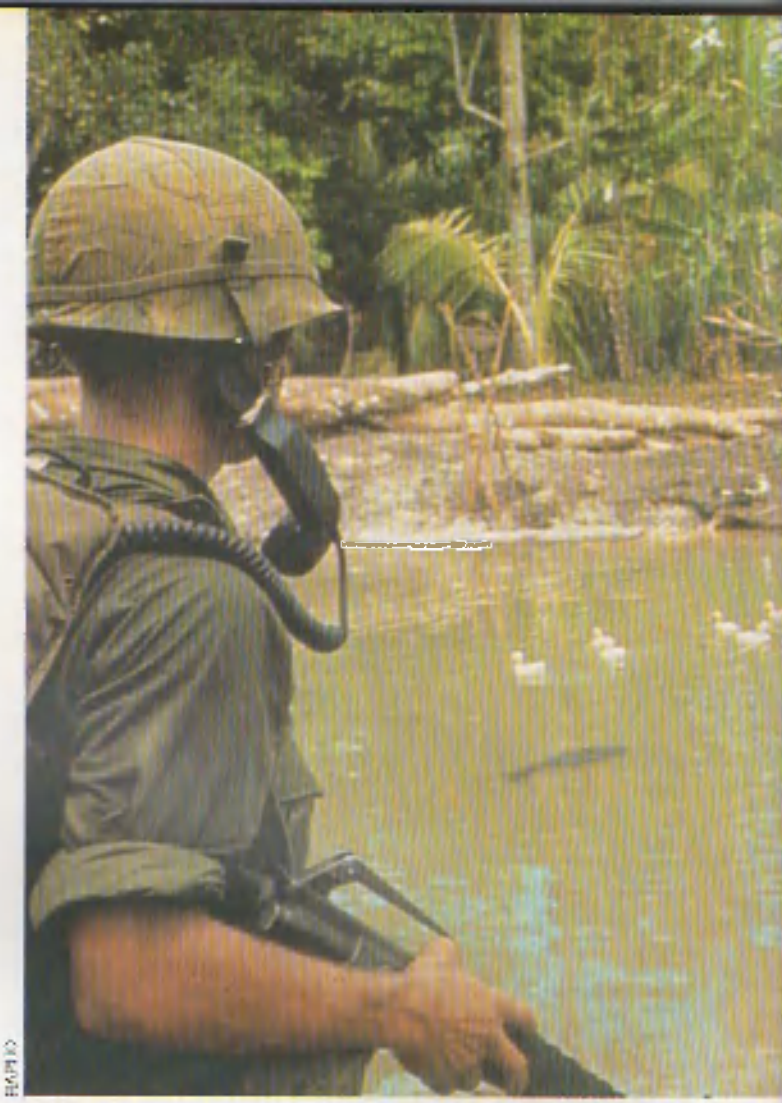
Se oyó un repentino tiroteo en el matorral del claro. Los hombres de Tres-Seis habían descubierto al "dink".

—Creía que habías escudriñado el calvero, teniente —exclamó el capitán. Me sentía demasiado agraviado para contestarle: creía que habíamos hecho una buena labor de búsqueda Miré a Porter, que se encogió de hombros

Al otro lado del arroyo había tres o cuatro madrigueras viejas. Los hombres del teniente Ordway (Tres-Seis) cruzaron el arroyo arrastrando el "dink" para arrojarlo a una de ellas. Los cuatro "dinks" yacían por en claro en madrigueras y depresiones. Nadie se molestó en echarles tierra por encima porque creíamos que evacuaríamos la zona en breve.

Ni yo ni los hombres nos habíamos afeitado durante tres o cuatro días. Delta Seis era un fanático del afeitado. Opinaba que tener que vivir como bestias no significaba tener que parecernos a ellas. Así que, con patrulla o sin ella, tuve que echar la chaqueta sobre un matojo, cogí las cosas de afeitar y les dije a Spagg y Vilasenor que me acompañaran. Vigilaríamos mientras nos afeitábamos.

Spagg, un resuelto agricultor de Minnesota, era uno de mis ametralladores. Yo también venía de una granja de Indiana y nos habíamos hecho amigos. Vilasenor iba a convertirse en uno de mis mandos de patrulla tan pronto como hubiera ocasión para ello. Siempre parecía tomárselo todo por el lado jocoso y los hombres le tomaban el pelo diciendo que no querían a un payaso por mando. Hablábamos del campo y yo me había agachado sobre la orilla para rasurarme. Vilasenor y Spagg vigilaban cuando dos "dinks", portadores de AK-47, salieron de la selva encaminándose al arroyo, a menos de veinte metros de distancia. Con el ruido que había habido, si se metían allí es que debían ser sordos.



Solté la navaja y agarré mi M16 mientras Spagg, Vilasenor y los "dinks" abrían fuego a la vez. Disparé cuando las balas de Spagg le dieron a uno, derribándolo. El AK-47 del otro escupió otra ráfaga, se dio la vuelta y echó a correr a la selva. Corrimos chapoteando y disparándole. Se oyó a los soldados preguntar qué hacíamos. No había tiempo para respuestas.

Disparé la última bala de mi cargador cuando llegué al "dink" muerto sobre el suelo. Spagg se había puesto a mi izquierda y recogí el AK-47 del enemigo caído.

Estaba bien montado y podía cogerse con una mano sólo. El cargador de treinta unidades estaba lleno y sin pasador de seguridad. Me lo cargué entre el brazo y el lado y disparé todo el depósito contra la posición del "dink". El maldito aún nos disparaba cuando Spagg y yo nos abalanzamos tras un árbol derribado.

—¿Le ves, Spagg?

—No, pero sé dónde está. Voy a tirarle una granada.

Spagg alzó la mano y lanzó la granada en dirección a la selva.

—¡Cuidado! ¡El cabrón la ha devuelto! —gritó Vilasenor.

La granada estalló entre las raíces del árbol caído tras el que nos refugiábamos. La fuerza de la explosión me arrancó la chapa, que chocó contra el ramaje Noté un dolor agudo en el bíceps del brazo izquierdo. Conmocionado, miré abajo para descubrir un agujerito de bordes irregulares del que brotaba sangre.

—¡Caray, me han dado! ¿Estáis bien, chicos?

—Estamos bien. ¿Le han malherido?

—No, sólo es un rasguño. ¿Dónde está el "dink"?

—Me parece que se ha ido.

ARRIBA: *Incoherencias de zona de combate. los patos nadan apaciblemente mientras unos soldados fuertemente armados beben. En cualquier instante, el fuego puede acabar con la engañosa serenidad de la escena.*

Corrimos hacia la selva desde nuestra posición. Nada más que un regueruelo de sangre indicaba que le habíamos herido.

Volvimos donde el capitán, en pie cerca de la pila de cieno, para contarle lo ocurrido. Le satisfizo el arma que habíamos capturado y nos felicitó a ambos. Pero le preocupaba mi herida y me preguntó si quería que me evacuaran en el helicóptero de reabastecimiento. Sin embargo. ahora que ya había empezado la acción. no quería irme de ninguna manera Le dije que estaba bien porque la metralla sólo me había rozado y, además, él me necesitaba en el campo. Anhelaba quedarme allí. Dijo que podía quedarme. Haciendo una mueca, manifestó que algunos harían lo que fuera por un Corazón Púrpura.

Holmes, un negro que era el sanitario de la sección, intentaba sacarme la metralla del orificio holgadamente con las pinzas para llegar al metal. Un último intento y una exclamación satisfecha rubricaron el éxito de la intervención. Me entregó la viruta metálica de granada y rellenó un volante médico a enviar, asegurándome la concesión del Corazón Púrpura. Holmes nunca llevaba arma, sólo un bastón en el que hacía una muesca por cada día pasado en Vietnam. Pensaba que su labor consistía en cuidar de la sección y era famoso por su serenidad, yendo de herido en herido bajo el fuego.

Una vez Holmes me hubo vendado el brazo, me puse la chaqueta y encendí un cigarrillo Me sentía bien. Sólo había pasado unos meses en el interior y había conseguido mi segundo Corazón Púrpura (el primero gracias a la herida recibida en octubre). Y para redondearlo, me habían herido dos veces el mismo día: el tiro de la oreja por la mañana y la metralla de granada por la tarde. Estaba de suerte. Las tres heridas habían sido leves.

15 de noviembre de 1967

No había sido nuestra sección la única en conectar con el enemigo. En la radio del batallón crepitaban los partes de combates entablados por las demás secciones.

Esta mañana mi sección ocupaba una plataforma a la que había subido desde el punto del río donde se había dado la emboscada. Mann había permanecido a la escucha y me dijo que parecía que la Compañía Alfa se iba a meter en algo gordo.

La Compañía Alfa estaba afanándose por el risco al otro lado de donde nos encontrábamos cuando les diluvió un pesado fuego procedente del enemigo emboscado. Oímos el distante eructo del fuego del fusil y las ráfagas de ametralladora, fragor de lucha que iba extendiéndose por el valle. Poco antes del mediodía, di el alto para comer, cuando el combate estaba en su clímax. Posiblemente íbamos a encontrarnos lo mismo en nuestro risco. Esta iba a ser nuestra última oportunidad de comer por un tiempo.

> ...llegaron las aeronaves y las vislumbramos a través de la arboleda describiendo sus círculos mortíferos.

La batalla iba agigantándose Se había llamado a los helicópteros artillados para que neutralizaran las tropas enemigas agazapadas por encima de Alfa en la montaña enfrente nuestro, donde estábamos como en platea. En breve llegaron las aeronaves y las vislumbramos a través de la arboleda describiendo sus círculos mortíferos

Era obvio que el enemigo iba a por todas. Uno de mis compañeros de la Escuela de Mandos dirigía una de las secciones de la Alfa. Me preguntaba cómo debía estar yéndole.

En la altura, desde el helicóptero, el comandante del batallón dirigía la batalla que se daba debajo suyo. Los árboles le impedían ver con claridad, pero las radios funcionaban a tope mientras intentaba disponer a los elementos de su batallón.

Llegó un avión de observación, lo que anunciaba la afluencia de más potencial aéreo Vía radio, Delta Seis nos dijo que siguiéramos por el risco y que fuésemos cautos. La aviación de apoyo la constituiría una patrulla de pilotos del Ejército de Vietnam del Sur en aviones de ataque de hélice

¡Dios mío! Eso era tan malo para nosotros como para los "dinks". Los pilotos vietnamitas dispararían rutinariamente a todo. El piloto del observador, un norteamericano, transmitiría instrucciones vía radio sobre el área de ataque a un intérprete, situado en la sede del Ejército de Vietnam del Sur, quien las impartiría a los pilotos survietnamitas. Cuando se completara el ciclo. los pilotos vietnamitas podían haberlo descargado todo en el punto equivocado. Anuncié que llegaba la fuerza aérea del Ejercito de Vietnam del Sur y que se prepararan para lo que fuese. Subimos por el risco acompañados por el ruido de los aviones de hélice que se aproximaban.

CAPÍTULO 3 LA JUNGLA

—¡Los jodidos "dinks" están disparándonos! —alguien gritó.

Ascendiendo por el valle, los pilotos vietnamitas zigzagueaban, disparando las ametralladoras hacia los riscos de ambos lados.

Nos echamos al suelo para salvarnos

"Ya está", pensé, pero la patrulla, descendiendo hacia el valle, se puso a un nivel tan próximo a nosotros que podíamos verles las caras a los pilotos. Debían de haber estado comprobando sus armas, sin saber que estábamos en el risco, porque pronto pusieron rumbo a la montaña ocupada por el enemigo, al que disparaban sus proyectiles y ametralladoras. Suspiramos de puro alivio.

—Uno-Seis, baja al lado del risco que da al valle. Pon una fuerza que bloquee a los "dinks" que intenten huir en tu dirección. Fuera —comunicó Delta Seis.

Di la orden de marchar y nos adentramos en la densa selva, bajando penosamente por el sofocante follaje. El terreno, surcado en todas direcciones por ásperos riscos, era tortuoso. Sudábamos a mares subiendo un poco para escalar un abrupto risco y caer al otro lado del mismo.

> Le dije que se mantuviera en contacto radiofónico permanentemente. Tenía el terrible presentimiento de que le atacarían o se perdería y yo no estaría allí para ayudarle.

El fragor de la batalla era intenso: aviones por encima, explosión de bombas y proyectiles y el continuo crepitar del fuego de la infantería.

Al cabo de unos quince minutos, habíamos bajado casi a la mitad del risco; el capitán llamó por radio. Dragón-Seis había decidido que era mejor que dividiese mi sección y que ambas partes marcharan en direcciones opuestas a fin de cubrir una zona mayor, a lo que me opuse firmemente. Mi sección estaba por debajo de sus fuerzas y dividirla implicaría pedir dos patrullas de fusileros reforzadas para defender cientos de acres de la selva contra un enemigo de magnitud desconocida.

Pero órdenes son órdenes, sobre todo las de Dragón-Seis, e hice subir a Schaldebrand, que llegó cuando estaba afanándome con el mapa y la brújula. La batalla estaba en su cenit y su fragor fue el fondo contra el que informé sucintamente a Shelly de la situación y de nuestras órdenes.

No debería haber peligro de que se cruzaran nuestros caminos, lo que nos preocupaba a ambos. Schaldebrand, aunque sólo un cabo, era el hombre más experimentado, por lo que había actuado como sargento en funciones desde que tomé el mando. No había sargentos de compañía regulares asignados a mi compañía, Schaldebrand había estado haciendo un gran trabajo. La responsabilidad que ahora se le daba era mayor, empero: conducir a hombres por un difícil terreno selvático en condiciones de batalla con una unidad mermadísima. Le expliqué el sentido en que tendría que marchar y me dio a entender que comprendía.

Nos separamos. Cada subunidad contaba con una de las ametralladoras M-60. Le dije que se mantuviera en contacto radiofónico permanentemente. Tenía el terrible presentimiento de que le atacarían o se perdería y yo no estaría allí para ayudarle.

Le observé alejarse con su unidad paralelamente al risco en dirección al oeste. Di orden de marcha a los míos y nos encaminamos al este. La batalla nos quedaba entonces a la izquierda en vez de delante, mientras avanzábamos trabajosamente por la trama de riscos y precipicios, me preguntaba si Dragón-Seis sabía lo imposible de atravesar que era aquel maldito terreno.

Otra unidad aérea había llegado para sustituir la primera que había disparado —según órdenes— y se había retirado. Teníamos la batalla ante nosotros, al otro lado, a unos seiscientos o setecientos metros de distancia. El fragor del combate lo impregnaba todo a nuestro alrededor.

—Uno-Cinco, aquí Uno-Seis, ¿aún no sabes dónde estás?

—Aquí Uno-Cinco. Negativo.

Desde su posición, cerca de la dotación de la M-60, Porter llegó gateando hasta donde yo estaba con la radio y con una rodilla en tierra.

Al llegar a mí, Porter susurró:

—Mi teniente, hemos oído ruidos delante nuestro. Están pasando hombres por la jungla ante nosotros.

—Un momento, Porter. Uno-Cinco, aquí Uno-Seis: si vas por la dirección correcta, el fragor de la batalla debe quedar a tu diestra. ¿De dónde viene el ruido? Cambio.

—Aquí Uno-Cinco. Negativo por la derecha. El ruido viene por la izquierda. Cambio.

—Uno-Cinco, ¿has dicho que el ruido está a tu izquierda? —Apretaba el receptor con tanta fuerza que tenía los nudillos blancos.

—Afirmativo, afirmativo.

—¡Dios mío, Uno-Cinco! —suspiré ante el micrófono— Estás marchando en nuestra dirección.

Oía a los hombres moviéndose por la selva a nuestros pies.

—Vuelve abajo y diles a los hombres que suspendan el fuego. Quizá no sean "dinks". Rápido —le susurré a Porter.

> La horrible sensación de que había disparado contra mis propios hombres me sacudió como una ola procedente de un gélido insondable.

Porter me había oído conversar con Schaldebrand y bajó raudo a transmitir mi orden. No podía gritar porque, si el ruido venía de los soldados enemigos, sus gritos nos comprometerían. Al echar Porter a correr hacia el nido, los de la ametralladora abrieron fuego.

El crepitar de las múltiples explosiones del arma, repedidas en eco por el receptor que sostenía junto al oído, me desgarró la mente.

El ruido de los norteamericanos gritando y jurando, procedente del fondo de la selva, me llegó por el receptor. "¡Alto el fuego! ¡Alto el fuego!", grité.

—¡Alto el fuego! ¡Alto el fuego! —gritábamos Porter y yo corriendo al nido de la ametralladora, cuyo ruido sofocaba nuestros gritos.

Súbitamente, el arma dejó de disparar. Grité hacia la selva.

—¿Eres tú, Schaldebrand?

—¡Sí, sí! ¡No disparen! —me respondieron varias voces.

Me detuve un momento. La horrible sensación de que había disparado contra mis propios hombres me sacudió como una ola procedente de un gélido insondable. Conmocionada, la dota-

ción del nido me miró. Saltando y tropezando corrí hacia el nido donde estaban los míos preguntando:

—¿Algún herido, por el amor de Dios?

Cuando irrumpí en un pequeño claro, Gallagher me gritó como respuesta:

—Un hombre, el avanzadilla, Fonseca.

En el pasado, habían hecho aquel calvero, por el que se diseminaban indómitos tocones cortos de árbol y maleza de casi de un pie de alta densamente esparcida, para permitir el aterraje de un helicóptero. Los hombres se extendían por una escarpada línea y algunos se incorporaban de donde se habían tirado al sorprenderles el fuego. Fonseca, el avanzadilla, estaba sentado contemplándose el pie. Shelly y el mando de la patrulla estaban llegando a su posición

Doc, que me había seguido, corrió hacia Fonseca. La punta de una de sus botas era una masa ensangrentada. Doc restañó la sangre mientras le preguntaba yo a Shelly cómo demonios había podido equivocarse de dirección. Me contó que había estado siguiendo el risco que corría por lo que él pensaba que era la dirección correcta La verdad es que no entendía cómo había podido dar la vuelta siguiéndolo.

—Shelly, te dije que no siguieras ningún maldito risco. Podíamos haberos matado. ¿Por qué no hiciste lo que te dije?

—No lo sé, mi teniente. Me alegra ver que eran ustedes y no los "dinks". Al ver aquel trasto volante abandonando la jungla, creí que iba a atacarnos. —Nervioso, fumaba a la vez que me contaba la suerte que sus hombres habían tenido al sobrevivir.

—¿Cómo está Fonseca, Doc? —Me arrodillé junto a Fonseca—. Eh, muchacho, tienes suerte. Esta herida vale la pena. Se te ha acabado el tener que salir de campo.

Sólo un colgajo de piel le sostenía el pulgar del pie y tenía los dos dedos contiguos machacados. Era imposible contar cuántos dedos perdería en definitiva. Doc iba vendándole cuidadosamente el pie completamente ensangrentado, comprimiéndole cautamente con el vendaje lo que le quedaba del pulgar. Me levanté y le hice una señal a Mann

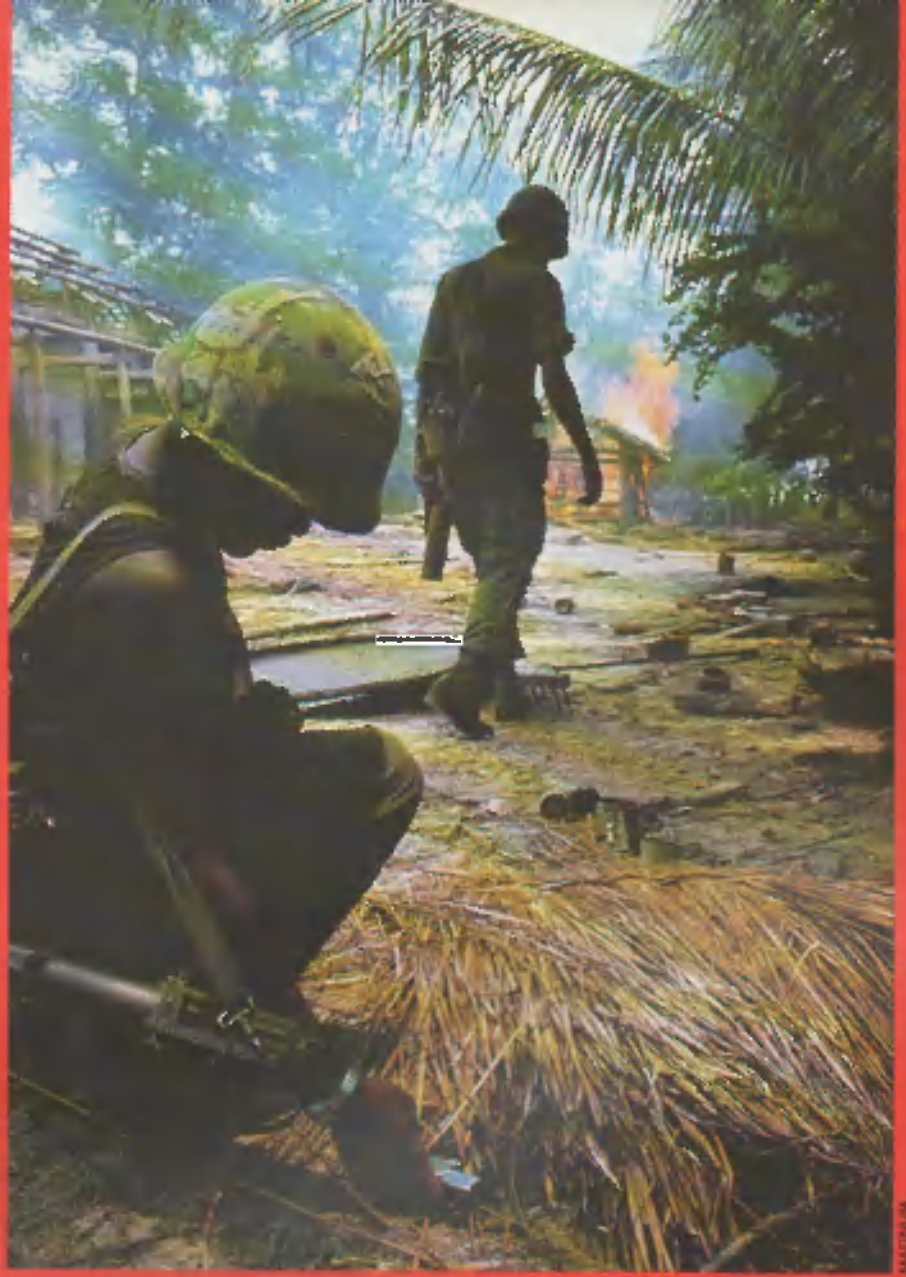
—Bueno, ahora viene lo mejor: llamad a Delta Seis y pedid evacuación El preguntará por qué y cuando le explique que he tendido una emboscada a mis propios hombres va a cagarse en todo.

En aquel instante, de todos los lugares del mundo, precisamente aquél era el único donde no quería estar.

ABAJO: *¿La línea Sigfrido del Sudeste asiático? El poseedor de una ametralladora M-60 tiende a secar sus tiras de munición, empapadas por un fuerte chaparrón.*

TOPHAM PICTURE LIBRARY

DERECHA: *Todo fue muy raro: los norteamericanos llegaron a la aldea, dispararon por todas partes, curaron a los heridos* (ARRIBA) *y volvieron a marcharse.*



Capítulo 4

FUEGO DE COMBATE

CAPÍTULO 4 FUEGO DE COMBATE

16 de noviembre de 1967

Nos despertamos muy temprano por la mañana

Alfa Seis informó de que los "dinks" se habían retirado por la noche y que la compañía había asegurado la colina sin oposición. Se había informado a todos los hombres de Alfa que estábamos en camino, pero que más valía que nos desplazáramos con precaución.

Al poco tiempo de empezar a marchar, hallamos pruebas de la batalla: árboles gigantes que habían estallado totalmente en pedazos, árboles desarraigados a causa del bombardeo o de la intensidad del ataque. Los cráteres sucios aún humeaban desde las profundidades. La selva había cobrado un perfil amenazador, mostrando daños aún más graves a medida que avanzábamos hacia la cima. Los cadáveres de los "dinks" yacían esparcidos desmadejadamente por doquier. Los muertos y heridos norteamericanos habían sido retirados durante la batalla: los norteamericanos nunca abandonaban a sus muertos.

La cima del monte era una de las que descollaban por encima de la jungla. Nos dirigimos hacia un collado que conducía a la montaña próxima. La senda que seguíamos parecía desviarse a la derecha, desembocando en una accidentada plataforma que moría en otro valle.

Al cabo de doscientos o trescientos metros de marcha a través de la plataforma llegamos a una zona de altos árboles y algo de maleza que ocultaba el flanco izquierdo del risco, que se precipitaba en pendiente hacia la selva a sus pies Estudié en el mapa si había más abajo del flanco una encrucijada donde convergieran dos riachuelos procedentes de varias montañas.

A medio camino de la montaña se apreciaba un punto azul, lo que denotaba algo más grande que un arroyo. Si hubiera sido yo un comandante enemigo, aquél hubiera sido el emplazamiento ideal de un campamento· rodeado por altos montes por tres lados, agua abundante y senderos de escape en todas direcciones.

> De repente caí en la cuenta de que no había escapatoria... estábamos atrapados y tendríamos que luchar.

El comandante enemigo, de haberse decidido por tal emplazamiento, debería contar con un ataque que. desde el valle, subiera hacia tal punto. Seguro que tenía la retaguardia bien protegida, mas no demasiado, o algo así fue lo que pensé.

—OK, Porter, fíjate en ese punto ahí abajo, en el flanco. Manténte en silencio y bajaremos a ese arroyo de abajo.

Estudió el mapa conmigo y estuvo de acuerdo en que a los "dinks" les gustaría un agujero así.

Avisé a los hombres de que estuvieran quietos y tuviesen cuidado. Siempre nos movíamos con un mínimo de ruido, pero esta vez iba a se difícil.

A la izquierda de nosotros discurría una cadena montañosa y la escarpada cordillera que acabábamos de abandonar corría a nuestra derecha. A medida que nos aproximábamos al área donde suponíamos que había "dinks", el terreno iba haciendo suave pendiente hasta que la zona nivelada en la que nos hallábamos se convertía en una pequeña cordillera otra vez.

El hombre de avanzada que me había precedido se detuvo y me hizo ademán de seguir adelante. Extraje el mapa, lo examiné, me llevé un dedo a los labios y señalé adelante. Asintiendo, el avanzadilla se deslizó súbitamente y me hizo una señal. Vigilando dónde ponía los pies, me deslicé avanzando con sigilo. A nuestra izquierda, se había formado un pequeño barranco, a un metro por debajo de nuestra posición, hacia el centro del cual fluía un riachuelo. Al otro lado del riachuelo se elevaba una pequeña cordillera de 10 o 15 metros de alto que moría en el lado opuesto, en otro barranco que también tenía un arroyo. Ambos barrancos discurrían juntos formando una "Y" a unos metros a nuestra derecha. Alrededor de una de las esquinas de la cadena podía vislumbrar una parte del siguiente barranco en sentido ascendente.

De repente, Porter se aferró a mi brazo con una mano y apuntó su fusil hacia el otro lado del arroyo. A menos de 10 metros de nosotros, un hombre salía de un enorme matojo en la parte superior de la orilla opuesta. ¡No! ¡No era un matojo sino una choza! Como una mancha de tinta cuyo diseño cambia totalmente, la escena se hizo de pronto familiar.

¡Dios mío! Había chozas "dinks" a ambos lados de los dos barrancos. De las cuerdas pendían ropas y prendas interiores de camuflaje mientras los hombres se afanaban en sus quehaceres por el campamento a unos metros a lo lejos, sin apercibirse en absoluto de nuestra presencia. Seguro que pronto iban a darse cuenta de ella.

Se dio aviso a toda la fila de hombres mediante señales y apuntando. Nadie hizo ruido Avancé un poco hacia el extremo inferior de la cordillera y me detuve sobre una casamata edificada en la orilla que pisaba. Los hombres se deslizaron tras de mí con la vista fija en el campamento enemigo.

Finalmente, los hombres se diseminaron por la cadena, apuntando al enemigo con su armamento. ¡Era increíble! ¡Aún no se habían percatado de la presencia del destacamento!

Como mínimo, el campamento albergaba una compañía, lo que arrojaba una proporción de 3 o 4 a 1 en contra nuestra. O las cosas se hacían bien desde el principio o todos moriríamos. Destaqué a un par de hombres para que vigilaran el otro extremo de la cordillera donde estábamos para que nos protegieran la retaguardia.

Examiné mi misérrima fila de 26 hombres, cuyas armas apuntaban al enemigo. Sus rostros estaban preñados de angustia y miedo. Esperaban mi señal mirándome fijamente. Tenía el estómago revuelto y las piernas me flojeaban. La adrenalina se esparcía por todo mi cuerpo. De repente caí en la cuenta de que no había escapatoria, de que, al igual que ellos, estábamos atrapados y tendríamos que luchar.

Durante un instante reflexioné sobre las consecuencias de la orden que iba a dar y me asusté.

—¡Abrid fuego! —rugí, apretando el gatillo simultáneamente, abatiendo así a un "dink" a 10 metros de distancia.

Un tremendo fragor cacofónico explotó en la jungla cuando cientos de balas diluviaron sobre el campamento. Granadas de mano y cartuchos M-19 estallaron al compás suave del fuego de las ametralladoras M-60 y del veloz semiautomático y automático de los fusiles M16.

Un "dink" cayó aniquilado al intentar escabullirse en el búnquer. Otros murieron donde estaban y muchos cayeron heridos.

DERECHA: *De repente, todo había acabado Tan pronto podías oír sólo los lamentos de los heridos, como encontrarte empuñando la ametralladora y abriendo fuego a discreción.*

CAPITULO 4 FUEGO DE COMBATE

Los heridos que pudieron escapar siguieron a sus camaradas que habían huido al oír la primera ráfaga. Seguro que creían que todo un batallón había caído en medio de su campamento

Nuestra sorpresa había sido completa. Mann y yo bajábamos agazapados por el barranco. Cruzamos el arroyo y nos apelotonamos a la vera de la casamata. Lancé una granada por una de las entradas. Debió de golpear otros explosivos porque una de las paredes de la casamata de barro y troncos voló por los aires sobre nosotros.

Encolerizados, algunos de los hombres despejaron búnqueres lanzando granadas por el campamento tal como habíamos hecho Mann y yo. Otros se quedaron en la cordillera dando fuego de cobertura.

En su agitación, Mann olvidó calcular las distancias y cayó dentro de una casamata. Sacó la cabeza haciendo muecas, blandiendo un fusil enemigo que había pillado.

Se había acabado el fuego. No lo podíamos creer. Lo habíamos conseguido sin heridos. ¡Caray, ésta sí que era la manera de matar "dinks"!

Los hombres corrían por el campamento, explorando las cabañas y descubriendo todo tipo de cosas.

Schildebrand se había quedado en la cadena llamando al capitán cuando uno de los hombres profirió un grito. La casamata a la vera de la cual había estado yo al inciarse el combate guardaba dos morteros rusos de 82 mm junto con sendos visores y plataformas. Le grité a Schildebrand que informara del hallazgo a Delta Seis. ¡Caramba! ¡Nadie del batallón había podido capturar todavía una pieza de tal calibre y nosotros habíamos descubierto dos de ellas! Estaba emocionado.

> ...me quiero marchar de aquí antes de que los "dinks" se den cuenta de que somos menos de los que creen.

En el campamento no faltaba de nada: contaba con chozas para oficiales, barbería, comedor, casamatas y alojamiento de tropa, todo hecho con materiales ofrecidos por la selva. Cada choza de oficiales disponía de un pequeño remanso, hecho al desviar parcialmente el curso del riachuelo a fin de que cada oficial se pudiera afeitar y lavar. Tanto detalle nos asombró.

Examiné los letales tubos de mortero, hechos de acero, y le grité a Schildebrand los números de serie de las armas, quien las repitió vía radio a Delta Seis. Para entonces, Dragón-Seis había recibido parte y estaba tan entusiamado por el éxito de sus hombres como lo estaría cualquier comandante.

Yoder, Iding y Torrey, de la segunda patrulla, habían empezado a escalar el otro lado de la plataforma distante. Se oyeron disparos seguidos por el despeñamiento de los hombres por el risco Los "dinks", que no los habían herido, estaban reorganizándose en la selva que se alzaba sobre nosotros. A veces disparaban a ciegas sobre el campamento Sañudamente, a fin de disimular nuestra pequeñez, les devolvíamos el fuego. Era hora de irse mientras aún estuviéramos vivos.

—Schildebrand, a ver si nos vamos de aquí antes de que todo se vaya al infierno, ¡carajo!

—En seguida, mi teniente. Dragón-Seis está enviándole a Alfa Tres-Seis para que nos ayude; se supone que hemos de esperarle.

—¡Mierda! No es ayuda lo que nos hace falta, sino pirárnoslas de aquí antes de que anochezca.

—Ya lo sé, pero Dragón-Seis dijo que esperásemos

Lo único que podíamos hacer era esperar, así que empecé a examinar el montón de material de información que habíamos capturado. Los "dinks" nunca me dejaban de asombrar. Entre los papeles que habíamos puesto en el montón se encontraba una publicación norteamericana titulada *El Libro Hippy del Amor*.

—¡Coño, a ver de dónde han sacado esto los "dinks" y a santo de qué se lo han traído aquí!

—Uno de sus agentes debió de pillarlo en algún cubo de basura Seguro que estos "dinks" lo usaban para mostrar a la tropa lo decadentes que son los norteamericanos —comentó Schildebrand.

—Ya, supongo que sí. ¡Eh! ¡Mirad esto!

Los tres puentes que mi destacamento había estado guardando antes de la operación se hallaban trazados sobre una hoja de papel, describiendo específicamente todas mis posiciones de armamento —así como sus tipos y ubicaciones— y búnqueres.

—Mire, mi teniente· incluso usted está apuntado.

—Sí, es fácil imaginárselo, pero esto es lo que no capto del todo. Hasta han puesto en su sitio correcto la ametralladora,

ARRIBA: *Imitar al soldado. ¿Saludo amistoso o reacción instintiva por puro miedo? El soldado devuelve el saludo y sigue su camino.*

con lo que me costó mantenerla oculta durante el día para que no supieran dónde estaba.

Dado que a todos les interesaba más el *Libro Hippy del Amor*, lo fui pasando mientras iba encendiendo cigarrillos en cadena y me preguntaba dónde demonios estaba Alfa Tres-Seis.

Al cabo de casi una hora, Delta Seis me llamó por radio y me dijo que Alfa Tres-Seis estaba en el área, pero que no podía encontrarnos. ¿No podíamos hacerles una señal? Precisamente era lo que necesitábamos: los "dinks" pululando por la selva y Alfa Tres-Seis pidiendo que hiciéramos una señal.

Le dije a uno de los hombres que hiciera un disparo al aire. Alfa Tres-Seis se había pasado a la frecuencia de Delta, por lo que le llamé para preguntarle si había oído el disparo Me informó de que llegaría al cabo de un rato. Con nuestro botín a cuestas y fumando aún en cadena, puse al destacamento en orden de marcha.

Finalmente, alguien gritó que habían detectado a Alfa Tres-Seis. La mole alta, oscura y desgarbada de Anderson se perfiló entre la maleza selvática y, todo sonrisas, se encaminó hacia mí.

—Eh, Downs, muy bonito. Oímos que habíais capturado un par de morteros rusos. Todo el batallón lo está comentando.

—Pues sí, ya ves. Delta Seis me contó que ayer por la noche lanzaron fuego de mortero sobre la base de artillería, así que el comandante del batallón está pero que muy complacido. Nos echaron de todo: mortero y granadas de mortero —relaté entusiasmado—. A ver si nos vamos de aquí con todo el equipo. Está haciéndose tarde y me quiero marchar de aquí antes de que los "dinks" se den cuenta de que somos menos de los que creen. Mi destacamento irá al frente. Bajaremos por este arroyo hasta llegar al río, donde estará esperándonos Delta Seis.

—Mi destacamento seguirá detrás tuyo, Roger. Marchando.

Corrí al frente de mis hombres y di orden de partida No había recorrido siquiera 50 metros cuando detrás mío algo explosionó en el campamento.

—¡Morteros! —grité abalanzándome hacia el follaje—. ¡Mierda! ¡No puede ser!

Sólo se oyó una explosión. Volví atrás para ver qué había pasado. Mann proseguía con su oscilante antena

—¿Qué ha pasado?

Mis hombres estaban agazapados en distintas posturas de defensa como hombres bien entrenados que respondían a una situación de peligro. Miraban hacia arriba en un intento de descubrir al enemigo. El olor de la pólvora impregnaba el aire cuando me precipité hacia el campamento enemigo en dirección a una nubecilla de humo alrededor de la cual se apiñaban algunos de la Tres-Seis.

Uno de mis hombres me gritó al verme correr que eran del destacamento Tres-Seis. Pensó que era una mina.

En la horquilla de la "Y" se hallaba la casamata que Mann y yo habíamos depejado. Los hombres del Tres-Seis habían bajado por el centro de la cadena, rodeando la casamata y las chozas cuando llegaron; dado que estaban en fila india, muchos del destacamento se habían repartido por la cadena mientras Tres-Seis y yo hablábamos sobre los movimientos a efectuar. Habían esperado hasta que mi destacamento se había marchado del campamento. Luego, Tres-Seis nos siguió detrás nuestro. Su destacamento haba salido lentamente de la jungla siguiendo los pasos de su oficial.

Presencié una escena infernal: los hombres afectados por la explosión aún se hallaban en estado de shock...

El avanzadilla del Tres-Seis había estado con ellos cuando éste llegó al campamento y había estado llenando las cantimploras del destacamento en el arroyo cuando Tres-Seis hizo la señal de continuar marchando al resto de su destacamento. El avanzadilla iba repartiendo cantimploras a los hombres a medida que iban marchando delante suyo, a fin de incorporárseles una vez hubiera pasado el último.

Uno de los hombres de la fila había saltado al extremo de la plataforma rocosa para coger al vuelo la cantimplora que le lanzaba uno desde el arroyo. El punto al que había saltado estaba al nivel de la cabeza del que estaba en el arroyo debajo suyo, pero aquel punto ocultaba una mina Antes de lo que pudiera pensarse, la mina estalló, arrancándole al hombre la pierna unas tres pulgadas por encima de la bota y despidiendo su cuerpo

hacia la otra orilla del arroyo, donde llegó tras haber descrito un arco en el aire.

El que se había quedado en el arroyo lanzando cantimploras había recibido metralla en la cabeza. Dos hombres más se habían desplomado a causa de la metralla que se les había incrustado en el cuerpo.

Presencié una escena infernal: los hombre afectados por la explosión aún se hallaban en estado de shock, pero se empezaban a mover. El que había perdido la pierna cercenada se había sentado en la orilla balanceándose hacia delante y hacia atrás, cogiéndose el muñón con ambas manos en un intento de detener la hemorragia y de no ensuciárselo. En su rostro, contraído por el dolor, se apreciaban los músculos faciales tensados y los dientes apretados para no gritar. La bota, guardando en su interior un despojo sanguinolento y amputado que sobresalía algo, yacía a unos metros de distancia. Un brillante hueso brillaba entre las piltrafas. ¡No, eran dos huesos! Mis ojos se desviaron para contemplar el muñón que el hombre se sujetaba para encajar ambas piezas separadas.

El que había recibido la metralla en la cabeza estaba sentado en el arroyo, metiendo la cabeza en el agua entre las piernas con la mochila sobre los hombros, cuyo peso mantenía la cabeza bajo el agua. Los otros dos estaban en la plataforma retorciéndose de dolor.

A pesar de durarles aún los efectos del shock, Tres-Seis y los hombres más cercanos a los heridos intentaban preocuperarse lo antes posible.

> La luz descubrió... la garganta de aquel hombre: un húmedo destello rosado en el tajo sin sangre.

Mi sanitario me empujó a correr hacia el hombre que estaba en el agua. Aunque no hacía falta, le grité que sacara la cabeza del agua antes de que se ahogara El sanitario le sacó la cabeza y lo arrastró a la orilla. donde le empezó a atender. Al mismo tiempo, el sanitario del Tres-Seis se dirigió al hombre que se aguantaba el muñón y comenzó sus prácticas de salvamento.

Tanto Tres-Seis como yo estábamos aullando órdenes a los hombres que nos circundaban para que se ocuparan de los heridos, crearan un perímetro defensivo y que los sargentos dieran parte.

Tres-Seis todavía estaba en la frecuencia de Delta y le dije que ya me ocuparía yo de aquel fregado mientras evacuaban a los hombres.

Schildebrand corrió hacia mí mientras estaba llamando a Delta Seis, que se puso al aparato inmediatamente. Le expliqué lo que había pasado a los hombres del Tres-Seis y pedí una evacuación rápida Había cuatro heridos, pero el médico pensaba que el herido de metralla en la cabeza estaba muy mal: su respiración era irregular y aún no había recuperado la conciencia. Este hombre iba a quedarse fiambre si no nos lo llevábamos de allí en seguida.

Le dije a Schildebrand que me diera algunos hombres con machetes para que hicieran un boquete en la bóveda arbórea, a fin que de que el helicóptero de evacuación pudiera lanzar un cable con el que alzar a los heridos.

El piloto era bueno. Debió de haber sudado mucho cuando manipulaba los controles de su aeronave, intentando tener enfocado al hombre del agujero al cual izaba con un cable

Cuando el hombre hubo llegado arriba, el tripulante alargó el brazo para entrarlo en la aeronave. Cuando le hubo sacado el cable, volvió a sacar el brazo y bajó el cable, arrojando abajo el chaleco, procedimiento éste que se repitió con el resto de los heridos.

El tercero en subir era el que perdió la pierna en la explosión. Le fijamos el arnés mientras el sanitario se afanaba en torno suyo como una clueca.

Le habían atado un torniquete alrededor del muñón, sujetado con un palo de dos puntas. El sanitario le dijo que mantuviera en su sitio el palo constantemente. Uno de los hombres encendió un cigarrillo que deslizó entre los labios del herido.

Dada la señal, el cable lo suspendió del suelo. A medio recorrido nos saludó haciendo muecas. Nos caía la sangre encima.

Era una imagen que nunca olvidaré. Un hombre colgado de un cable, sosteniendo un palo fijado a un torniquete puesto en el muñón de su pierna, saludando a sus camaradas con la otra mano y con un cigarrillo colgándole de la boca.

—Uno-Seis· empieza a haber problemas aquí arriba. Empezaremos a sobrevolar en círculos —informó el piloto.

—Espera, aún queda uno.

Spagg y yo alzamos al inconsciente para ponerle el chaleco. Alguien me alcanzó el cable, que pasé por el anillo.

Alzaron al hombre, columpiándose como un títere, colgado del cable. Spagg y yo, desde abajo, observábamos este éxodo final Algo malo pasó cuando el tripulante sacó la mano para atrapar al hombre. De alguna manera u otra, el hombre se había desenganchado y se nos vino encima desde una altura de 50 pies. Dimos un salto atrás al precipitarse el hombre sobre un montón que había a nuestros pies.

El médico y yo le dimos la vuelta

ABAJO· *Cúbreme mientras barro esa hilera de árboles. He visto algo que se movía allí abajo y se ha abierto la veda. Al cabo de unos segundos el gatillo del M-60 estaba al rojo vivo.*

—¡Carajo, ha dejado de respirar!

A pesar de su palidez, quizá podíamos reanimarlo.

—Cójale la cabeza, mi teniente. Le haré una tráqueo. Va, que alguien me dé un cuchillo.

Spagg le alcanzó al sanitario su largo cuchillo envainado.

El médico deslizó los dedos por la garganta del hombre mientras le sujetaba la cabeza. Una vez hubo hallado el lugar adecuado, satisfecho, introdujo la punta del cuchillo de Spagg en la carne, cortándola delicadamete entre los huesos y apuntando al esófago. La luz descubrió la desnuda oscuridad de la garganta de aquel hombre: un húmedo destello rosado en el tajo sin sangre.

—Esto es todo lo que puedo hacerle Vuelve a respirar, pero creo que está prácticamente muerto. Levántelo —me dijo el médico.

Me incorporé de un salto y miré hacia el helicóptero mientras alguien pasaba el cable por el anillo. Volvía a dar la señal y alzaron al hombre otra vez. Una vez introducido en la aeronave, el piloto puso su aparato en movimiento, remontó y se alejó.

—Tres-Seis, casi es de noche. Hemos de salir de aquí y la única manera consiste en subir al flanco de la plataforma rocosa donde se hallaba esta mañana mi destacamento. Recorreremos la mayor distancia que podamos, pero si no llegamos a la cima, nos habremos de quedar en una línea larga hasta el alba.

Di órdenes al avanzadilla. Empezamos a subir por el abrupto flanco con los hombres del Uno-Seis, que arrastraban los pesados morteros y otras piezas capturadas. Pasamos la noche pegados al flanco de la montaña y nos pusimos en marcha hacia el capitán Sells a la mañana siguiente.

★ ★ ★

Seguimos patrullando los senderos y montes de la jungla durante días, buscando y luchando contra el enemigo.

A veces, uno de sus soldados esperaba a la vera del camino junto a un árbol Cuando nuestro avanzadilla estaba casi a su altura, el soldado norvietnamita daba la vuelta al árbol y lo rociaba con una generosa ráfaga completa de 30 cartuchos del peine, cargador del AK-47. Otras veces nos disparaban desde topineras y casamatas escondidas.

El desgaste provocado en ambas partes era como una constante hemorragia podíamos tapar los huecos y seguir luchando, pero más débiles que antes.

El desgaste que se nos causaba era pésimo para nuestra moral. A pesar de que matábamos y heríamos a muchos soldados norvietnamitas, nunca sabíamos cuánto mal les hacíamos. Era como si tuvieran un ilimitado contingente de reserva. Pero, entre nosotros, la muerte de un hombre la conocíamos todos y nos afectaba gravemente

La marcha y la lucha constantes nos exigía dos cosas: fuerza y fiabilidad absoluta.

Esto nunca quedó más claro que el 22 de noviembre de 1967.

22 de noviembre de 1967

Aquella mañana, muy temprano, el capitán Sells nos hizo marchar por la senda a unos doscientos metros de nuestras posiciones de la noche pasada. El iba a quedarse allí con el 4.º Destacamento, mientras que los otros tres irían bajando por la senda para desviarse a la izquierda, por debajo de la plataforma, en dirección al arroyo a sus pies Necesitábamos agua, pero, como estábamos cansados de combatir, no íbamos a fijarnos demasiado en los "dinks". Bajaríamos al arroyo, llenaríamos nuestras cantimploras y de vuelta a Delta Seis; nada más.

Dejamos la impedimenta (¡a Dios gracias!) con Cuatro-Seis. El teniente Weeks, Cuatro-Seis, nos prometió que nadie nos tocaría nada mientras estuviéramos fuera. Todo estaría allí a nuestro regreso. Bueno, quizá todo no. Cuatro-Seis sopesó mi petate y me preguntó si me quedaba algo de fruta. Riéndose, bromeamos. Los tenientes Cohoon (Dos-Seis) y Ordway (Tres-Seis) y yo bromeamos con Cuatro-Seis acerca de lo fácil que iba a tenerlo si sólo se tenía que sentar a esperar nuestro regreso. Pero no bromeábamos en absoluto. A pesar de nuestras chanzas, éramos sabedores del peligro que arrostraría quedándose atrás. Su destacamento era más reducido que cualquiera de los nuestros. En caso de ataque, le costaría muchísimo repelerlo, cualquiera que fuese su importancia.

Cuatro-Seis puso manos a la obra; nos informó que tenía que proteger a Delta-Seis porque, de otro modo, nadie podría cubrirnos regularmente.

Tres-Seis fue el primero en irse, dado que su destino era el más lejano. Luego, Dos-Seis Bajarían por el sendero, tomando un desvío de 100 a 150 metros por debajo de la plataforma, barriéndola así en su mayor parte La misión de los míos era bajar por la plataforma desde las posiciones de Cuatro-Seis. Cada destacamento estaría a una distancia suficiente para cubrir un sector grande de la selva, pero lo bastante cerca como para echar una mano si alguno de los destacamentos tenía problemas

Mi avanzadilla aquel día eran Delk, Jesse, Yoder y Bell. Mann y yo nos desplazaríamos entre Delk y Bell en el punto. En total, disponía de 24 hombres, incluyendo al sargento Kirkpatrick de Cuatro-Seis.

Abandonamos la plataforma. Delta Seis y Cuatro-Seis nos aconsejaron precaución· había "dinks" por doquier. Muy lentamente, bajamos por el flanco del risco, sabedores del inmenso peligro.

US ARMY

IZQUIERDA: *Surgiendo a la cruda luz diurna, un anciano vietnamita se da súbita cuenta de que tiene mucho que explicar en poco tiempo.*

Pronto ganamos una zona llana cerca de la cual, y a nuestra izquierda, fluía una torrentera. La espesa maleza circundaba el área llana donde nos hallábamos. Yoder me indicó que siguiera con un gesto y susurró que le parecía haber escuchado alguien moviéndose delante nuestro. Le respondí en un murmullo que tuviera calma. Se hizo circular la nueva de que los "dinks" estaban delante nuestro. Puse la mano en el hombro de Yoder para indicarle que avanzara. No había ningún sitio más donde ir y estábamos allí para descubrir al enemigo.

Yoder se deslizó agazapado, se volvió para mirarme e hizo una mueca. Se la devolví e hice un gesto con la cabeza. Yoder pasó por encima de una raíz de árbol, salvando así parte del arroyo cuya orilla sujetaba el tocón.

En ese momento, una infernal ráfaga de ametralladora chinovietnamita abatió el avanzadilla. Herido en el tronco, Yoder se desplomó en la torrentera. La ametralladora actuó como la clave activadora de toda una emboscada. Habíamos caído en una típica emboscada en "U", en cuyo vértice se hallaba la ametralladora.

Con las balas silbando a nuestro alrededor, nos agachamos en busca de protección. Delk se puso detrás del árbol de la raíz. Yoder gritó que le habían herido. Jesse se desplomó a los pies de Delk. Bell y yo nos echamos donde nos encontrábamos con los dedos clavados en el fango desesperadamente.

Aún no habíamos visto a ningún enemigo en la espesura que nos rodeaba. La mayoría de nosotros yacíamos haciéndonos los muertos. Yo también, intentando pensar qué debía hacer.

Yoder seguía quejándose de que le habían dado. Delk seguía intentando rodear el árbol a fin de tirar a la todavía invisible ametralladora. Jesse yacía completamente inmóvil donde se había desplomado. Bell estaba echado junto a mí, cerca de mis pies. Oía a Yoder quejarse al otro lado de la raíz donde había caído. Me gritaba que le viniera a recoger.

—Mi teniente, estoy herido, malherido. Me muero. Recójame y lléveseme, por favor, oohh.

Volví la cabeza en tal dirección. La metralla y el fuego terrible que azotaba la selva nos arrojaba trozos de corteza y ramas sobre nosotros. Estaba horrorizado.

> Luego apretó el gatillo de su arma y disparó una ráfaga contra el cuerpo palpitante de Yoder...

Los gritos de Yoder me cortaban como un cuchillo.

—¡Vale, Yoder, ya voy! —grité.

Di un salto acuclillado y corrí hacia Yoder. Bell saltó simultáneamente a mi derecha y echó a correr conmigo. Íbamos a sacar a Yoder de la orilla de la torrentera para llevarlo a lo que pensábamos era una zona más segura.

De dos o tres zancadas, habíamos alcanzado la orilla de la torrentera. La montaña era de vieja roca de lava, visible a lo largo de la orilla superior del arroyuelo. Las balas de la ametralladora impactaron en las rocas a nuestros pies, arrancándoles esquirlas que nos dieron en el cuerpo y en la faz. Titubeamos un instante en la orilla, conmocionados al ver las rocas estallar a nuestros pies, heridos por las esquirlas pétreas. Otra ráfaga de ametralladora nos llovió a Belly a mí de izquierda a derecha. Una de las balas de ametralladora que barrió a Bell golpeó el lanzagranadas M-79 que llevaba cruzado sobre el pecho. Al explosionar el impacto nos derribó.

Conmocionado y derribado sobre la orilla de la torrentera, dirigí la vista a la ametralladora. Bell yacía sobre el fondo de una pequeña depresión a mi derecha, con el rostro deshecho y ensangrentado. Intentando averiguar qué le había sucedido, se había encogido como una pelota.

Volvieron a llovernos más proyectiles. Las esquirlas rocosas arrancadas por la metralla al rozar la roca me dieron en la cara. Me ardían insoportablemente los labios y las mejillas y pensaba que me habían herido más gravemente de lo que estaba. Yacía completamente inmóvil, fingiendo que estaba muerto.

Miré directamente a Yoder, echado a unos pies debajo mío, a mi derecha. En un intento de interrumpirse la hemorragia, manoseaba el botiquín de urgencia de su mochila.

Le contemplé aturdido, olvidando que se creía que estaba muerto. Vi al ametrallador que tiraba del perno de su arma. Se encontraba agazapado en la orilla opuesta a unos 15 o 20 pies de distancia. "Seguro que está volviendo a cargar", pensé aturdido. Luego apretó el gatillo de su arma y disparó una ráfaga contra el cuerpo palpitante de Yoder, que se agitó al recibir el impacto.

Avancé arrodillado, sabiendo que sería yo el siguiente. Me disparó mientras retrocedía y sentí un poderoso impacto en la cadera. "¡Mierda, ahora sí que me han dado!", pensé. Me agazapé en el suelo lo más plano que pude.

Le grité al grueso del destacamento que preguntaran cuántos eran. El destacamento había adoptado una figura en forma de ocho con la avanzadilla como círculo inferior. Estábamos en la zona mortífera de la emboscada, aislados del destacamento. No podía creerme que todavía estuviéramos vivos.

Mann me gritó que Delta Seis quería saber qué diablos pasaba. Gritándole, le respondí que le contara al capitán que habíamos caído en una emboscada y que tenía un fiambre y tres tocados. Al cabo de unos segundos, Mann me gritó de vuelta:

—¡Maldita sea, Delta Seis quiere saber quién es el fiambre!

Le dije que era Yoder. Cuando Mann informó al capitán, el ruido cesó unos momentos. El capitán Sells iba a quedarse muy afectado. Además de importarle mucho la muerte de un hombre, Yoder y él habían venido en el mismo barco.

Mann volvió a aullar que Delta Seis quería saber mi posición exacta. Al sacarme el mapa del bolsillo del pantalón, la leve subida de mi cuerpo atrajo una nueva ráfaga de ametralladora.

Enseguida volví a quedarme plano, completamente inmóvil, temiendo que me volviera a disparar tal como le había visto hacer con Yoder. Le grité a Mann que no podía sacarme el mapa, de lo que dio parte al capitán.

El capitán conoció que estaba en un serio apuro y que lo único que podía hacer era emprender una acción directa. Su profundo interés por nuestro bienestar junto con su fuerte personalidad se revelaron en el auricular.

Mann gritó que Delta Seis dependía de mí y que le tenía que informar de dónde estaba para poder enviar ayuda.

No podía decepcionar ni al capitán ni a mis hombres. Deslicé

PÁGS. SIGUIENTES: *Seguramente es dolorosísimo, pero puede ser un billete de vuelta al Mundo. De todas formas, antes una camilla que una bolsa aséptica.*

cautamente la mano por la pernera hasta llegar al bolsillo del mapa. Una vez desabrochado, subí lentamente el mapa hasta que lo tuve en la cara. Con el mapa entre la cara y el suelo, leí unas coordenadas que Mann transmitió a Delta Seis.

Mann me gritó que Tres-Seis y Dos-Seis estaban de camino Cuatro-Seis había tenido que dar algunas vueltas, pero estaba bien todavía, a pesar de algunas heridas recibidas. También gritó que Schaldebrand estaba bien, aunque había recibido un impacto en la axila a través del chubasquero. Allá arriba, los demás estaban sin novedad.

No sabía cómo no habíamos sufrido más bajas con todo lo que aquel maldito de la ametralladora había estado disparándonos, a pesar de lo cual no estaba malherido Si no podíamos verle claramente, quizá él tampoco a nosotros.

Miré arriba y le pregunté a Delk si había podido descubrir ya a aquel condenado tirador Contestó que aún no, pero que le parecía saber dónde se encontraba. Delk se deslizó alrededor del árbol y lanzó una ráfaga hacia la orilla contraria. La ametralladora se la devolvió lanzándole al árbol dos o tres tiros.

El impacto que hicieron en el árbol le arrancó astillas que volaron en todas direcciones mezcladas con trozos de corteza Apretando los dientes y con los ojos cerrados, Delk pegó los codos a los costados a medida que la muerte iba acercándose a su guarida.

—Bueno, no va a poder ir a ninguna parte —comentó Delk secamente—. Ni tampoco nosotros hasta que ese cabrón no se decida a darse por vencido.

—No me creo nada —dijo Jesse

—Eh, mi teniente, Delta Seis acaba de llamar. Dos-Seis ha caído en una emboscada y han atado a su avanzadilla. Dos-Seis está retrocediendo en la parte superior del risco; dice que no puede llegar hasta nosotros —gritó Mann—. Pero Tres-Seis está de camino.

—Uno-Seis, Delta Seis quiere hablar con usted.

—Dile que estoy atrapado y que no puedo acercarme a la radio. ¿Qué se cree que estoy haciendo aquí? —le grité como respuesta.

—Es igual, quiere hablar con usted. Dice que vaya a la carrera a por el auricular..

—¡Malditos capitanes! Vale, dile que ya voy; vosotros: abrid fuego para cubrirme. Me deslizaré por esta colina y luego echaré a correr. —Estaba enfadado de veras.

Inmediatamente metí la mano en un montón de mierda "dink". ¡"Agghh! Aquí hay mierda por todas partes. Esto es una maldita letrina "dink", exclamé. Menuda gracia· caer en una emboscada en una letrina "dink".

El de la ametralladora me volvió a tirar. Corrí a cuatro patas hacia donde estaba Mann en su roca baja, donde me refugié. La verdad es que no había allí suficiente sitio para dos, pero tendríamos que apañarnos.

Les grité a los de la avanzadilla si podrían subir hacia nosotros si les proporcionábamos fuego de cobertura. Delk y Jesse dijeron que sí. Bell gritó como contestación:

—No, mi teniente, ayúdenme. Estoy ciego.

—¡Bell! —suspiré—. ¿Podrías volver si te voy a buscar?

—Sí, creo que sí, mi teniente

Le grité que iría a buscarle.

IZQUIERDA: *Un infante de la compañía Delta llama por radio a los sanitarios Sin importarles el lugar ni el momento, los médicos volantes del Tío Sam hacen su labor.*

—¡Delk! ¡Jesse! Cuando dé la voz, todo el mundo empezará a disparar para cubriros. Bell, bajaré para ayudarte a volver.

Dejé mi fusil a un lado. No podría servirme de nada, pues necesitaría ambas manos para arrastrar a Bell hacia la zona despejada. De hecho pensé que yo moriría. No había manera posible de cruzar el área despejada y llegar hasta Bell, recogerlo y dar marcha atrás con seguridad, pero pensaba que estaba obligado con él y con mis hombres y tenía que sacarle de aquel atolladero. Además, si no me atrevía a rescatarle, siempre me lo reprocharía a mí mismo. Pero podría caer en el empeño.

Porter me miró.

—Iré detrás suyo, mi teniente. —Se sacó el rifle y avanzó.

—No, Porter, quédate aquí. Quiero que todos me deis fuego de cobertura. Lanzad granadas, bombas de humo, disparad las armas, las ametralladoras: toda la orquesta en acción. Haced todo lo que podáis para que no se fijen en mí e intentad que no se asomen.

Porter y los hombres me miraron Sin asomo de melodrama, me daba cuenta a juzgar por sus miradas y expresiones que pensaban que me dirigía a mi muerte y que iba a morir en el intento.

Me estiré tras la roca y respiré hondo Observé la zona abierta que tenía que atravesar y se me revolvió el estómago. Maldita sea. ¿qué iba a hacer?

Corría agachado y en zig zag... mientras me circundaban las balas de la ametralladora y otras armas.

—Bueno, cuando grite fuego, echad todo lo que tengáis, gritad y aullad tan alto como podáis —dije Estaba asustado y temblaba, pero al mismo tiempo estaba calmado porque sabía que aquello era lo único que podía hacer.

Le grité a Bell que me disponía a ir a buscar y les dije a Delk y Jesse que cuando empezara el fuego echaran a correr a toda velocidad.

Di un brinco gritando: "¡Fuego!"

Todo el mundo empezó a disparar, a gritar y a aullar así como a lanzar granadas de humo.

Eché a correr. El de la ametralladora me descubrió y me disparó tan pronto como abandoné la roca. Corría agachado y en zig zag hacia Bell mientras me circundaban las balas de la ametralladora y otras armas. Al pasar los proyectiles silbando a mi lado, me di cuenta de que había cuatro o cinco armas que no podía ver.

Al cabo de una eternidad, llegué hasta Bell Lo agarré por la espalda de la chaqueta y, prácticamente, lo pesqué de la hondonada donde había caído Cuando lo levantaba, una de las balas de la ametralladora me rozó el dorso de la mano izquierda, arañándome la piel. No es que me doliera, pero me quedé aturdido y la herida me ardía. Del dorso de la mano me brotaba sangre. Me parecía estar en otro mundo. Me eché el brazo de Bell alrededor y me puse como escudo entre él y la ametralladora. Volví a subir el risco con las balas silbando en torno nuestro y astillando lo que nos rodeaba.

Bell era capaz de ayudarme, pero no podía ver nada. Tropezaba y gateaba y yo empujaba y maldecía, dado que nos caíamos continuamente al intentar subir la colina. "¡Va, chico, que ya estamos!", le dije. Pero, en medio de todo aquello, en seguida me arrepentí de haberle dicho "chico".

No había querido molestarle, pero Bell era un negro de Atlanta, Georgia, y probablemente no podía soportar la palabra "chico". Hasta que me muera lamentaré haber empleado tal término. Aunque lo dije de buena fe, Bell podría habérselo tomado a mal.

A medida que iba subiéndolo por la colina, desde abajo recibí un tiro en el pie. Me habían disparado en el talón y el impacto de una de las balas me había arrancado el tacón de la bota, derribándome. Me levanté y volví a sentir un terrible golpe en la cadera que me abatió.

"Me han vuelto a dar", pensé.

Finalmente, logré poner a Bell tras una roca donde se hallaba el médico, que se puso a atenderlo. Me estiré de espaldas al suelo, observando el cielo a través del dosel selvático, sin poder creer que hubiera podido salir de allí abajo.

Yoder aún estaba allá, y a pesar de que le había visto atravesado por las balas, no quería irme Tenía que estar totalmente cierto de su muerte. Nunca me perdonaría el retirarme y que él aún estuviera vivo.

Mientras tanto, Tres-Seis iba acercándose. Habían caído en otra emboscada, pero la habían superado y no estaban demasiado lejos.

> No había demasiada sangre por el cuerpo, pero aparecían muchos agujeros de bala en la ropa de su uniforme por el estómago y el pecho.

Estaba acabándose la munición. Casi un cargador de M16 y 100 cartuchos de M-60. Veíamos algunos "dinks" moviéndose alrededor nuestro Por raro que fuera, algunos de ellos llevaban uniformes que parecían blancos. Seguimos disparando, pero sólo a objetivos ciertos. Estaba dispuesto a llamar a la artillería a nuestra posición si nos superaban

Al cabo de un rato indeterminado, el fuego empezó a disminuir. Devolvíamos los disparos con economía. Al final, Tres-Seis dijo que estaba entrando en un campo viet evacuado. Su unidad se hallaba entonces en la plataforma, debajo nuestro. Como los viets no habían disparado durante los últimos minutos, pensamos que debían haberse retirado, lo que Tres-Seis confirmó cuando entró en el campamento enemigo vacío. Iban subiendo por la torrentera en dirección a nosotros A medida que iban acercándose oímos voces y empezamos a pensar que la lucha se había terminado.

Vimos a su avanzadilla aparecer, moviéndose con precaución por la torrentera en sentido ascendente. Dos o tres hombres se hicieron visibles y nos hicieron señales. Estábamos a salvo. Después del calvario por el que acabábamos de pasar, nada mejor que aquella consoladora unidad norteamericana

Un par de mis hombres junto conmigo bajaron corriendo a donde estaba el avanzadilla de Tres-Seis por encima de Yoder. Salté al otro lado de la torrentera y me paré junto al cuerpo de Yoder Me arrodillé y le di la vuelta. Había muerto con la cabeza mirando hacia abajo. La sangre que la gravedad había hecho descender hacia la parte más baja del cuerpo le había dejado la faz azul oscuro.

No tenía demasiada sangre por el cuerpo, pero aparecían muchos agujeros de bala en la ropa de su uniforme por el estómago y el pecho. Tenía los ojos cerrados. Le miré por un instante, recordando las charlas que habíamos tenido en el pasado. Una vez habíamos debatido si iríamos en ayuda de algún camarada nuestro que se hallara en apuros. Le dije que yo siempre respondería a uno de mis hombres si precisaba ayuda. Él me respondió que eso me resultaría un engorro.

Al darme la vuelta, tropecé con un soldado con los ojos vendados y las manos atadas a la espalda de pie cerca mío. Me había olvidado de él y me quedé sorprendido. El soldado norvietnamita estaba vestido con un impecable uniforme verde de camuflaje selvático. Era joven, de unos cinco pies de alto y de constitución menuda

—Cabrón, qué suerte tienes: si Delta Seis no nos hubiera ordenado que te lleváramos con nosotros, aquí mismo te mataría —le dije.

—Vámonos —me dirigí al avanzadilla.

Al final, Cuatro-Seis gritó que ya casi estábamos. Nos afanamos por los últimos metros que nos separaban de la charla excitada de los hombres de Cuatro-Seis y la relativa seguridad de la cima del risco.

El porteador añadido depositó el cadáver de Yoder cerca del muerto del destacamento de Dos-Seis.

Nuestras mochilas yacían donde las habíamos dejado. La compañía iba acercándose. los hombres iban recogiendo sus petates y se colocaban alrededor del perímetro. Estaba observándolos cuando el capitán Sells se acercó y me puso la mano en el brazo.

—Fred, ¿estás herido? ¿Dónde te dieron?

Empecé a examinarme. La mano sangraba algo, pero no parecía nada grave Me exploré el cuerpo con las manos trémulas. Por la camisa del uniforme tenía repartidos cinco agujeros de bala con sus correspondientes orificios de salida, prueba de lo cerca que había estado de la muerte. En cada cadera tenía un paquete de munición estropeado por el impacto de una bala que se había incrustado. Cada paquete guardaba tres cargadores de munición M16. Los costados de acero de los cargadores estaban rotos y la cobertura de lona del paquete se había desprendido por el impacto de las balas. Saqué los cargadores del paquete, maravillado ante mi buena suerte Los dos golpes que había notado en las caderas se debían a la fuerza de los impactos sufridos por los cargadores.

—Me parece que estoy bien, mi capitán. Tuve suerte —dije mirándome los cargadores rotos y retorcidos. Las caderas me dolían, aún me ardía la cara, las esquirlas pétreas me habían dejado los labios tumefactos y la mano me quemaba. Temblaba de alivio al comprobar que todavía estaba vivo.

2 de diciembre de 1967

Todos estábamos bajo la lluvia orando por que las nubes se alejaran. Finalmente nos llegaron las buenas noticias de que los helicópteros estaban en camino.

Los hombres se repartieron por turnos. Todavía no habían acabado de aterrizar completamente las aeronaves cuando los hombres se hallaban ya a bordo listos para ser evacuados Al cabo de un corto trayecto llegamos a la LZ Tempest, la base artillera que habíamos ganado en la selva cuatro semanas antes Había sufrido una considerable metamorfosis. Los soldados habían cubierto con sacos terreros las madrigueras y habían hecho todo lo posible por hacerlas más cómodas

3 de diciembre de 1967

El capellán llegó por vía aérea para celebrar un memorial a los caídos en la operación. Apiló unas cuantas cajas de raciones de campaña sobre las que extendió una púrpura, encima de la cual depositó la cruz y los ornamentos Mientras el capellán oraba por las almas de los hombres que habían muerto y por entender la lucha en la que estábamos nosotros, el cielo se mantuvo plomizo y nuboso.

Algunos hombres absorbieron sus palabras como la arena del desierto absorbe la humedad. Para algunos de nosotros, la humedad caía sobre la roca dura y se la llevaban los vientos vacuos. Para otros, las aguas se remansaban en la laguna de la ignorancia. A pesar de los esfuerzos del capellán, aquellos hombres habían caído luchando por su supervivencia. no por Dios. Acabado el servicio, el capellán subió a la aeronave que lo devolvió a la seguridad del campamento base.

5 de diciembre de 1967

Se corrió la voz de que el batallón iba a abandonar la LZ Tempest para retornar al campamento base Thunder o Montezuma en Duc Pho Se asignó a la compañía Delta la tarea de policía después de que se marchara el batallón y de que patrullara unos días por si había algún viet que merodeara por la base desierta. La evacuación se desarrolló en orden inverso al del primer día. Primero, los grandes Chinooks planearon por encima de las piezas de artillería para irlas alzando una a una. Se despontaron los morteros de cuatro tubos y se cargaron a bordo de los Chinooks Luego el equipo y por último los hombres. Pronto nos quedamos solos al desvanecerse el sonido de la última nave que volaba al este, hacia el campamento base de Duc Pho.

Nunca me había fijado en lo que había de hacerse cuando se evacuaba una base artillera. Simplemente pensaba que se retiraban los hombres y el equipo y ya estaba Paseando por la desierta base, me asombraba la de desperdicios que el batallón había abandonado detrás suyo Ninguno de nosotros podía creerse la gran cantidad de granadas de mano y de humo, piezas de artillería, morteros y otras clases de armamento y explosivos que yacían esparcidas por el suelo. No era raro que se tuviera que quedar una compañía para hacer la tarea de policía. Amontonamos todo aquello y lo hicimos estallar. A medida que nos íbamos alejando por el risco, miraba hacia atrás reflexionanando sobre lo mucho que se parecía a un real de feria desierto a causa del fango y de los despojos esparcidos por doquier.

8 de diciembre de 1967

Desde un risco cercano observamos la base durante dos días. A veces aparecían alguns "dinks" merodeando por la base. Empleábamos la artillería contra ellos y despejábamos el risco.

Pero hoy iban a evacuarnos. La operación había llegado a su fin. Los Chinooks aterrizarían tan pronto como se disipasen las nubes de lluvia. Los chubascos ya habían atrasado un día nuestra salida.

Schaldebrand y yo jugábamos a las damas. La brisa impulsaba las nubes hacia nuestra plataforma. A veces, a través de una nube desgarrada, vislumbrábamos las tierras bajas. Las panzas de las nubes pendían bajo nosotros. Si se levantaban unos doscientos metros, despejarían la cima de la plataforma donde nos encontrábamos. Los desgarrones de las nubes iban haciéndose más largos Las nubes se habían retirado lo bastante para que pudiéramos ver el mar en la distancia durante los intervalos. Sólo un poco más.

Delta Seis nos dijo que formáramos. Los helicópteros se aproximaban Estábamos de pie en la niebla, nerviosos, esperando podernos ir de verdad esta vez. Preferíamos saltar al mar que pasar otra noche en la jungla.

—¡Ya llegan! ¡Señales de humo!

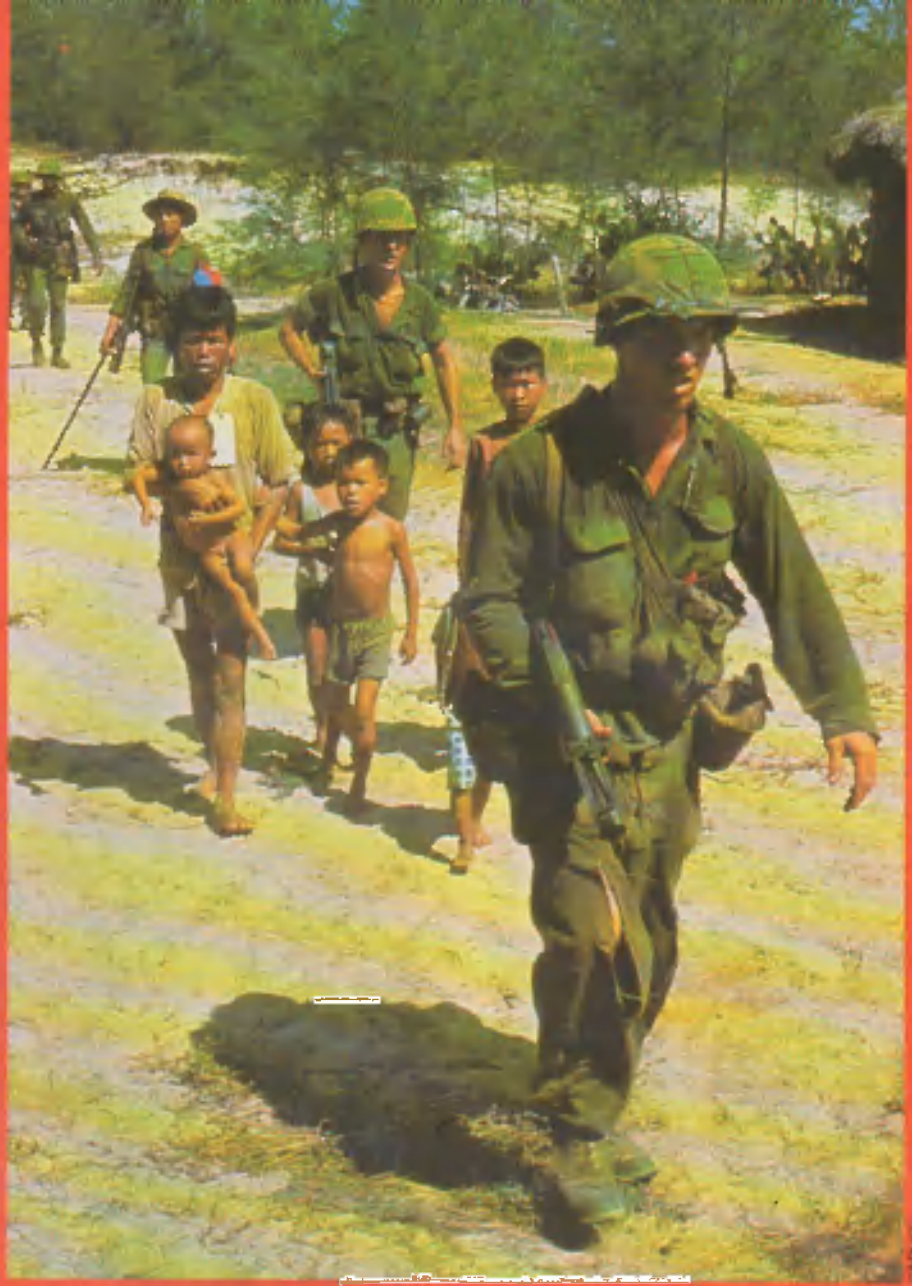
Los grandes Chinooks se hicieron visible a través del desgarrón de una nube. Una vez en tierra, abordamos por cada lado de la aeronave.

El aparato se nos llevó. Miré a mis hombres repartidos por los lados del helicóptero. Se habían sacado los cargadores de las armas antes de embarcar y los mantenían cerca del cuerpo. Hombres sucios y sin afeitar, con ropas en distinta fase de degradación, con las botas de selva desgastadas y rotas, rellenas de terrones de barro en las grietas. Hombres ojerosos, de caras cansadas y tensas Algunas de ellas eran de hombres nuevos, enviados para sustituir las de los caídos que habían comenzado la operación. Habíamos experimentado lo más peligroso y desafiante de la vida Y habíamos sobrevivido.

El pelotón que llevé de regreso no era el mismo que había partido al principio.

ABAJO: *Esta noche, las raciones de campaña se suplementarán con plátanos. La fertilidad natural constituye una agradable alternativa a las acostumbradas delicias en conserva.*

ARRIBA: *Un campesino vietnamita interrumpe su labor para contemplar la llegada de tropas norteamericanas.*
DERECHA: *Buscando un poco de acción.*



Capítulo 5

¡HERIDO!

CAPÍTULO 5 ¡HERIDO!

10 de diciembre de 1967

Después de dos días de descanso en el campamento base de Montezuma en Duc Pho, a la compañía le fue asignada un área de operaciones en la autopista 1, justo al sur de donde habíamos estado en octubre. Esta vez mi pelotón era responsable de un solo puente.

Cargamos los vehículos y nos dirigimos hacia el nuevo destino. Nos dejaron en el puente 100, tres kilómetros al sur de los puentes que habíamos vigilado en octubre. El teniente a cargo me llevó a dar una vuelta a fin de indicarme los casamatas, los posibles frentes de ataque y demás problemas asociados con esta extensión de terreno.

Había un gran lago de agua dulce próximo a la carretera y se extendía tres kilómetros hacia el este, donde una estrecha faja de tierra lo separaba del Mar de la China Meridional. Las montañas lindaban con la carretera por el oeste, seis casamatas se extendían a lo largo de la carretera al sur del puente. Un par de rollos de alambre de concertina rodeaban el perímetro completo cercando el puente y las casamatas.

Después de que me hubo enseñado la zona, asigné a los hombres las diferentes posiciones. El teniente y sus hombres iban a ser transportados a la jungla aquel mismo día un poco más tarde

Rueto, que había sido herido en una pierna en la operación anterior, se había reincorporado al pelotón mientras habíamos estado en el campo base. Yo le había nombrado RTO y había enviado a Skelly a que fuera el RTO de Schaldebrand. Rueto, Schaldebrand, Doc y yo estaríamos juntos en la casamata CP.

Se suponía que estábamos ganando la guerra, pero no nos atrevíamos a salir fuera de nuestros perímetros por la noche.

Mientras los hombres se habituaban, yo deambulaba por los alrededores a fin de familiarizarme con la nueva región. El otro pelotón ya había hecho el equipaje y estaba listo para la marcha, apiñados a lo largo de la carretera esperando a los helicópteros. Sus mochilas yacían en el suelo, à punto de reventar con las pertenencias, el arma de cada hombre apoyada contra su mochila.

Observé a esos extraños mientras se preparaban para ser trasladados a la jungla. Chupaban nerviosamente sus cigarrillos y escribían una última carta a su casa. Su teniente iba de grupo en grupo, comprobando el equipo y ocupándose de los últimos detalles.

Me quedé solo a un lado de la carretera, fumando un cigarro y pensando, quizá por vez primera, que podíamos perder esta guerra. Solo bajo un cielo nuboso, me sentía un extranjero en esta tierra. Acabábamos de volver de una operación en la jungla, y ahora estos hombres iban a una parte diferente de la jungla a jugar al mismo juego mortal del escondite enemigo, probablemente con el mismo poco concluyente resultado.

¿Por qué estaban luchando los norteamericanos? Parecía que tenía que ser el Ejército de Vietnam del Sur el que hiciera su propia lucha en la jungla y no nosotros Nuestras tácticas también parecían equivocadas Habíamos pasado casi un mes cargando con las mochilas y luchando en una determinada sección de la jungla. Justo cuando ya nos habíamos familiarizado con el terreno, las montañas y los arroyos, y sabíamos dónde encontraríamos al enemigo y cómo utilizar el conocimiento del terreno a nuestro favor, teníamos que irnos. Por supuesto, queríamos irnos, y necesitábamos el descanso, pero la unidad que ahora vendría nunca había estado en la jungla Tendría que aprenderlo todo desde cero

Para tener éxito en la selva, los comandantes deberían habernos enviado de vuelta a aquella área después del descanso. Después de nuestra patrulla, la unidad que ahora iba a venir podría dar media vuelta y entrar cuando volviésemos. En lugar de ello, nunca volvíamos al mismo lugar. Siempre éramos llevados a un área completamente nueva para continuar con nuestras tácticas de búsqueda y destrucción.

Por supuesto, los norteamericanos nunca poseían nada más que el suelo que pisaban. Se suponía que estábamos ganando la guerra, pero no nos atrevíamos a salir fuera de nuestros perímetros por la noche.

La gente a nuestro alrededor en esta parte del Vietnam eran conocidos simpatizantes del Vietcong. Nosotros no hablábamos su lengua, ni ellos la nuestra. Se suponía que nos estábamos ganando sus corazones y sus mentes, pero, ¿cómo podíamos

ARRIBA: *Cargado con jugadores para el próximo "round" en el juego de la guerra, un UH-1D flota sobre una posible zona de aterrizaje. Las tropas no parecen ni inquietas ni tranquilas, simplemente aturdidas.*

competir con compatriotas que podían hablar con ellos, vivir con ellos, que estaban emparentados con ellos? Aunque no tuvieran una filosofía común, al menos todos los vietnamitas tenían un deseo común: vernos volver a casa.

Alguien gritó: "¡Humo!"

Mi hice a un lado de la carretera y escudriñé el cielo en busca de los helicópteros. Unos puntos pequeños en el norte se agrandaron convirtiéndose en la forma bulbosa de los Hueys. El humo de la granada flotaba dejando una estela a baja altura a lo largo de la carretera, señalando la zona de aterrizaje del vuelo. Aterrizaron en grupos de tres sobre la carretera. El tráfico había sido cortado, a fin de permitirles aterrizar. La carretera era lo suficientemente amplia para que los helicópteros aterrizasen perpendicularmente. Los hombres esperaban en las colas del número adecuado a cada helicóptero. Cuando un helicóptero estaba completo, despegaba para hacer sitio a otro que viniese detrás

Caminé por la tierra hasta que estuve en frente del helicóptero más cercano, mirando al piloto y al copiloto. Sus cabezas, cubiertas con el casco, se movían de acá para allá. Sus ojos, tapados por las gafas de sol, alternaban su mirada entre los instrumentos y los hombres que subían. A una señal del jefe de la tripulación, los pilotos incrementaron la velocidad de las hélices, sus ojos echaron un vistazo al probable camino a seguir. El copiloto me miró por un instante. Nos estudiamos brevemente el uno al otro. Yo estaba agachado sobre una rodilla, fumando un cigarro y sosteniendo el M16 contra mi cuerpo. Yo envidiaba su trabajo, sentado día tras día en una elegante máquina que agrandaba los movimientos de su cuerpo hasta las proporciones del vuelo. Dependíamos de él para la comida, las municiones, para llevarse a nuestros heridos y a nuestros muertos. Sí, su peligro era grande. Era un blanco perfecto Pero él y su máquina eran uno. Si yo hubiese tenido que casarme con una máquina, habría sido una máquina que pudiese volar

¿Acaso me envidiaba él a mí? Lo dudaba. ¿Quién querría andar, cuando podía volar?

Me saludó inclinando la cabeza y yo se lo devolví con un ademán de mi mano.

El cuerpo mecánico del piloto rugió, libre de la tierra, subiendo hacia delante por encima mío. Cerré los ojos para evitar el polvo levantado por el poderoso movimiento de las hélices. El sonido menguó al salir el helicóptero fuera del lago para elevarse verticalmente ¡Dios, cómo deseaba poder volar!

19 de diciembre de 1967

Estábamos sentados al sol, gozando de él, diciendo chorradas, escribiendo cartas y qué sé yo, disfrutando simplemente de la belleza del día, cuando recibí una llamada del capitán Sells. Me preguntó si había muchos barcos de pesca en el lago. Le respondí afirmativamente. Los aldeanos aprovechaban el buen tiempo para conseguir alguna pesca. Me dijo que eso estaba bien, pues un equipo MI iba a partir un poco más tarde para llevar a cabo una operación de barrido de todos los "dinks" del lago. Debíamos estar preparados.

Un único helicóptero llegó de la dirección de la Montaña del Trueno donde el CP estaba situado. Rueto ordenó que se hicieran las señales de humo. Un par de hombres cortaron el tráfico mientras el piloto lo hacía aterrizar.

Mi viejo amigo de la misión en el pueblo junto al lago, llevaba a cabo el último día de nuestro anterior servicio como vigilantes de puente, el misterioso agente local, saltó fuera seguido de su igualmente misterioso ayudante, el Chou-Hoi Fouel El helicóptero despegó y se dirigió de vuelta a casa mientras el agente y yo estrechábamos nuestras manos. La última vez juntos habíamos conseguido buenos resultados.

El agente me dijo que su Chou-Hoi, Fouel, al fisgonear los pueblos de la zona, se había enterado de que muchos de los pescadores del lago eran de hecho guerrilleros del Vietcong. Los guerrilleros estaban reabasteciendo a las diferentes unidades del Vietcong con el pescado capturado y el arroz que los aldeanos habían almacenado.

Reuní a mi sargento y jefes de escuadrón para exponerles la composición del plan que el agente y yo habíamos ideado. El agente disponía de dos helicópteros de combate listos para llegar en 30 minutos. Su trabajo sería conducir todos los barcos hasta nosotros, en la pequeña ensenada formada por el recodo de la carretera. El pelotón avanzaría en abanico a lo largo de

la carretera para acorralar a todos los "dinks", al tiempo que iban llegando a la orilla. Para no levantar las sospechas de los pescadores, todo el mundo debía permanecer en su posición habitual hasta que los helicópteros llegasen. No se permitiría que el tráfico continuase hasta que los "dinks" fueran conducidos a la orilla.

Todo el mundo estaba tenso. Los hombres comprobaban sus armas, sus municiones, enganchaban las granadas a su cinto de tela, buscaban sus potes de acero y daban una última comprobación a sus armas. Esta sería una operación perfecta. Todo lo que teníamos que hacer era mantenernos en nuestro propio perímetro y capturar a los guerrilleros cuando desembarcasen en la orilla.

Mientras el agente y yo discutíamos la operación, alguien soltó un rugido. Fouel se había deslizado hasta la casamata al sur, donde no fue reconocido. Cuando los hombres alrededor de la casamata vieron a un "dink" con un pijama negro y llevando un rifle M-1 husmear alrededor, casi le disparan.

Rueto gritó desde la carretera que los helicópteros habían llamado y que estarían allí en unos pocos minutos. El agente corrió carretera arriba para coger el teléfono. Mientras él explicaba a las tripulaciones de los helicópteros cuál era su trabajo, yo indiqué a mis hombres que se preparasen.

Dos pequeños helicópteros de observación de la fuerza aérea se precipitaron a baja altura por la ensenada para barrer el lago. No eran los grandes helicópteros que estábamos acostumbrados a ver, pero disponían de algún tipo de arreglo de ametralladora. Empezaron por el extremo lejano del lago, llenando el agua de balas mientras los helicópteros volaban rápidamente como mosquitos gigantes de una parte a otra a lo largo del lago, obligando a los barcos a venir en nuestra dirección.

Algunos se aferraban con fuerza a los costados de sus barcos, mirándonos fijamente, con el odio en sus caras.

Los barcos eran simples troncos vaciados conteniendo tres o cuatro personas cada uno. La mayoría de los "dinks" entendió el mensaje rápidamente y empezaron a palear hacia donde nuestro pelotón estaba alineado, en el recodo de la carretera. Tres barcos intentaron tomar el otro camino, sus hombres paleando como locos hacia la orilla opuesta. Los helicópteros de combate acribillaron uno de los barcos, hundiéndolo. Uno alcanzó la otra orilla, el otro dio la vuelta hacia nuestra dirección.

Los helicópteros de combate fueron muy meticulosos. Sus ametralladoras barrían como una hoz a través del agua, mientras los otros helicópteros se adelantaban el uno al otro con rapidez a fin de dirigir a los barcos. Ocasionalmente, una lluvia de balas se acercaría peligrosamente a cualquier barco que se rezagara.

La pequeña ensenada se cubrió pronto de 30 o 35 barcos que se balanceaban gentilmente sobre las pequeñas olas del lago. La gente en ellos nos miraba fijamente, alineados a lo largo de la carretera y la playa, apuntándoles con nuestras armas. Los pescadores iban vestidos con el tradicional traje nativo del pijama negro, algunos de ellos desnudos hasta la cintura. Algunos se aferraban con fuerza a los costados de sus barcas, mirándonos fijamente, con el odio en sus caras. Otros no mostraban ninguna emoción en absoluto.

IZQUIERDA: *Un soldado se concede un corto descanso durante una misión de patrulla en "territorio indio".*

Fouel estaba ansioso por empezar. Entró en el agua para tratar de asir una barca y arrastrarla hasta la rocosa orilla. Con su fusil empujó la primera barcada fuera hacia las rocosas y procedió a interrogarlos. Su método era abofetear a uno de ellos un poco, preguntándole en rápido vietnamita. Una vez satisfecho con su identidad, lo empujaba o al grupo de los inocentes o al grupo de los que consideraba vietcong. Luego movía su fusil hacia otra barcada y repetía el proceso.

Nos sorprendió el gran número de guerrilleros que estaba encontrando. Fouel había sido una vez guerrillero en esta zona y parecía reconocer a muchos de los vietcong. Cuando descubría a alguien que conocía, gritaba, se agitaba, y golpeaba a la persona con la culata de su fusil. El "dink" que era golpeado siempre se tiraba al suelo, lanzando un largo lamento mientras colocaba las manos alrededor de la cabeza para protegerse.

Mientras cada barco era descargado, los hombres buscaban en él a fin de ver si podían encontrar algo incriminatorio. No había nada en ninguno de los barcos, exceptuando el equipo habitual de los pescadores: sedal, anzuelos, redes y cebo. A veces podía haber una pequeña caja de lata con tabaco o nueces de betel, pero eso era todo. Los guerrilleros podían suspirar, puesto que habían lanzado todas sus armas al agua.

Los helicópteros nos desearon por radio buena suerte mientras se apresuraban de vuelta a su base después de un último pase a baja altura por encima nuestro.

Nos llevó dos horas vaciar los barcos. Los guerrilleros estaban agachados, con sus manos bajo las rodillas, mirándonos malhumoradamente a nosotros y a Fouel, mientras éste volvía implacable a examinar entre el grupo de nuevo, comprobando y recomprobándolo a fin de asegurarse de que ningún guerrillero había pasado inadvertido. Todos los aldeanos estaban silenciosos, salvo alguna palabra ocasional en respuesta de alguna pregunta de Fouel.

Finalmente Fouel se quedó satisfecho. A los que se hallaban en el grupo de supuestos aldeanos normales, Fouel les echó un discurso. No podíamos saber sobre qué era exactamente, pero el sentido era claro: si eran cogidos dando abrigo al enemigo otra vez, serían severamente castigados. Como ejemplo, fue hacia uno de los barcos, lo golpeó con fuerza haciendo un agujero en su fondo, tiró un par de pesadas piedras y lo hundió. El propietario del barco lanzó un grito de consternación, pero paró en cuanto vio a Fouel ir hacia él.

Cuando Fouel gritó y les hizo señas para que volviesen a sus barcos, los hombres lo hicieron silenciosamente, hasta que los barcos estuvieron ocupados, luego, palearon rápidamente hacia su pueblo al otro lado del lago.

Examinamos nuestro grupo de guerrilleros; había 18. Pronto un jeep y un camión militar bajó por la carretera desde el norte, parándose junto a los prisioneros. Una docena de soldados vietnamitas saltó, riendo con anticipación, arrogantes como el demonio, dando patadas a los vietcong hasta la parte trasera del camión y empujándolos de acá para allá sin ninguna razón. No me gustaban esos holgazanes hijos de puta. ¿Por qué no salían ellos de patrulla en lugar de nosotros?

El oficial del Ejército de Vietnam del Sur nos felicitó por la captura de los guerrilleros. Dijo que eran famosos en la zona por ser parte de una fuerza mayor especializada en minas de tierra y en emboscadas de madrugada.

Le dije sarcásticamente, así lo esperaba, cuán encantados es-

RAPHO

ARRIBA: *Descansando en una breve pausa, este soldado tiene ese tipo de mirada perdida en la distancia, normalmente asociada con hombres que han estado en el terreno demasiado tiempo.*

tábamos de hacer tan gran servicio a su país y que cuando necesitase ayuda, sólo tenía que llamarnos.

Mientras Fouel y el agente subían al jeep y la pequeña procesión se daba prisa en volver antes de que oscureciera, miré al barco hundido. Se habían tardado muchas horas en hacer aquel barco. Era una lástima hundirlo.

30 de diciembre de 1967

La Brigada Decimoprimera llegó desde Hawaii para reemplazarnos en la zona. La Decimoprimera era nueva en el terreno, así que cuando el pelotón que nos sustituiría en el puente empezó a establecerse, intenté explicarle cómo eran las cosas al nuevo lugarteniente. Pero no había nunca tiempo suficiente para explicárselo.

Nuestro batallón voló al norte hacia Chu Lai, más arriba siguiendo la costa, una zona difícil, convertida en aún más difícil por la ofensiva del Tet que se avecinaba, aunque entonces no lo sabíamos. Chu Lai era una zona de fuego libre. Me habían ordenado que disparase a todo lo que no fuera norteamericano, ROK (coreano) o del Ejército de Vietnam del Sur. La guerra brutal de las tierras altas había llegado hasta la planicie de las granjas de la costa del Mar de la China Meridional.

Atacamos una LZ aún caliente. El área estaba desierta de aldeanos y el terreno era el más desolado por la guerra que había visto. Una llovizna ininterrumpida caía de unas nubes bajas, intensificando aquella escena de destrucción y desolación.

Era como si se hubiera construido un escenario para la guerra y hubieran sido escenificados todos los actos salvo el último.

El capitán Sells nos guió a través de una baja y amplia colina llena de delgados pinos. Al pie de la colina vimos varios lagos al este de un largo dique de tierra que protegía un gran número de arrozales al oeste. Los lagos se comunicaban entre sí por medio de unos canales. Parecía como si en alguna época hubiese sido un arreglo ordenado de alguna clase de plantación, pero hacía mucho tiempo que se habían desmoronado. Toda el área se hallaba inundada y abandonada

En nuestro lado del dique, todos los pueblos estaban desiertos. No vimos ningún otro signo de existencia humana que los objetos que habían dejado detrás de sí. Había un gran pueblo a nuestra izquierda, pero no había nadie. Un sendero bajaba hasta el dique para cruzarse con otro sendero que recorría el borde de los lagos y los arrozales. Otro sendero salía del pueblo. Nos quedamos en el cruce, evidentemente un punto importante para cualquiera que anduviera por el área. El dique era el único enlace entre las dos masas de tierra

Al oeste del cruce, el sendero discurría al borde de los arrozales, pasando por delante de una enorme escuela de ladrillos rojos. Por algún capricho del destino, continuaba en pie, a pesar de que una bomba había atravesado el tejado y el techo para ir a explotar a ras de tierra. Había roto todas las ventanas. No había puertas y parte de las paredes habían desaparecido. Algunas de las tablas que sostenían el techo todavía seguían allí

y algunos trozos de tejas en el techo continuaban intactos.

El edificio había sido construido por los franceses. Como la mayoría de los edificios franceses, había sido bien construido, era funcional a su manera, con sus ladrillos rojos y sus tejas naranjas. Lo llamaba escuela porque me recordaba a un colegio de una sola habitación que habíamos tenido en una esquina de nuestra granja en Indiana.

El capitán Sells decidió que estableceríamos un perímetro alrededor de la escuela para la noche. Mi grupo CP y yo entramos en el edificio a través de un agujero en una de las paredes. Miramos hacia arriba para determinar qué sección del tejado era lo suficientemente grande para protegernos de la lluvia, pero por alguna razón no era bueno volver a estar dentro de un edificio.

El Cuatro-Seis estaba un poco más abajo del sendero que nosotros, instalados en unos arbustos al borde de un arrozal. Uno de los diques pequeños se extendía justo hacia su posición y un escuadrón de "dinks" estaba avanzando por él directamente hacia ellos.

El capitán Sells ordenó al Cuatro-Seis que esperase hasta que los "dinks" se acercasen más y que entonces les ordenara que se rindieran.

No iba a ser así. El "dink" que actuaba como hombre punta observó que algo no le gustaba y disparó a la posición del Cuatro-Seis con una Thompson. Los hombres del Cuatro-Seis abrieron fuego sobre el escuadrón, matando al "dink" de la metralleta Thompson e hiriendo a algunos otros; los supervivientes huyeron corriendo a través del arrozal. Los hombres del Cuatro-Seis corrieron hacia el "dink" que habían matado para recobrar su arma. No encontraron ningún cuerpo más, pero sí encontraron un par de abundantes rastros de sangre.

Mi pelotón dedicó su atención a establecer un perímetro alrededor de la escuela.

Spagg había colocado su arma para cubrir el gran dique. Él y uno de sus hombres se habían arrastrado hasta el dique para instalar allí una bengala en el suelo con una alambrada trampa. Si algún "dink" iba por aquel dique por la noche y tropezaba con aquella alambrada, sería hecho trizas por las balas del M-60 de Spagg.

Tomé una asquerosa comida fría de raciones C y estuve fumando hasta que oscureció. Pensé en el área a la que nos habían llevado. En alguna época debió ser una zona próspera, supuse, con sus grandes campos de arroz y sus muchos edificios franceses. En cierto tiempo la tierra debió haber sido muy trabajada. Ahora sólo los vietnamitas la usaban y no muy eficazmente.

Por supuesto, esta gente del norte siempre estaba en lucha. La protección que se ofrecía a la gente abajo en el delta no era muy buena, pero era mejor que en el norte. Los agentes del gobierno no duraban nada en el campo. Los cuadros locales del Vietcong eran fuertes en el norte. Ejecutaban sin más a cualquier jefe de gobierno de los pueblos, policía o soldado que cogían. Era algo muy triste en una tierra triste.

Me apoyé contra la pared intentando comprender por qué me sentía deprimido. No podía haber sido nada de lo que había ocurrido aquel día, era parte del trabajo. Debía ser aquella región extraña asociada con la monótona lluvia, pensé. ¿Y qué pasaba con mis nuevos sustitutos? Esos hombres jóvenes de los que yo era responsable. ¿Dejarían aquel terreno vivos, muertos o heridos? Pensé en todos los hombres que habían estado conmigo.

Dormí irregularmente. El viento soplaba ruidosamente entre los árboles, llevando la lluvia a cualquier rincón seco. Poco después, una luz brillante rompió la oscura tranquilidad de la noche. En un abrir y cerrar de ojos, el áspero sonido explosivo del M-60 de Spagg concentró mi atención delante mío donde se hallaba el arma, hasta la brillante bengala que ardía furiosamente en el dique.

La luz blanca trazó la macabra escena de las sombras inquietas de los árboles y arbustos movidos por el viento, y la figura de un hombre, mostrando por un instante el final grotesco de su vida al límite de nuestro territorio. La lluvia añadía un matiz surrealista a aquella visión de la realidad.

—Buen trabajo, Spagg. Vigila por si acaso más "dinks" cruzaran esta noche. Por la mañana ve a comprobar el cuerpo.

Dormí sin interrupción el resto de la noche.

7 de enero de 1968

El capitán Sells envió mi pelotón a patrullar la zona este. El sol calentaba con mayor intensidad que el día anterior.

A media mañana el punta y yo decidimos recorrer un amplio camino de hierba que discurría en línea recta por delante de unas cabañas dispuestas al azar a lo largo de sus orillas.

Delante nuestro a la izquierda habían dos o tres cabañas bañadas por el sol. Un pequeño bosquecillo se extendía en aquellos campos descuidados detrás de las cabañas.

Dos "dinks" nos salieron al camino, vestidos con ropa de combate y llevando armas, ignorantes de nuestra presencia. Nos descubrieron al mismo tiempo que maniobrábamos para dispararles. Disparamos mientras ellos corrían frenéticamente de vuelta a la cabaña. Avanzamos corriendo, siguiendo el sistema de disparar-y-maniobrar ideado para ofrecernos protección mientras avanzábamos.

Nos precipitamos hacia las cabañas, pero los "dinks" habían desaparecido entre la vegetación de detrás. Dividí el pelotón en escuadrones para avanzar en abanico y seguir la búsqueda. El aire caliente y húmedo nos hacía sudar con una intensidad que ya habíamos empezado a considerar normal.

Estaba en línea con mi escuadrón cuando oí tiros que provenían del escuadrón a mi izquierda. Fui corriendo a ver lo que pasaba. Había una mujer al lado de algunos arbustos junto a algunos de mis hombres.

> No me sentía mal por la anciana. No podía permitírmelo. Se suponía que ella no tenía que estar allí; puesto que estaba, tenía que aceptar los riesgos.

Los hombres del escuadrón habían visto una figura vestida con un pijama negro entre los arbustos. Habían abierto fuego y luego habían corrido a ver dónde habían hecho blanco. Cuando sacaron al "dink" fuera de los arbustos, descubrieron que se trataba de una anciana. La examinamos.

Había sido alcanzada en la boca. Sus ojos mostraban el sobresalto. La carne de su mandíbula inferior estaba rasgada hasta el hueso y la sangre goteaba en un flujo ininterrumpido hasta su pecho.

—Dios mío, una anciana —dije a nadie en particular—. ¿Qué

coño estaba haciendo aquí? ¿Qué pasó con aquellos dos soldados?

Esto es una locura, pensé, el enemigo está por todas partes, todo está lleno de trampas explosivas, se supone que no hay civiles por aquí, y aquí tenemos una anciana con una herida de bala en la mandíbula.

Miré a mis hombres. El sol brillaba sobre nosotros en este pacífico campo. No me sentía mal por la anciana. No podía permitírmelo. Se suponía que ella no tenía que estar allí; puesto que estaba. tenía que aceptar los riesgos.

—¡Maldita sea! Desearía estar de vuelta en la jodida jungla. Todo es mucho más fácil allí

Al decir eso había cambiado mis pensamientos hacia algo sobre lo que Schaldebrand y yo habíamos discutido a menudo. A él le gustaba la lucha en la jungla, en cambio yo detestaba el sentimiento de verme cercado. Siempre había preferido los espacios abiertos, pero, ¡maldita sea!, los espacios abiertos siempre estaban llenos de civiles.

—Dejad que se vaya y sigamos con la patrulla.

La anciana se fue cojeando a través del arbusto y desapareció. Me preguntaba qué sería de ella

Un poco después, aquella tarde, nos desplegamos cuando Spagg y su artillero ayudante vinieron a buscarme para que fuera a ver lo que habían encontrado. Árboles y arbustos se extendían por toda la zona con pequeñas sendas aquí y allá llevando de una cabaña a otra.

Los seguí por delante de un pozo que habían descubierto. Me llevaron a una de las cabañas para enseñarme con orgullo lo que habían encontrado. Dentro, en una mesa, había dos Budas. Eran de metal fundido, de unas 16 a 18 pulgadas de alto.

Todos los veteranos sentían un miedo supersticioso hacia ellos. Los hombres juraron que los Budas les traerían mala suerte.

Antes de que pudiera imperdírselo, Spagg cogió uno de ellos.

—¡Maldita sea, Spagg! Sabes mucho para haber hecho eso. Son perfectos para esconder una trampa explosiva. ¡Podría haberte matado!

Spagg permaneció lleno de remordimiento con el Buda en sus manos. Se dio cuenta de que yo tenía razón. Había cometido un gran error. pero había sobrevivido.

—Bueno, señor, es que usted siempre está hablando de conseguir uno de éstos como recuerdo y lo mismo el capitán. Aquí había dos. Supongo que no pensé lo que hacía.

—Son muy bellas y te lo agradezco, Spagg, pero, ¡maldita sea!, no te arriesgues de este modo otra vez. Déjame verlas.

Me las dio. Perfectas. Nos las llevamos de vuelta al pozo. El pelotón estaba descansando allí tras llenar sus cantimploras.

—¡Eh! Mira eso. El teniente tiene dos Budas.

Algunos de los hombres no quisieron tocarlos. Todos los veteranos sentían un miedo supersticioso hacia ellos. Siempre que alguien se había llevado alguno como recuerdo, le había ocurrido algo. Los hombres juraron que los Budas les traerían mala suerte. Yo siempre me había tomado eso a risa.

El sargento primera llegaría en avión más tarde Le daría los Budas a él para que los guardase en el terreno de la compañía, así no tendría que llevarlos conmigo. Llamé al capitán Sells para decirle que teníamos un Buda para él. Estuvo encantado.

10 de enero de 1968

La última noche de mi guerra en el Vietnam, subimos hasta una pequeña duna de arena que tenía la cima plana. Era el tamaño justo para el pequeño perímetro que mi pelotón formaría. Había otras pequeñas dunas de tierra a nuestro alrededor, pero en nuestros hoyos profundos de protección, estaríamos en buena posición para repeler cualquier ataque.

Era una noche muy bella. La luz de la luna daba al paisaje a nuestro alrededor un suave matiz. El sonido de las olas rompiendo en la playa llegaba a nosotros como el pulso firme de la vida eterna.

Había sido herido cuatro veces, ganando tres Corazones Púrpura. Mis hombres pensaban que era invulnerable. Yo también.

Estaba de excelente humor. Todo en el mundo iba bien Había estado en la guerra apenas cinco meses y ya había ganado la Estrella de Plata, la Estrella de Bronce con cinco emblemas al valor, y la Cruz de Oro al Valor de Vietnam. Había sido herido cuatro veces, ganando tres Corazones Púrpura. Mis hombres pensaban que era invulnerable. Yo también. Tenía condecoraciones para la Escuela de Vuelo.

Por vez primera en mi vida podía mirar hacia una nueva vida, libre de los falsos comienzos, la angustia y la indecisión del pa-

sado. Sabía que tenía el propósito de acabar mi último año en la facultad. No habían nubes en el horizonte. Había salido por fin victorioso en la batalla conmigo mismo, batalla que todo hombre emprende para crecer

Me estiré sobre la arena aquella noche, mirando las estrellas y pensando las cosas agradables que cualquier hombre pensaría en el umbral de una nueva vida.

11 de enero de 1968

La luz temprana de la mañana se añadió a mis sentimientos de bienestar. La sequedad de la noche que se desvanecía, combinada con mi visión de la neblina sobre el océano, me hicieron recordar un verso que había leído o escuchado en alguna parte. Era más o menos así: "El amanecer aparece como el trueno de China a través de la bahía".

Reuní a mi sargento y jefes de escuadrón para pasar revista a las órdenes del día Haríamos una marcha corta a través de las dunas de arena hasta el borde del pueblo y tenderíamos nuestra emboscada en el mismo lugar que el día anterior. Hoy íbamos a coger a aquellos "dinks" de las armas pesadas.

—¡Vámonos! —dije.

Los jefes de escuadrón escogieron a sus hombres. En el último momento tomé una decisión.

ABAJO: *La metralleta era malvada, pero estaba bien cuidada y en buenas manos, puesto que era uno de los mejores amigos que podías tener El M16 era muy mortífero, pero ésta aún lo era más.*

—El mismo escuadrón punta que ayer saldrá primero hoy.

Los hombres me miraron sorprendidos. Era una desviación de mi firme política de alternar los escuadrones punta cada día. Vi sus miradas y me apresuré a explicarles

—No vamos muy lejos y el punta ya conoce el camino. —Caminé hacia delante— ¡Vámonos!

Podíamos ver el pueblo desde nuestra posición nocturna. Los hombres punta se movían de acá para allá a través de las dunas de arena hacia la orilla del pueblo. En el borde había un pequeño camino que llevaba hasta la pequeña colina donde habíamos situado nuestra emboscada el día anterior.

Yo era el tercer hombre en línea. Acabábamos de doblar el sendero ascendente cuando observamos a un "dink" saltando por el agua y entre las cabañas justo a nuestra izquierda El pelotón se paró mientras el avanzadilla buscaba entre los túneles y las cabañas al "dink" que había desaparecido.

El avanzadilla volvió al camino.

—No hay rastro del "dink", señor. Se ha metido por alguno de los agujeros. Toda esta zona es como un hormiguero con los vietcong escondidos bajo tierra.

—Sí, ya lo sé. Por suerte, no vamos muy lejos. Los "dinks" han llenado toda esta zona de trampas explosivas y minas, me imagino. ¡Id con cuidado!

Avanzamos hacia la verja en la cima de la pequeña colina. Di instrucciones a los dos hombres punta de que comprobaran la verja y el camino mas allá en busca de trampas explosivas. Lentamente examinaron el camino arenoso y sus orillas.

Me quedé de pie apoyando mi peso sobre una cadera, fumando un cigarro y viendo cómo los dos hombres llevaban a cabo su cuidadosa búsqueda.

A unos cinco metros pasada la verja los dos hombres se giraron y me indicaron que avanzase.

—Todo despejado, señor.

—Vamos, Rueto.

Pasé a través de la verja. Mi mano derecha asía el M16, la izquierda sostenía un cigarro. Estaba tarareando "The Blue Tail Fly" mientras mentalmente marcaba las posiciones donde colocaría a mis hombres en el collado. Observé la hora: 7:45.

Mi pie se resbaló hacia atrás una fracción de pulgada golpeando el mecanismo disparador de una mina.

> El fusil estaba hecho añicos; mi mano, destrozada. Miré con horror lo que quedaba de mi brazo derecho.

Nunca oí la explosión. Polvo negro y suciedad volaron sobre mi. Mis tímpanos se rompieron. Mi cuerpo volaba a través del aire, lancé mis brazos hacia adelante en un movimiento reflejo para equilibrarme. Mis ojos pudieron ver el horror de un hueso blanco, brillantemente mellado, asomando del muñón de mi brazo, donde antes había estado mi codo. La carne rasgada y sangrienta rodeaba el hueso astillado. Mi mente maldecía mientras una gran impotencia y desesperación se apoderaban de mí.

Otra parte de mi cuerpo calculaba fríamente lo que había causado la explosión: había sido una mina de tierra. Pero, ¿qué tipo me había arrebatado el brazo en lugar de las piernas? Por supuesto, debía de ser una "Bouncing Betty", una mina que vuela después de haber sido pisada y que explota a la altura de la cintura ¡Eso debía de haber sido!

El M16 había estado en mi mano derecha. El fusil estaba he-

cho añicos; mi mano, destrozada. Miré con horror lo que quedaba de mi brazo derecho. La carne había sido arrancada, dejando al descubierto los dos huesos de mi antebrazo desde la muñeca hasta el codo. Los huesos parecían dos estrechas barras blancas y relucientes enterradas entre la carne cruda y sangrienta. Pensaba. "¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Dios mío!" Sentía la total derrota de mi vida al mismo tiempo que volvía a caer sobre mis pies a cinco yardas de donde la mina había explotado.

Después de caer, me tambaleé hacia delante dos o tres pasos y entonces me derrumbé. Mis piernas no respondían. La mina había explotado a seis pulgadas de mi cadera izquierda. De cintura para abajo mi cuerpo estaba mutilado y herido con grandes pedazos de carne, músculos, venas y nervios que habían sido arrancados por la metralla caliente que habían explotado Mis nalgas habían desaparecido. La parte de atrás de mis piernas se había abierto hasta el hueso en los talones.

Me di la vuelta sobre mi espalda, con cuidado de mantener el muñón y brazo derecho lejos de la suciedad y la arena Mi cuerpo enviaba tantas señales de dolor a mi cerebro que éste estaba sobrecargado como un circuito electrónico. Me hacía sentir un entumecimiento cada vez mayor y más zumbante.

Levanté la cabeza para echar una mirada al infierno a mi alrededor.

Mi mochila había absorbido la mayoría de la metralla que habría entrado por mi espalda y espina dorsal. Había quedado hecha añicos. Mis pertenencias estaban diseminadas en un amplia área a mi alrededor. Las municiones, las raciones C, mi poncho, mi valiosa horda de casi 300 comprimidos para dormir, las cantimploras extra de agua, mi libro verde de canciones, el libro "Colección de Historias de Reader's Digest", regalo de mi abuela, y varias pequeñas cosas, yacían entre los trozos de carne y los fragmentos de mi uniforme desparramados por el suelo.

Mi amigo Spagg fue el primero en llegar hasta mí. Vi la conmoción en sus ojos al arrodillarse para cortar mi equipo de tela.

Rueto, mi RTO, que había estado justo detrás mío, estaba sentado en el suelo, el asombro de su cara, gritando aterrorizado que había sido herido. De cintura para abajo estaba destrozado. La sangre lo cubría como una manta. El hombre detrás suyo, Robbins, tenía metralla en los intestinos y estaba gritando. Dos hombres tras él y uno de los hombres punta también habían sido alcanzados por la metralla. Estaban silenciosos. En total, seis de nosotros habíamos sido tocados.

El grito de un soldado de infantería: "¡Un médico! ¡Un médico!", sonaba a través del aire partiendo el alma Mis oídos volvían a funcionar.

Vi a Doc salir de su posición en medio del pelotón. "Ah, ¡menos mal!" El haber puesto a mi médico en medio del pelotón le protegía mejor del daño y estaba teniendo buen resultado

Los jefes de escuadrón daban instrucciones a sus hombres para que pusieran un perímetro defensivo a nuestro alrededor mientras los otros hombres se precipitaban en ayuda de sus camaradas. Mi amigo Spagg fue el primero en llegar hasta mí Vi la conmoción en sus ojos al arrodillarse para cortar mi equipo de tela.

Vi a un par de hombres pasar a mi lado hacia el hombre punta herido. Sólo me echaron una mirada mientras yo yacía sosteniendo el sangriento muñón en el aire. Parecían nerviosos.

Algunos de mis hombres corrieron hacia mí para volver la cara de repente al ver mi cuerpo destrozado. Se quedaron a mi lado, pero dudaban en acercarse demasiado, como si su movimiento a través del aire lo fuera a empeorar

Spagg me pidió que me girase un poco a fin de que él pudiera quitarme la ropa. Había lágrimas en sus ojos mientras lo hacía.

Con un gruñido, me sacó el cinturón de debajo

—¿Puedo hacer algo más por usted, señor? —me preguntó Spagg.

—Sí, corre hasta allí, recoge mi arma y tráemela. No quiero dejarla en este asqueroso pueblo.

Fue corriendo hasta allí y recogió el arma, que tenía mi reloj de pulsera y las coloridas pulseras enganchadas, la trajo y la puso sobre mi estómago. Luego cogió mi brazo derecho, que yo ya no podía controlar, y lo colocó también sobre mi estómago. Quitó con suavidad las pulseras de la muñeca ensangrentada y las lanzó lejos. Luego corrió hacia los arbustos, donde creo que vomitó.

Marley, el sargento de mi pelotón, corrió a mi lado. Le pregunté si había llamado por radio a Delta Seis para que viniera a buscarnos Me respondió que sí, y me preguntó si me encontraba bien. Mi dijo que Delta Seis estaba de camino.

—¡Será mejor que se dé prisa si quiere verme! —le dije.

Doc empujó a Marley fuera de su camino Le dije que no había mucho que él pudiera hacer. Me ignoró mientras rápidamente me ponía una inyección de morfina y ataba un torniquete alrededor de mi muñón.

Mi médico tenía siempre la mala costumbre de decirle a un hombre si estaba gravemente herido. Le había echado bronca por esto muchas veces como también por muchas otras cosas. Pensé que éste era un buen momento para ver si todas aquellas broncas habían tenido algún efecto.

—Doc, parece grave, ¿verdad? Probablemente no saldré de esta, ¿verdad?

Doc asintió

—Sí, es realmente mala, señor.

—Doc —le hice una mueca—, te he dicho una y cien veces que no le digas a un hombre que está muy mal cuando lo está.

Me miró extrañado.

—Tengo sed, Doc Dame un poco de agua.

—No puedo, señor, puede que tenga lesiones internas.

—No tengo lesiones internas, Doc. Lo sabría. Déjame tomar sólo un trago.

—No, señor, usted lo sabe bien, no puedo.

—Supongo que tienes razón, Doc. —Tenía frío y era un día muy nublado. Es gracioso, pensé, y yo que pensaba que el sol salía como el trueno por la bahía

Le dije a Marley que llamara a mis jefes de escuadrón.

—Ve y cuida de los otros hombres, Doc. Te necesitan.

Miré hacia arriba. Marley y los jefes de escuadrón estaban en una línea mas o menos aproximada a mi derecha. Les pregunté quién estaba herido. Me sentía cada vez más débil. Era el maldito frío. Mientras mi cuerpo luchaba por vivir, mis pensamientos estaban con mis hombres y mi pelotón. Me sentía como si los estuviera defraudando, dejándolos solos cuando más me necesitaban. Cuando me reincorporé al pelotón como jefe, me habían enseñado cómo sobrevivir en combate. Yo, un segundo teniente que era "nuevo en el terreno", y ellos, que eran ve-

ARRIBA: *Los hombres están buscando al enemigo, el niño mira hacia la lejanía. ¿Quién puede saber si sus padres están arando la tierra o preparándose para tender una emboscada?*

teranos de 18, 19 y 20 años, pero acostumbrados al combate y a la muerte. Al mismo tiempo que ganaba experiencias y confianza como jefe, me convertía en un veterano, teniendo que tomar las decisiones que me habían llevado a la situación en que me encontraba ahora: herido y mutilado, enfrentándome a la muerte.

Mis hombres estaban todavía allí, mirándome, la desesperación en sus caras. Su jefe invulnerable había sido abatido.

—Marley.

—Sí, señor.

—Quiero que tus hombres cojan al "dink" que colocó esa mina. ¡Lo quiero muerto! ¡Cogedlo!

—Lo haremos, Uno-Seis, no se preocupe por eso. —Se miraron unos a otros y luego de nuevo a mí.

Ahora hacía más frío y era más difícil ver. Pensaba en la abuela Downs y en su granja, y en los bosques y campos de Indiana que yo tanto amaba. ¡Ojalá pudiera caminar por ellos una vez más! Sólo tengo 23 años y me estoy muriendo. ¡Vaya pérdida! Había tantas cosas que había planeado decir y hacer y que no había hecho. Ahora nunca tendría una nueva oportunidad.

Un sonido familiar atravesó la niebla. Un helicóptero. Apareció en mi ángulo de visión. Tenía una gran cruz roja pintada en uno de los lados. Vi el polvo arremolinarse mientras aterrizaba.

Hubo un frenesí de actividad mientras los heridos eran cargados en el helicóptero. Se aclaró un camino a través de mis hombres al mismo tiempo que traían una camilla. Fue abierta de un tirón y tirada a mi lado rápidamente. Fui colocado por mis hombres sobre la camilla y llevado al helicóptero. El hombre que llevaba el extremo delantero de la camilla se mareó y me dejó caer. Spagg cogió las asas y me levantó.

Miré a mi pelotón mientras pasaba a través de ellos para ser llevado al helicóptero. ¡Dios! Odiaba tener que dejarlos. Sus caras reflejaban la desesperanza de que yo saliera de esto. Intenté seguir sonriendo para demostrarles que sí que lo haría.

Mi camilla fue atada al nivel inferior y sentí como el helicóptero se elevaba. El médico que acompañaba cada recogida regular, encendió un cigarro y lo puso entre mis labios. Tenía un sabor fantástico. Se inclinó hacia mí y me gritó al oído:

—¿Puedo hacer algo por usted, señor?

—Quíteme la bota izquierda, ¡el pie me está matando! —refunfuñé. El médico sacó sus tijeras y cortó la bota. ¡Qué maravilloso alivio! Mi pie era lo que me dolía menos, pero sus señales de dolor estaban registrándose de algún modo en mi cerebro.

Mis ojos recorrieron el helicóptero y sus pasajeros. Sentado en el asiento plegable había uno de los hombres punta, no muy gravemente herido. Un chico judío que acababa de unirse a mi pelotón. Me miró con gran compasión en su cara. Eché una mirada al médico del helicóptero que me había dado el cigarro. Era un hombre de color, más o menos de mi tamaño. Por encima del hombro del médico vi como el piloto me examinaba

un segundo y hablaba a través del micro junto a sus labios. El médico asintió, se giró hacia mí y gritó por encima del ruido del helicóptero:

—Diez minutos para Chu Lai.

Intenté gritarle: "¡Aguantaré!"

No pareció que durase 10 minutos. El helicóptero chocó fuertemente contra la plataforma de aterrizaje mientras el piloto lo hacia entrar. Fuimos rápidamente llevados a una ambulancia cuadrada del Ejército con cruces rojas en sus puertas. Justo como una película de guerra, pensé.

Después de un corto viaje, las puertas traseras se abrieron y fuimos rápidamente introducidos en el 2.º Hospital Quirúrgico de Campaña.

Había seis equipos de médicos en una amplia habitación con luces brillantes. El helicóptero les había avisado con anterioridad. Las enfermeras a mis dos lados empezaron a cortar mi sangriento uniforme de combate. Una me quitó la otra bota. Dos doctores, uno a cada lado de mis hombros, empezaron a trabajar. Me fueron clavadas unas agujas.

Miré como un doctor daba mi brazo izquierdo, aún en una forma razonablemente buena, a una enfermera. Otro doctor sostenía el muñón y cortaba el torniquete "¿Quién demonios ató este torniquete?", pregunto a nadie en particular Puso un escalpelo junto a mi muñón y cortó la carne hacia adentro para alcanzar una vena que luego cortó y ató.

¡Maldita sea! Ni tan siquiera me dolía. Debía de estar realmente hecho polvo, pensé.

Una mujer estaba al pie de mi camilla, vestida de gris. No cesaba de preguntarme mi nombre. rango y número de serie. Yo no cesaba de decírselo: "Soy el segundo teniente Frederick Downs, 05337689, Primer Pelotón, Compañía Delta, Brigada Tercera, División Cuarta."

Me volvió a preguntar. Yo me sentía muy cansado.

Telegrama de la "Western Union"

"Sr. y Sra. Frederick Downs. El secretario del Ejército me ha encomendado expresarles nuestro más profundo pesar porque su hijo, el teniente Frederick Downs, Jr , figuraba en la lista de heridos graves en Vietnam el 11 de enero de 1968. como resultado de las múltiples heridas de fragmentos de bala en su cuerpo, con amputación traumática de su brazo izquierdo a la altura del codo y heridas en los nervios y venas de su brazo derecho. Se hallaba en una operación de combate cuando fue alcanzado por la metralla de una trampa explosiva enemiga A juicio del médico que lo atiende, su estado es muy grave, pero no hay peligro inminente para su vida. Por favor, pueden estar seguros de que los mejores doctores están a su disposición, y de que se toman todas las medidas para ayudarle. Continuarán informados de cualquier cambio significativo en su estado. Se halla hospitalizado en Vietnam en el 2.º Hospital Quirúrgico, APO San Francisco 96394. Envíen su correo a esta dirección.

"Kenneth G. Wickham, mayor general de Estados Unidos, ayudante general."

Después de cinco días me trasladaron de Chu Lai a Qui Nhon, Vietnam, y 10 días más tarde a Japón, donde pasé dos semanas antes de volar hacia Estados Unidos, a Denver, Colorado, para un año de tratamiento y rehabilitación. En otoño de 1968 ya podía más o menos defenderme y estaba preparado para reemprender la actividad y trabajar para conseguir mi actual empleo y mi vida de ahora.

ABAJO: *Después de una patrulla larga y agotadora a través del Delta, los infantes esperan el transporte que los llevará a la base. Nadie ha muerto hoy: esta vez han tenido suerte.*